

Re-escribir la isla Re-habitar el tránsito

**Autohistorias de mujeres
barrializadas y de Isla Trinitaria,
Guayaquil, Ecuador**

**Ana Espinoza Chonillo
Maricruz Sánchez
Inés Santos Caicedo
Elvira Angulo
Lois Nwadiaru
Ibis Vargas
Emily Herrera
Melany Mina Alarcón
Kristhel Maholy Vernaza Sanchez
Jacqueline Milena Velarde Caicedo
Shaskya Hurtado Zambrano
Yuliana Ortiz Ruano**

**Edición y compilación:
Yuliana Ortiz Ruano**



**Museo Antropológico
y de Arte Contemporáneo**



unesco

Support

FECENIC
FEDERACIÓN DE COMERCIO Y ORGANIZACIONES
NORMAS DE EMBAJADA Y CARCHI

Re-escribir la isla Re-habitar el tránsito

Autohistorias de mujeres
barrializadas y de Isla Trinitaria,
Guayaquil, Ecuador

Ana Espinoza Chonillo
Maricruz Sánchez
Inés Santos Caicedo
Elvira Angulo
Lois Nwadiaru
Ibis Vargas
Emily Herrera
Melany Mina Alarcón
Kristhel Maholy Vernaza Sanchez
Jacqueline Milena Velarde Caicedo
Shaskya Hurtado Zambrano
Yuliana Ortiz Ruano

© **de los textos** Ana Espinoza Chonillo, Maricruz Sánchez, Inés Santos Caicedo, Elvira Angulo, Lois Nwadiaru, Ibis Vargas, Emily Herrera, Melany Mina Alarcón, Kristhel Maholy Vernaza Sanchez, Jacqueline Milena Velarde Caicedo, Shaskya Hurtado Zambrano, Yuliana Ortiz Ruano, 2025

© **de las fotografías** Ana Espinoza Chonillo, Yuliana Ortiz Ruano, Lois Nwadiaru, Shaskya Hurtado Zambrano, 2025

© **de la edición** Yuliana Ortiz Ruano, 2025

Edición y compilación

Yuliana Ortiz Ruano

Coordinación editorial

Galo Pérez P — recodo press

Diseño y diagramación

Juan Felipe Paredes — recodo press

Fotografías de portada

Ana Espinoza Chonillo, Jessica Zambrano

Edición de 200 ejemplares

ISBN: 978-9907-0-0095-5

Este proyecto cuenta con financiamiento de UNESCO



Support



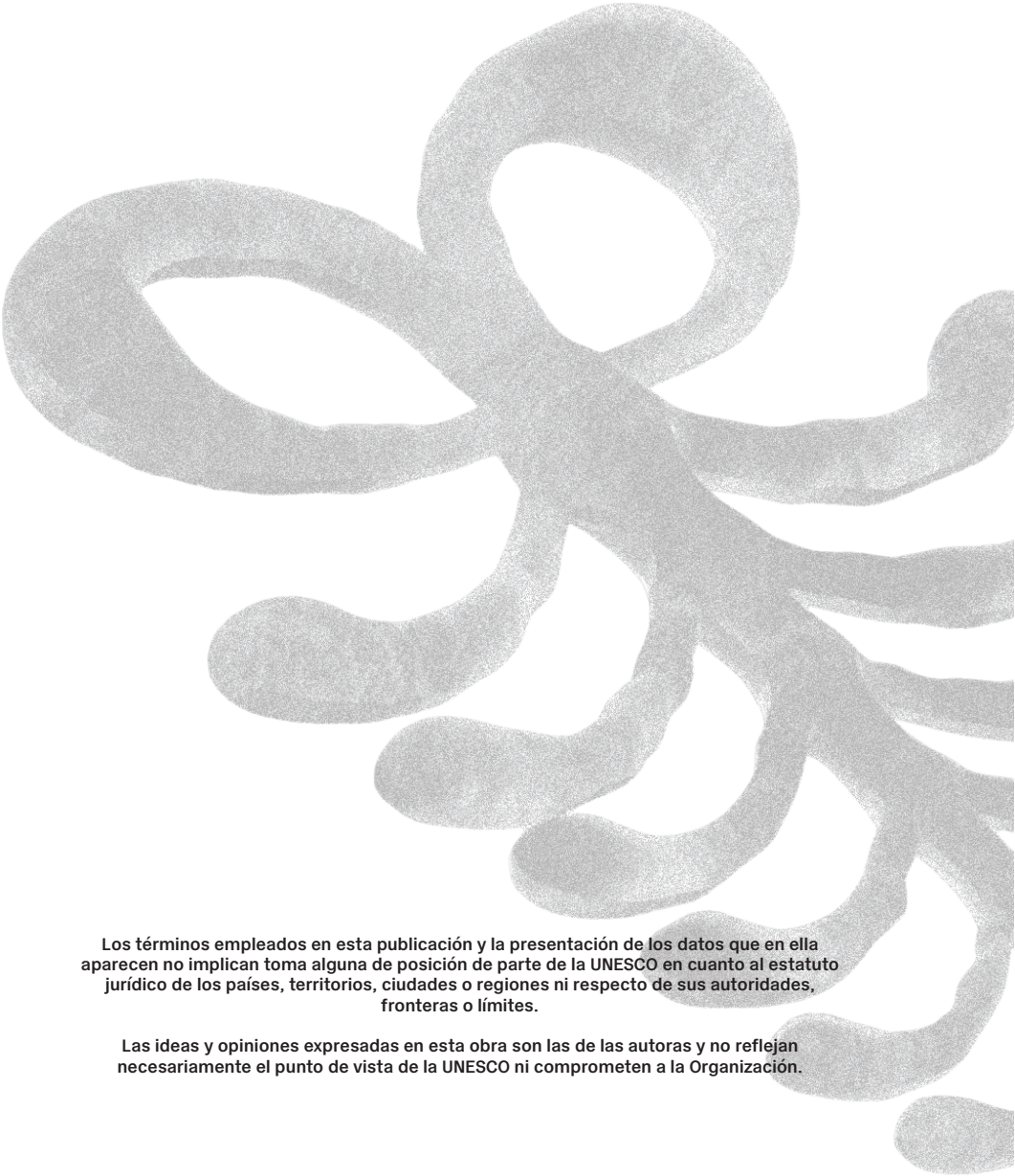
MAAC

edición y compilación:
Yuliana Ortiz Ruano

Re-escribir la isla Re-habitar el tránsito

Autohistorias de mujeres
barrializadas y de Isla Trinitaria,
Guayaquil, Ecuador

Ana Espinoza Chonillo, Maricruz Sánchez, Inés Santos Caicedo, Elvira Angulo,
Lois Nwadiaru, Ibis Vargas, Emily Herrera, Melany Mina Alarcón,
Kristhel Maholy Vernaza Sanchez, Jacqueline Milena Velarde Caicedo,
Shaskya Hurtado Zambrano, Yuliana Ortiz Ruano.



Los términos empleados en esta publicación y la presentación de los datos que en ella aparecen no implican toma alguna de posición de parte de la UNESCO en cuanto al estatuto jurídico de los países, territorios, ciudades o regiones ni respecto de sus autoridades, fronteras o límites.

Las ideas y opiniones expresadas en esta obra son las de las autoras y no reflejan necesariamente el punto de vista de la UNESCO ni comprometen a la Organización.

La autohistoria comunitaria como ejercicio contranarrativo

prólogo

Yuliana Ortiz Ruano

Este proyecto no nace en el vacío ni como un gesto aislado, sino en el cruce de múltiples procesos que se han ido sedimentando con paciencia, ensayo y resistencia en el tiempo. Su origen está tejido a múltiples preguntas que emergieron en el contacto directo con la comunidad, en los espacios donde la academia se abre —o debería abrirse— a los territorios que habita. Por ello, resulta fundamental señalar que sus primeros brotes se reconocen en el laboratorio comunitario impulsado junto a Bradley Hilgert y Ana Carrillo en la Universidad de las Artes, un espacio que se pensó menos como aula cerrada y más como territorio expandido. Allí, la Isla Trinitaria dejó de ser entendida como periferia o “zona marginal” para constituirse en un espacio pedagógico vivo, con la capacidad de producir pensamiento y de transformar las lógicas verticales de la universidad.

En ese laboratorio se tejieron dinámicas colectivas que pusieron en el centro el valor de las voces que habían sido históricamente silenciadas. Las lecturas compartidas, los diálogos abiertos y las experiencias de escritura fueron poco a poco delineando la urgencia de reconocer que la memoria del barrio no cabía en las categorías académicas convencionales ni en los registros oficiales del Estado. Lo que estaba en juego era otra manera de producir conocimiento: una que partiera de los cuerpos, de la oralidad, de la experiencia cotidiana, y que no temiera confrontar

las jerarquías raciales y sociales que habían relegado esas memorias a los márgenes. En ese sentido, el laboratorio operó como un espacio de fisura, un lugar donde se pudo cuestionar la manera en que se han contado —y se siguen contando— las historias de la ciudad.

De esa experiencia inicial emergió con claridad una pregunta que no podía ser postergada: ¿cómo narrar desde adentro las vidas de quienes habitan territorios históricamente barrializados y racializados? Este interrogante fue y sigue siendo la brújula que guía el proyecto. Porque contar desde adentro no significa únicamente poner en palabras una vivencia, sino también disputar las formas de representación que han reducido la Isla Trinitaria a un conjunto de estigmas. Implica desmontar las narrativas dominantes para dar paso a relatos que surgen de la vida cotidiana, de los vínculos comunitarios, de la creación cultural que sostiene la existencia frente a las condiciones más adversas. Así, lo que en apariencia era un laboratorio académico se convirtió en una plataforma de escucha y de acción, donde la escritura comenzó a asumirse como un acto de justicia y de reparación simbólica.

Ese germen encontró un cauce posterior en el proyecto de *Pedagogías Subversivas*, orientado por el pensamiento del maestro Juan García. Fue allí donde propuse *Palenke*, un ciclo de encuentros y clases para leer literatura afrodescendiente. *Palenke* no fue solo un dispositivo de estudio, sino un espacio de imaginación política que restituyó el lugar de la palabra negra como núcleo de saber. La práctica de leer juntas abrió un horizonte donde se articulaban resistencia y gozo, duelo y potencia. Fue también una manera de disputar el lugar de la literatura en la academia, mostrando que el conocimiento barrial y comunitario podía instalarse en un plano de diálogo crítico con los textos canonizados.

Los procesos de investigación que veníamos desarrollando desde el 2018 —entre laboratorios comunitarios, encuentros de lectura y las primeras formulaciones del ciclo *Palenke*— se vieron abruptamente interrumpidos por la irrupción de la pandemia. Ese quiebre supuso no solo la suspensión de actividades presenciales, sino también la necesidad de replantear los modos de sostener el vínculo con las comunidades, de continuar con las preguntas que habían quedado abiertas y de mantener vivo el

horizonte crítico que se había comenzado a trazar. La pausa forzada puso en evidencia la fragilidad de las dinámicas institucionales, pero también la potencia de los lazos comunitarios, que encontraron nuevas formas de persistir y de transformarse frente a la crisis sanitaria y social.

La irrupción de la pandemia no detuvo el pulso de esta búsqueda; al contrario, lo expandió hacia otras geografías. En 2020 participé en el *Mapeo de Feminismos Negros: re-existencias transfronterizas entre aquí y allá*, liderado por la investigadora dominicana Jannett Tineo como parte de su trabajo doctoral. En ese marco, escribí un artículo sustentado en conversaciones y grupos focales con compañeras de la UNTHA. Fue allí donde el germen de narrar la Isla Trinitaria de otro modo tomó fuerza. Las mujeres insistían en la urgencia de reescribir la isla, de torcer la narrativa oficial que la reducía a estigmas de pobreza o violencia, para afirmar en cambio la complejidad de su vida cotidiana.

Posteriormente, mi investigación en el proyecto *Cocina afroecuatoriana y patrimonio cultural* me permitió profundizar este tejido. Allí surgieron los Mentideros de lectura, espacios realizados en la Isla Trinitaria, en el suburbio y en la Biblioteca de la Universidad de las Artes. En ellos, mujeres de distintos barrios compartieron y escribieron sus historias cotidianas: relatos de mercados, de maternidades, de trabajos informales, de resistencias mínimas. Estos textos hablaban de los desafíos diarios, pero también de los afectos y de la creatividad que hace posible la vida. Se trataba de narrar el barrio desde adentro, no como zona de carencia, sino como territorio de invención.

La posibilidad de contar con un fondo de apoyo de Unesco abrió el camino a esta publicación. Fue necesario poner en diálogo la Isla Trinitaria con otros territorios colindantes y barrializados, reconocer que las experiencias locales estaban entrelazadas con problemáticas mayores de racialización, exclusión urbana y violencia estructural. La publicación se volvió, entonces, un espacio de encuentro entre voces diversas que, desde lo íntimo y lo colectivo, sostienen la pregunta por cómo re-habitar un territorio marcado por la desigualdad, pero también rebosante de vitalidad.

Las once autoras reunidas en este libro despliegan un trabajo admirable. Cada una de ellas aporta una mirada que conjuga memoria personal, archivo familiar y observación crítica del entorno. Sus textos no son meros testimonios, sino autohistorias: relatos/poemas que recuperan la agencia de la narradora, que se inscriben en la tradición afrodescendiente de la oralidad, y que dialogan con las luchas actuales de las mujeres negras en América Latina. Estos escritos muestran la riqueza de un territorio que se piensa a sí mismo y que exige ser leído con la misma seriedad que cualquier producto cultural legitimado por instituciones hegemónicas.

La Isla Trinitaria y los barrios colindantes han sido objeto de discursos externos que los representan como zonas de carencia. Este libro se coloca en el centro de esa disputa, al proponer otra forma de narrar el territorio. En lugar de un relato que victimiza o estigmatiza, aquí se presentan relatos de creación, de trabajo colectivo, de cuidados, de rebeldías cotidianas. Estas autohistorias hacen visible que la vida barrializada no puede reducirse a la estadística ni al sensacionalismo mediático: es un espacio de afecto, de espiritualidad y de cultura viva.

La escritura aquí no es un ejercicio elitista, sino una práctica de libertad. Escribir significa re-existir, tomar la palabra para torcer la gramática del poder. Las autoras de este libro convierten la escritura en un territorio de resguardo y, al mismo tiempo, en un campo de batalla. En sus textos, lo íntimo se vuelve político, lo personal se inscribe en una memoria colectiva que reclama justicia, visibilidad y dignidad. Este gesto de escritura se enlaza con una genealogía más amplia de escritoras y pensadoras afrodescendientes en la región.

El título de este libro condensa dos gestos inseparables: re-escribir y re-habitar. Re-escribir implica disputar la narrativa impuesta; re-habitar supone volver a entrar en el territorio desde la memoria y la imaginación, reconocerlo como hogar y no solo como espacio de precariedad. Al unir estos dos verbos, el proyecto afirma que la transformación social comienza en la forma en que contamos nuestras historias, en cómo las inscribimos en la esfera pública, en cómo las transmitimos a las siguientes generaciones.

Este prólogo quiere ser también una invitación: que esta publicación

Yuliana Ortiz Ruano

no sea un punto de llegada, sino un punto de partida. Que sigamos impulsando proyectos que, como este, tengan su germen en lo comunitario y, al mismo tiempo, logren ser recibidos con la seriedad que merece todo producto cultural. Que las autohistorias aquí reunidas circulen en escuelas, universidades, bibliotecas, y que abran la posibilidad de nuevas alianzas. Espero que este libro provoque a más mujeres barrializadas a tomar la palabra, a narrar sus islas, a re-habitar sus territorios y sobre todo, a no dejar que ninguna institución, investigador o docente hable por ellas. Porque en cada relato se juega no solo una memoria, sino la posibilidad de un futuro más justo y compartido para su propia comunidad.



Animalito raro de esos que abundan en el Estero

texto y fotografías

Ana Espinoza Chonillo

siempre buscar el agua
ver el agua de la ría Guayas
ver el agua del estero salado cruzando el puente de la PJ a la avenida
Portete

a veces darse un baño largo
prender una vela o un incienso
a veces salir
a veces quedarse
ya no tengo el privilegio de ir al parque lineal del fondo
a ver las embarcaciones de Mongolia
trayendo las cosas que el progreso nos dice que debemos tener
no se puede hacer casi nada en la isla por la guerra entre bandos
en abril cuando se posicionó el presidente hubo una balacera
seis muertos
ya no tenemos la facilidad de movernos a cualquier hora de la mañana o
tarde

pero cuando puedo
salgo, camino a ver el agua de la ría y es maravilloso
Cuando voy a Urdesa
y veo uno de los bracitos de mar resistiendo /casi aniquilado
me dan ganas de llorar
pero aparece una garza rosada fabulosamente emplumada
algodón de azúcar con patitas de lodo y pico de espátula
recuerdo una vez que fui al estadio a ver jugar a Barcelona –tenía 16 años–
cruzando el puente de la PJ
un señor –hincha también– pescaba con una piolita que casi no se veía
me quedé ahí esperando como diez minutos quería ver si sacaba algún
animalito raro
de esos que abundan el estero
luego me miró riéndose durísimo alzando los brazos
no estaba pescando nada
fue puro amague
un montón de gente estuvo en esa gozadera y me sentí parte
gozo con estos amagues que solo alguien de barrio entendería...



recuerdo cuando me puse a enumerar
los apodos de la gente de la isla
indagando descubrí que me dicen la china
y me pongo a pensar si Chonillo en realidad se escribía Xo Nin Yo y la
funcionaría del registro civil sólo unió las palabras y las mezcló borrando
la identidad asiática que me pasó mi mamá aparte de su negritud
ella siempre que puede me habla de su papá Virojo Chonillo Cortés
famoso en el Mate por sus silbidos
veo su foto y me doy cuenta que se parece demasiado
a Tito Cortés el que canta *espíritu burlón tú no puedes conmigo ay conmigo*
espíritu burlón uh oh oh uh oh oh
y llego a la conclusión de que podemos estar emparentados
la primera vez que escuché esa canción de Tito
fue la noche en que Ecuador empató con Brasil en las eliminatorias del
mundial
y la música se volvió a encender en la isla
y yo me alegré porque hace semanas no había ruido ni bochinche ni niños
jugando *bola allí*
solo especulación
sobre los muertos y la sangre mezclada con el polvo de la calle
ya son innumerables las mujeres a las que he visto desmayarse al saber
muertos a sus hijos
baleados por equivocación o por exterminio
o por chamberos o por estar en el momento y lugar equivocado
o porque no copiaron código a las nuevas autoridades del puerto
por eso siempre recordaré la voz de Tito saliendo de las bocinas de mis
vecinos
la escritura es esto que me permite recordar
y exigir parentescos que quizás no existen en lo formal pero que siento y
hago míos
hasta que vuelva a sentir el frío de junio
y me coma un maduro lampreado en la merienda
y me duerma con medias cuando afuera hace 24 grados y hay ventarrones
que hacen bailar los casquillos del techo de mi casa





I,

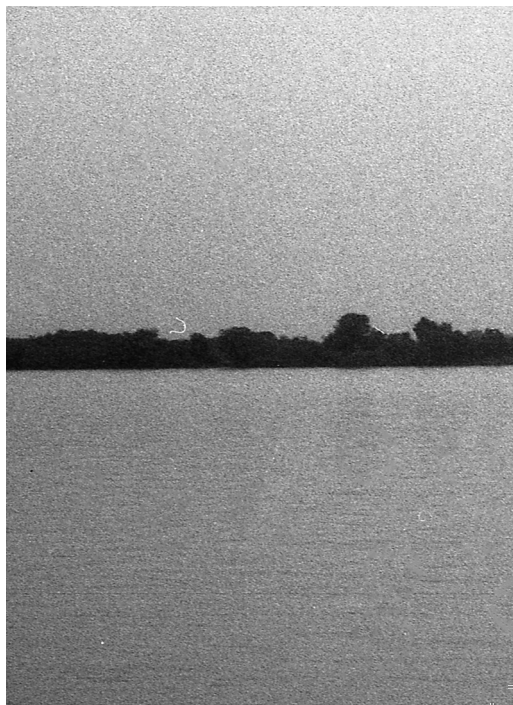
Animalito raro de esos que abundan en el estero

Me gusta ver la ría con mis amigas

Me gusta mandarle pequeñas
maldiciones a los
socialcristianos ricachones
que navegando en sus lanchitas fancy
beben champagne
adueñándose de la Guayas.

Aunque estamos en la otra orilla
ellos nos ven
y nos devuelven
no pequeñas sino grandes maldiciones.
Sentimos sus ojos morbosos
sobre nosotras
cholas negras ricas
tan ricas, pero tan
demasiado descartables
demasiado empobrecidas
demasiado proletarias
demasiado mostronas
para ellos y sus
botecitos
con los que gozan
en el agua que nos pertenece a nosotras.

Y los volvemos a ver
clavamos en ellos
más
hechizos fulgurantes
perros fancys
ojalá la ría se los trague
y los escupa
cerca de mi isla...



Ana Espinoza Chonillo

Dejamos para después
el descriterio y las malas vibras
para imaginar un futuro escape...
soñamos con que llegará el día
en que el agua
se trague todo el mal gusto de este
Guayaquil rompecorazones.

Mis amigas y yo estamos hartas
pero ñangaras de unos cacheros
y ¿qué se puede hacer?
si una es terca y erótica y outsider.



I,

Animalito raro de esos que abundan en el estero

Me llevo a mis mujeres
a comer a mi casa
aunque sea de noche.
Si tomáramos una lanchita
fancy blanca socialcristiana
nos perderíamos de todo el jolgorio
que implica el moverse de norte a sur.

Después de cruzar mil puentes
al fin vemos a la trinitaria
pequeñita y gris
resistir
cercada por la monstruosa maquinaria del puerto
que brilla en la oscuridad como una luciérnaga inmensa
a punto de parir.
La máquina de luces y metal es
prueba máxima
de que el progreso es solo para ellos...

El verde del mangle nos hace olvidar por un momento
las maldiciones
y respiramos el vientecito salobre del estero
tan explotado y tan contaminado.
Un brazo de mar
antes habitado
por un montón de criaturas raras
peces brujo
cangrejos azules
mantarrayas rosadas...

Recuerdo que hace tiempo veía a mis vecinas
parar la olla con lo que les daba el estero
ellas nunca se dejaban ver las anquetas del hambre
llenaban las panzas de sus hijos con churos

o bagres miniatura más conocido como pollitos.
Arrullaban a la luna con sus currulaos
las mujeres de mi isla jamás
le han temido a la noche.

Llegamos con mis ñañas
a mi casa y lo engullimos todo.
Después caminamos al fondo
para ver
al estero-brazo marino
fantaseando de nuevo
con ver algún animal bellissimo y místico como ellas
una mantarraya gigante o un delfín quizás

El delirio nos coge duro más después
de haber comido rico
y nos reímos
y las vecinas cuchichean
y los perros nos ladran
nos despedimos con besos
con toda la sal del estero pegada en nuestras lenguas
con todo el aire del fondo entrando
y saliendo de nosotras
ellas se van
yo permanezco en esta isla que acabo de inventar
para resistir la ciudad.





Una tarde de refresh en el castillo a la hora de amarse

Para la Thaís, mi chica de las pestañas hiper rizadas.

El paisaje es polvoroso y árido, casi todo el camino de entrada al Mate es de arrozales y el olor a hierba quemada, embriaga. La casa de Andrés es de las más conocidas del sector. El local tiene rejas negras y publicidad de cerveza Pilsener. Él está sentado en una silla blanca de plástico frente a su máquina de coser, rodeado de una cantidad desmesurada de telas, cintas de reinados, jeans a medio cortar, encajes con brillerío, vasos con cerveza, y un par de amigos: Wicho y Vicky que conversan casi a gritos porque la música de Galy Galeano suena con intensidad.

—¡Canta, hermanita linda, que el hombre te ama! Le dice Wicho a su amiga con euforia.

Vicky —delgada y con ropa de oficina—, tiene un cigarrillo en su mano a pesar del calor abrumador. Dice que no bebe mucho porque debe irse pronto y que solo pasó a saludar.

Ella es la más joven del grupo, sus amigos recuerdan cuando se ganaba unos cuantos dólares organizando coreografías para quinceañeras o para los reinados de belleza del recinto. Su papá es de los que dice: *a los maricones hay que meterles un hierro caliente por el culo*. Los maltratos en casa hicieron que Vicky emigrara a Guayaquil muy joven, trabajó casi quince años en una cadena de comida rápida. Ahora es empleada del Municipio de Daule, sostiene la economía de su casa y apoya a su padre que tiene diabetes.

Andrés y Wicho dicen no haber recibido malos tratos de sus familias o vecinos. Solo una que otra mirada reprobatoria de algún miembro de la iglesia evangélica que tienen al frente.

—Es que este castillo más de noche es un antro de perdición jajaja. Ya ha venido alguna señora quejosa y evangélica. ¡Claro es que la vaca olvida cuando fue ternera! Afirma Wicho bebiendo su cerveza.

La ñañería hizo que se inaugurara el taller de Andrés con el nombre del *Castillo a la hora de amarse*.

—Te cuento que todo empezó en enero del 2012. Tuvimos que comprar un colchón porque el que teníamos en el matadero estaba con los alambres puntudos y una vez tirando casi me dañó un cachete del culo, entonces Andrés me dio la plata y yo compré y lo inauguré.

Wicho se entusiasma al recordar la anécdota, se sienta al filo de la silla y antes de continuar bebe con rapidez su cerveza. Su lengua se enreda, pero se le entiende.

—Cuando regresaba acá con el colchón me topé a uno de mis cacheros que me dijo: *No tienes plata para darme, pero sí para un colchón, y le dije este colchón no tiene nada que ver contigo, pero si quieres estrenarlo, cae más tarde al castle*. Dicho y hecho lo estrené yo. Después en el cumpleaños de otra amiga, fuimos a quemar el colchón viejo, pero antes escribimos con marcador permanente los nombres de todos los machuchines que pasaron por ahí. Rayadito lo quemamos.

Cuando lo quemaron sonaba a todo volumen *Be my lover* de La Bouche. Fue una suerte de ritual, todos llevaron ropa colorida, cervezas, comieron fritada con chifle y salsa de ají hasta el hartazgo. Un bacanal que la vecindad reprochaba y veía mal.

La tarde sigue incendiando el ambiente del taller. Suena una canción de Rudy la Scala: *Por qué será, que cualquier escondite, es un castillo a la hora de amarse*. Wicho dice que como aquí se bebe, se tira y se goza, le pusieron así al taller de Andrés: *el castillo, el castillo a la hora de amarse*.

Andrés está concentrado en una cinta rosa con letras púrpuras que dice Virreina del Reinado del Mate. Los arreglos de ropa le llegan casi a diario, también los pedidos. Cuando camina, cojea un poco.

—En el año 98 fue mi accidente. Yo iba a coger unos sacos de arroz al carretero y no vi la moto. Por eso tengo un par de clavos insertados en

I,

Animalito raro de esos que abundan en el estero

el hueso de esta- se toca la pierna derecha- lo malo es que cuando hay luna llena me duele.

—¿Y el que manejaba la moto? Pregunto.

—Ni rastro de él, solo sé que era policía.

Andrés y Wicho se conocen desde los años noventa porque formaban parte del comité que buscaba mejores condiciones de vida para la población del Mate. En la época del fenómeno de El Niño, ambos se organizaron para hacer oficios y pedir donaciones a la Unidad Coordinadora del Programa de Emergencia para Afrontar Fenómenos Naturales (Copefen). Las marchas, paros, quema de llantas, los unieron y ahora dicen que comen en el mismo plato y aman en el mismo lecho. Wicho maneja un negocio de venta de arroz al por mayor y dice que es su propio jefe. Acaricia sus bronceadas piernas que contrastan con un shortcito blanco porque en breve tendrá una cita. Recuerda los años en los que salía con su amigo a las protestas en las carreteras porque en el Mate no todo tiempo pasado fue mejor.

—Con Andrés éramos imparables. Paro aquí, paro allá. En el 95 se dio lo de la planta de agua potable, después nos encargamos de la gestión para las líneas telefónicas. También para los desfiles de carnaval que antes del fenómeno del niño eran de alma, nosotros buscábamos patrocinio.

Se pone una cinta de reina con bordes de escarcha dorada y posa.

—Mira ñaña, yo me embarro las piernas con aceite de coco y ve ni un pelo. ¡Bien mujer!- Me lo dice mientras se da palmadas en los muslos. Su atracción por los hombres se desarrolló después de la adolescencia.

—Desde la escuela solo me gustaba andar con niñas, pero era para jugar con sus muñecas. De jovencito las chicas me robaban picos, pero cuando veían que era muy delicado se alejaban. A los veinte años solo manoseo y fuerteo, luego los dejaba así ganosos y me iba, les decía que me daba miedo. A los treinta y dos años me arrimó un hombre aquí en el castillo, me arrancó el vestido, me hizo suya y tocamos el cielo mientras pecábamos.

Al ritmo de *Coco Jambo* de Mr. President, la amistad se rebosa, amplía y se manifiesta libremente. Wicho ahora está acompañado por su pareja.

—Acá no es como la ciudad en donde cada quien mira por su lado. Si alguna vende algo le compramos, si a otra le falta comida le damos, si necesita de hombre le prestamos también. Nadie se complica, ni se critica.

Aunque yo he visto casos graves, como chicos correteados a fuate por sus padres por ser maricas y otras cosas más. Asegura Andrés.

—Me gusta estar aquí porque es un lugar para ser lo que uno es. Dice Wicho mientras espera a que se desocupe el cuartito para poderlo usar.

El sol que cae le da al lugar un aspecto lúgubre que contrasta con la música alegre y las risas. El castillo es el escondite de amantes, maricas, amigos, cacheros, señoras, mozos, todxs embriagándose mientras esperan a la noche y la noche se va preparando para ellxs.





Hector Lavoe, el marido libra
y músico que nunca tuve

Te escribo desde antes de haber nacido, porque antes de crecer en Trinitaria, mis padres vivieron en Esmeraldas y Gómez Rendón en el *Rincón de los artistas* donde Julio Jaramillo escribía y libaba descalzo, frotando sus pies en el piso de tierra y acariciando las mandíbulas de tiburón que mi abuelo colgó por casi todo el lugar y que le valieron el apodo de *El capitán*. Y estoy segura de que me hicieron escuchándote, porque no tengo otra explicación para el gusto que siento cuando grito-canto tus canciones.

Esa foto tuya con el ojo morado, riendo y haciendo un gesto de pelea con los puños bañados en oro, es un recordatorio de que j a m á s serás mi marido-músico-cantante-casado que siempre soñé.

Te hablo y te escucho todos los días Héctor, y no me mires así, solo soy una muchacha delirante. Coincidencias de los astros, Julio Jaramillo también es libra pero es guayaco. Pero a ti Héctor te siento más cercano porque el Caribe termina en Guayaquil. Me acompañaste cuando peladita me escabullía a beberme los conchos de las cervezas que mi papá dejaba en la mesa, cada jueves al terminar su jornada laboral.

Nunca supe qué mismo hacía mi papá en su trabajo. Recuerdo que un día lo acompañé a comprar LPs cerca de la Iglesia de la Catedral y ahí lo saludaron unos amigos del trabajo le decían *Don Pirma* y al vernos con las fundas llenas de discos uno de ellos me dijo *es que su papá no deja la melomanía* y yo sonreí, porque no sabía en ese entonces qué significaba esa palabra, pero me gustó su sonido.

Cuando era chica también deseaba esa vida que tú tenías. Usar esos pantalones, cadenas, anillos y treparme a una tarima con todo el Bronx borracho y gozando. En fin, Héctor no me culpes porque solo soy una chica de barrio que te escucha a diario y a todo volumen, para disipar algo los sonidos de la guerra.



Carta de Josías

De: Su ahijado Josías

Para: tía Karina

Tía espero que por allá estén bien. Acá andamos asustados por el desalojo porque dizque en las noticias el presidente ese que vino la otra vez y regaló litros de leche, salió diciendo que en la isla harán un puerto y los vecinos chismean que esos barcotototes contaminarán el agua que nos da de comer, y que no saben si el estero es taaan profundo para aguantar. Si así no más las pescas son pobres. Ya no hay muchos robalos sino puros bagres chiquitos que al sacarlos se enredan con las redes viejas de los pescadores y las botellas de Coca-Cola que hay en el fondo del salado. El agua se pone verde oscura así del color del mangle y mi ma me grita que salga que me haré sarnoso y no me importa ser un negrito lleno de charras, porque usted sabe que a mí lo que me gusta es estar en el agua.

La extraño, tía, no puedo decirle a mi mamá que le escribo porque se va a poner brava. Dice que no está bien contarle nada a usted, porque más que la preocupo y yo sé que se enojó porque le dije que yo también me quería ir para Venezuela, conocer a los actores que veo en la tele y a las misses y tomarme fotitos con ellas, trabajar de algo allá. Yo sé que soy pilas, usted sabe que no me dejo de nada, pero mi mamá se enoja porque yo a usted la extraño y ella la extraña más. Corre el runrún de que nos van a sacar de la orilla y yo no quiero, mi mamá llora porque dice que nos enviarán dizque reubicados allá por el norte a la zona de Montebello o algo así. Una pampa donde solo hay animales salvajes, pero que en unos años se verá el progreso ahí, al menos eso dicen las vecinas. Pero no quiero que nos saquen, aunque el estero no nos dé tanto como antes, igual en las piedras siempre hay churos y con Kleber sacamos la otra vez un saquillo lleno de ostones, pero mi mamá dice que estaban como agrios y sucios, igual nos los comimos con limón y sal con los muchachos del barrio.

La otra vez mordí un lechuguín ajá y sabía a agua dulce y lodo, estaba bien poblado de florecitas moradas. Yo estaba fascinado mordiendo mi lechuguín hasta que Kleber me dijo que si tanta hambre tenía nos fuéramos a coger grosella del otro lado del puente y le dije que sí... Iremos cuando termine de escribir esta carta. Bueno tía volviendo a las novedades, le cuento que el día que mataron a Materia el estero se rebozó. Se vino el agua para todos lados, menos mal nosotros tenemos una de las casitas más altas de la orilla o sino también se nos mojaba hasta

I,

Animalito raro de esos que abundan en el estero

el apellido. Fue un rebululú ver a todo mundo sacar sus cosas en canoa, colchones, perros gatos, ropa, trastes, todo para que no se les moje nada y el griterío yo como nado como nadie ayudé un poco lo bueno es que la tormenta paró al día siguiente. La cosa es que en las calles del barrio empezaron a aparecer pescados en las cunetas...una cosa de no creer tía porque yo hasta el momento no sabía que las tormentas podían hacer parir peces de la tierra y con mis panitas corrimos a coger lisas y bocachicos mientras veíamos con la boca abierta como los peces saltaban como queriendo que los cojamos. Kleber me dijo que su padrastro había agarrado un pez brujo y que esa misma noche lo frieron y se comieron con salsa y chifle. La cosa es que el pez brujo es un pez endiablado (dice mi ma) y toda esa gente empezó a entrar como en trance, les dio tembladera y tembladera, y luego empezaron a brincar y la gente que veía desde afuera pensaron que la casa se venía abajo porque las cañitas respiraban y de ahí salía un tufo salobre como cuando el agua del estero se baja y se queda melosa pegada en las piedras y una vez yo lamí de esas piedras, me puse tieso y me tiré al agua, la cosa es que me picó una mantarraya que salió de no sé dónde y mi mamá me gritó que hasta cuando yo iba a pasar en el agua y que era un charroso.

Tía no sabe que estoy pensando en que creo que la profesora Ubenia, la que le dicen “la paquetito” me va a dejar de supletorio porque dice que soy resabiado y contestón. Solo porque una clase me le tiré encima a un niño porque no dejaba de cantarme negro bembón y hablador negro bembón chicharrón. Y no sabe tía como eso me arrecho y sentí que algo se me montó encima y le caí a cocacho limpio a ese niño, porque de usted aprendí que nadie nos puede ningunear por el color de nuestra piel. Y tía no sé cómo es que le va a llegar esta carta, pero si ese lechuguín que me comí se escapó de la ría Guayas para acá para el salado, pues así mismo le llegarán mis palabras.

La abrazo esperando que algún día podamos bailar salsa.

Besitos a Caracas.

J.M

Ana Espinoza Chonillo



¿Quisieras conocer Trinitaria?

textos de
fotografías de

Maricruz Sánchez
Yuliana Ortiz Ruano



¿Quieres conocer Trinitaria? La Isla Trinitaria tiene varias facetas o historias, dependiendo de los tiempos y de quién las cuente. Yo puedo hablar o describirla, llevo 35 años viviendo aquí. Cuando yo escuché el nombre de Isla Trinitaria, vivía en el sector del Cristo del Consuelo. Solo tenía dos hijos, y lo que se decía en las noticias o en los comentarios de los vecinos era sobre las peleas o balaceras que se formaban entre varios dirigentes por la tenencia de este sector y la venta de espacios o terrenos, aunque estuvieran en el agua.

Dirigentes como Carlos Castro, TS, Andrés Quiñónez, entre otros —este último aún suena mucho, ya que una o dos cooperativas de vivienda de este sector llevan su nombre, aunque hace tiempo falleció—. ¿Qué hacían estos dirigentes? Vendían o regalaban terrenos para que la gente construyera casitas o chozas y así tuvieran un hogar propio y dejaran de alquilar, como era mi caso. Pero en esos tiempos yo aún no vivía acá, no viví esa mala experiencia de las peleas y balaceras.

Yo vine a Trinitaria en el año de 1991. Ya tenía tres hijos. Una de mis primas vivía acá, ya contaba con su casita y aseguraba que las cosas estaban cambiando, porque había nuevos dirigentes locales que te vendían, “seguro”, un terreno en el agua y hasta te podían prestar una casa de las que muchas personas habían dejado solas por miedo a perder la vida por los múltiples problemas y la falta de todos los servicios básicos. Se pasaba mucho trabajo. No había puentes que conectaran a Malvinas o a los Esteros, que son los sectores más cercanos a Trinitaria. Los moradores tenían que cruzar en canoítas y traer todo: agua, comida, ropa, clavos, herramientas como martillos, machetes y serruchos, además de plásticos o cartones para usar en los techos o paredes, que los protegieran del frío, el sol o los aguaceros.

En esos tiempos, las familias se dividían: los hombres se mantenían en el territorio y las mujeres se quedaban con los niños del otro lado, donde alquilaban o vivían en casas de familia. Eso era en las noches. Ya en el día, el hombre se iba a trabajar, y las mujeres tenían que venir a montar la guardia y dejar a los niños encargados.

II.

¿Quisieras conocer Trinitaria?

También cocinaban en ollas comunes para todos, y comían lo que podían o lo que alcanzaba. Los dirigentes te obligaban a hacer ese sacrificio para que así tuvieras un solar, que tenías que rozar porque estaba cubierto de mangle, monte y agua. Había cangrejos, pájaros, peces y otras especies que vivían en las aguas saladas.

Con el pasar del tiempo, el alcalde de esos años, León Febres Cordero, planificó y comenzaron a hacer la vía perimetral, donde se construyeron los puentes de este ramal, lo que permitió el acceso más fácil y en mayor cantidad de personas que venían a este hermoso sector. Ahí se puso más fuerte la pelea entre los dirigentes que nombré arriba, ya que se vendían los solares a más precio y venía más gente con necesidad de una casita, o también personas que querían coger solares para luego venderlos y sacar provecho. Me contaron que luego de esta obra se pudo traer la luz. Irregularmente se recogía plata para comprar pequeños transformadores, y se conectaban a los cables del otro lado, de Malvinas o Estero. Entre más gente llegaba, la luz era más insuficiente. El agua seguía faltando.

Comienza otra faceta de la historia: yo aún no venía a Trinitaria. Todo esto me lo contaron los primeros que llegaron a la isla, como mi cuñada, mis primas y luego los vecinos.

El agua seguía faltando, igual que muchas otras cosas. Con el tiempo comenzaron a ponerse negocios como ferreterías, locales de venta de madera y caña, tiendas pequeñas. Venta de agua no, porque no existían aún las aguas embotelladas en el Ecuador. La gente seguía trayendo el agua en pomos amarillos donde venía el aceite, o se compraban tanques de lata para recoger agua de lluvia. Todas las casitas tenían la llamada “chorrera”, que consistía en un pedazo de zinc o una caña guadua partida, que se usaba para recoger agua cuando llovía. También se empezaron a construir casas más grandes y a buscar madera para hacer los puentes que permitieran avanzar más adentro, para que las familias pudieran seguir viniendo u obtener un terreno en el agua.

En esos tiempos yo vivía compartiendo una casa de alquiler con una prima y su esposo. Ellos pudieron comprarse una casa en los Sauces. Entonces mi prima me dijo:

—Maricruz, yo me mudaré pronto y me da pena que te quedes en esta casa donde se paga mucho y tú no vas a poder cancelar. Puedes tener problemas, ya que el contrato lo hice yo. Te acompañaré hasta Trinitaria antes de irme a los Sauces, para que busques un solar y puedas construir tu casita.

Le dije:

—Está bien, prima Marisol.

Así que pusimos fecha, y una tarde nos vinimos. Llegamos y preguntamos. Por ese lado estaba muy habitado, y los solares tenían una medida de 20 metros de frente por 30 de fondo. Su valor era ochocientos sucres. Dijimos:

—No podemos comprar, no tenemos esa plata.

Me acordé que vivía otra prima acá en Trinitaria. La buscamos, la encontramos y me dijo:

—De este lado los solares son más pequeños, y además el dirigente, si compras, te presta una casa de las que han quedado abandonadas, hasta que tú construyas en tu terreno.

Yo dije:

—Sí, me parece muy bien. Da una facilidad.

Hablamos con el dirigente y acordamos que si venía a Trinitaria, él me daría un solar a plazo y me prestaría una casa, por ser familia de la señora que ya vivía allí. Le dije que sí, y en unos tres días vendría. Me emocioné tanto que ni fui a conocer la casa donde íbamos a vivir. Le agradecí y regresamos al Cristo del Consuelo.

Ya con el plan de dejar la casa de alquiler y separarme de mi prima Marisol, me ilusioné mucho. Pero tenía una preocupación: no tenía plata, recién había dado a luz a mi tercer hijo. Vivía con dos hermanos más, y teníamos varias cositas: camas, muebles y enseres de cocina. Para mudarnos necesitábamos un carro grande y desarmar todo. Pensé: Mi marido cobra semanal y me da la plata de la comida. Con eso nos vamos, aunque no comamos. Pero esta oportunidad no la voy a perder.

Así que comenzamos a desmontar. Mis dos hijos también ayudaron, mis hermanos igual. Ya con las cosas listas, buscamos un camión y pudimos montarlo todo. Un 20 de enero de 1991, en la tarde, partimos

II.

¿Quisieras conocer Trinitaria?

hacia Trinitaria cargados de ilusión, incertidumbre y con mi tercer hijo, que no tenía ni un mes y un día de nacido.

Llegamos. Como siempre, la gente en los sectores a veces es muy servicial. Me ayudaron a bajar en la casa que me prestaron, aunque no entraron todas las cosas. Ahí dormimos esa noche, y al siguiente día nos dieron otra casa.

Bueno, para no alargar mucho la historia, recorrí tres casas prestadas, hasta que me prestaron plata en mi trabajo. Juntamos lo que teníamos y construimos en el solar. Luego le pagamos al dirigente —cuando ya estábamos en dólares— el valor de 200 dólares. Este señor fue muy paciente y nos esperó.

Ya en Trinitaria comenzamos a participar de los procesos que se daban. La gente seguía construyendo y rellenando las calles principales. El resto se resolvía con puentes. Para estas fechas ya no había peleas con dirigentes armados. Creo que ya habían matado a Carlos Castro, Toral se había ubicado como dirigente en Malvinas, y seguía Andrés Quiñónez en Trinitaria, junto a otros dirigentes de varias cooperativas ya habitadas.

Se pensó en hacer escuela, iglesia, terreno para parque y casas comunales. Se comenzaba a dar forma al sector. Mis hijos ya tenían que ir a la escuela. Entre vecinos y dirigentes se recogió dinero para construir una escuela de caña. Más adelante, se hizo otra escuela, donde los profesores eran pagados por los padres de familia. El Estado aún no tenía presencia aquí.

Así fue creciendo la isla. Los moradores y dirigentes iban hasta la Municipalidad, al Ministerio de Bienestar Social, al de Educación y al INFA, para que vinieran a auxiliar la situación de múltiples necesidades. También se buscaba que vinieran tanqueros o carros repartidores de agua. Esta actividad era una lucha y una desesperación. Los tanqueros no venían todos los días. Teníamos que sacar todos los tanques a la parte seca que se había rellenado, e ir a la vía a rogarle a los choferes que entraran por esa callecita. Ya en el sitio, se daban las peleas:

—¡Lléname a mí, yo lo fui a buscar!

—¡Yo salí primero!

—¡Yo estoy adelante con mi tanque!

—¡Se va a acabar y no me llena!

—¡Señor, tengo hijos pequeños!

—¡Tengo tres días sin gota de agua!

Así era de grande la desesperación y la angustia de las mujeres y de los hombres que permanecíamos por el día en las casitas.

¿Qué más pasaba? Se recogía plata para comprar cañas guadua, que eran los postes parados en las pequeñas calles, y también cables para tener luz. Se seguían comprando transformadores que no abastecían el servicio, porque las familias ya tenían televisores blanco y negro, traían refrigeradoras, focos fluorescentes, ponían luz para alumbrar las casitas y los caminos o puentes. Dos o tres personas comenzaron a poner negocios y necesitaban refrigerar carnes, pescado, leche y legumbres, que se vendían en pequeñas cantidades porque la mayoría no teníamos dinero.

También les cuento que los dirigentes, cuando querían tener plata, bajaban la vela de los transformadores y nos decían que se había dañado. Entonces teníamos que recoger dinero para arreglar la luz. Me acuerdo que una Navidad pasamos sin luz, y ni hablar de la cena, ni chispiadores, ni foquitos navideños. Los vecinos nos acostamos temprano. Con todo eso vivido por esos años, también puedo decir que la gente vivía con más solidaridad entre vecinos. Pasaron los años, los gobiernos, y yo tuve otro hijo más, en 1992, como varias de mis vecinas también.



Yo canto

Yo canto por no llorar yo canto por no llorar,
porque me da tristeza la cortada del manglar
María Cruz yo cantaré yo cantaré a mi Trinitaria hermosa.
Hasta verla brillar como brillan las mariposas
las orillas del Estero son larga y bellas
desde lejos se ven los árboles de mangles fuertes y frondosos
si yo contara toda la hermosura que tiene este sector
tu quedaras encantado de su verdor.
La Trinitaria es verde, es café, pero también
tiene una negrura que canta
y espera un nuevo amanecer de paz y desarrollo.

De la época de los cargadores de agua

La cargada del agua en gancho consistía en poner un pedazo de palo o varenga
ponerle unos ganchos de fierro torcerlo para arriba
y ponerle dos baldes o poma de plástico
eso se usaba aquí en Trinitaria
como en muchas partes donde el acceso al agua es difícil.

El fuego que calentaba la esperanza en la isla

En los tiempos de mucho frío, o de vientos tan helados y fuertes que los harapos ni los trapos contenían el frío tenso que se sentía hasta los huesos, se buscaba la forma de hacer fuego que caliente el cuerpo y que ilumine el entorno.

—¡Acurrúcate! ¡Tápate! ¡Cúbreme! —se decía—.

No importaba que fuera en la cueva, en la choza o en una casita de caña. Ahí, el viento frío seguía entrando. Había que buscar otras estrategias para aguantar esos tiempos: ponernos medias, abrigos, colchas de lana... eso se veía por todas partes aquí en la isla.

Sonaban los huesos, también la quijada.

—¡Ay, qué frío hace hasta la madrugada!

Crecía la esperanza de que el fuego siguiera, siempre con cuidado de que no se quemara nada: ni los pocos trastes, ni los harapos que hacían de paredes, ni los pocos palos que formaban el tejado.

Ahí llegaba el día, salía el sol...

—Y yo todavía engomada estoy —decía mi hermana, que ya por sí sola sentía dolor en los huesos porque le había dado la polio.

Así también se quejaban todos los vecinos de este frío que consume el fuego... y también los cuerpos.

—Creo que me muero si esto no pasa. Aunque salga el sol, siguen los fríos vientos... ¿y qué hacemos ahora para calmarlos?

—Yo pongo agua en el fuego, hagamos un café, o agua de canela, o agua surumba, que caliente el cuerpo para poder salir a buscar nuestro porvenir.

—¡Ay, vecina, apúrese, que allá afuera ya llegó el pescado, cocine antes de que se vaya!

—¡Se vaya donde! ¡Yo con este frío no salgo hasta mañana!

Así son los fríos y los vientos en la Trinitaria.

La casa y el tiempo cambiaron ahora, pero hasta las cerámicas siguen frías todavía.

Maricruz Sánchez





A los pueblos no se los domina con fuerza. Hasta ahora, los hombres no han podido demostrar que, aplicando la fuerza bruta, puedan cambiar el rumbo de este mundo. (Guerra)

La guerra ha resultado ser peor que el hambre. Entonces, ¿por qué no se invierte menos en guerra y más en acabar con el hambre?

Así, los países o gobiernos serían realmente ricos.

Mi pasión por la lucha social

Nació en Isla Trinitaria, antes del año 2000. Yo tenía una vida muy pasiva, es decir, solo hacía cosas para mí o para mis hijos. Estudié, trabajé en casas de familias ricas de Guayaquil, cuidaba a mis hijos. Me enamoré y sufrí por un hombre que decía que me amaba a su manera... Bueno, así pasaba el tiempo.

Desde el 2000, cambié. Pensé más en mí, tomé decisiones. Decidimos desbaratar la casita de curado y luchar para levantarla de cemento. Así, poco a poco, de palo en palo, se ha ido logrando. Seguí tomando decisiones. Participé en un proceso de capacitación para mujeres con una ONG, aprendí un poco sobre los derechos que tenemos, y por ahí me fui.

Cuando me di cuenta, ya estaba participando en las reuniones de la escuela de mis hijos. Tomaba la palabra para dar mis opiniones, aunque fueran pocas. Después, luchamos junto a varias amigas para conseguir mejoras para la escuela. Esta se había inundado con el invierno; los profesores y niños estaban de vacaciones y los documentos y bancas de madera se estaban mojando. Así que sacamos las cosas y las guardamos.

En el 2002 me ayudaron a crear una organización de mujeres. Le pusimos Dama Solidaria. Me eligieron presidenta. Yo tenía un pequeño negocio en la escuela y me llevaba casi todo el tiempo preparando y saliendo a vender, para tener algo de dinero para la alimentación y para construir la casita. Mis hijos me ayudaban, ya estaban grandecitos. Así pasaba el tiempo.

En la ONG hacíamos muchas actividades en Trinitaria, pero la oficina quedaba en el centro de la ciudad. A veces me tocaba ir a eventos o capacitaciones allá, y firmar papeles de la organización. Dejaba a mi hijo encargado de vender algo, o me levantaba muy de madrugada para dejar listas las tortillas, pelar los mangos o correr hasta el mercado del Sur o el Central para hacer las compras. Bueno, era duro todo, pero así avanzábamos.

II.

¿Quisieras conocer Trinitaria?

Conocí a más mujeres, profesores, doctores, arquitectos que trabajaban en Trinitaria. Me empezaron a reconocer y a invitar a participar más y a seguir saliendo de la isla. Conocí a CEPAM, a la Asociación de Trabajadoras del Hogar y a la Fundación Yerba Buena. Con la participación de la ONG, se decidió capacitar a profesores, jóvenes, niños y mujeres en los derechos de la niñez y adolescencia, y a los docentes sobre el tema del maltrato. En esa época, todavía se les pegaba a los niños en las escuelas.

En ese tiempo, llegaron las mujeres al Congreso. En 2003 se aprobó la Ley 103, y esta ONG la difundía en los territorios de Trinitaria. También se hablaba del Código de la Niñez y Adolescencia y de la protección a la infancia. Iban a las escuelas para impulsar el empoderamiento de profesores y adolescentes. Mis hijos también participaban. Esto dio paso a que mi hijo Anderson tuviera una participación activa en el proceso. Así, también participaban mis otros hijos. Byron estaba en el programa del Muchacho Trabajador del Banco Central, que se dio aquí en Guayaquil. También conocimos a otros profesionales como Jimmy Coloma, la señora Dalia Palomeque, y otros.

Bueno, se fue la ONG, y en las escuelas y grupos de mujeres bajamos el ritmo, pero yo no. Un día estaba vendiendo en una de las escuelas del sector y vinieron a buscarme para unos créditos grupales con mujeres. Les dije que sí. Yo quería capital para mi negocio. Para eso, tenía que recibir más capacitaciones. Era en grupo, debíamos conformar grupos de cinco mujeres, en total unas 20 o 30.

Aprendimos a manejar el dinero, a sacar costos y ganancias, a ahorrar, invertir y pagar a los bancos. Yo lideré estos grupos y fui presidenta. Antes de que se fuera la ONG, también creamos bancos comunales en el sector de Trinitaria, para el empoderamiento económico de las mujeres. Teníamos que aprender la cultura del ahorro. Ahí se avanzó un poco. La mayoría de mujeres dependía de los hombres, y así fueron saliendo adelante.

Algún rato les sigo contando este proceso...

Yo, como presidenta del primer grupo de crédito en Trinitaria, fui invitada a una asamblea de socias de esta cooperativa de crédito. Ahí conocí a mujeres del Guasmo que eran lideresas y manejaban los grupos de ese sector. Fue algo muy bonito y motivador: conocer a mujeres que

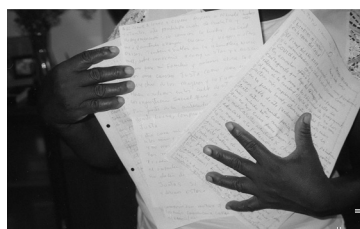
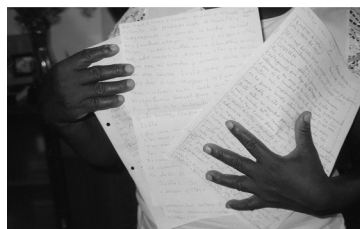
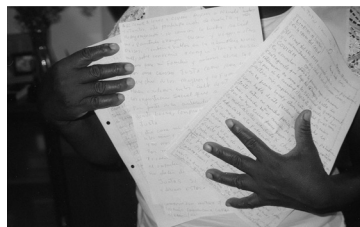
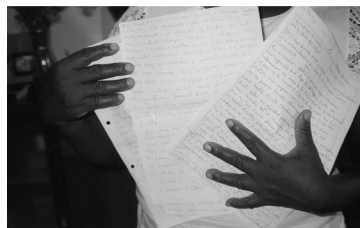
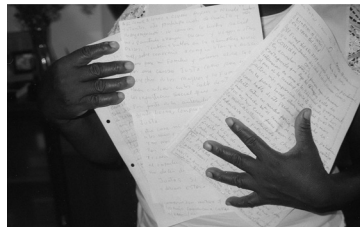
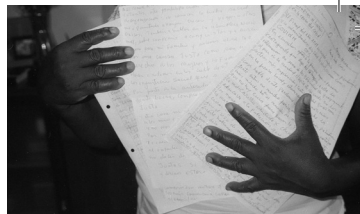
juntaban dinero para crear esta cooperativa para las mujeres populares que vivíamos en estos sectores.

Bueno, así fue creciendo mi participación, y un día me llamaron para que fuera a trabajar en este proceso dentro de la cooperativa. Eso significó salir más seguido de la isla, dejar a mi hija Maholy, que tenía solo un año, al cuidado de mis hijos. Me fui a aprender más sobre finanzas.

Así conocí a Lenny, Elvira, después a Neural, y a tantas otras mujeres. Ellas participaban en el crédito y la organización. Conocer la lucha social me ha permitido avanzar, crecer y viajar a otros países. También a hablar en la Asamblea Nacional sobre el Convenio 189 de la OIT.

Además, este proceso me ha ayudado a conquistar mejoras para mi familia, alzar la voz por una causa justa como son los derechos de las mujeres y la familia. He hecho reclamos en las calles de la ciudad de Guayaquil, por la injusticia social que aún se padece por parte de las autoridades. He conocido también a gente buena y comprometida con causas justas, y en otros casos, mi aprendizaje ha sido motivar a otras mujeres para que avancemos y no nos rindamos.

Hoy alzo la voz por mí, por ti, y por todas las que aún no tienen voz. ¡Que viva y siga el aprendizaje de las mujeres y, por qué no decirlo, de las familias! ¡Juntas sí podemos y debemos estar!



Que suena

Suenan los machetes cha cha
Suenan los serruchos rue rua
Suenan el martillo clavando el clavo tan tan
Suenan los puentes con la carreras de los niños bron bron
Suenan los gritos de las mujeres: muchacho te vas a caer
Suenan los cuchillos y las tablas limpiando las canchimalas ton ton
Suenan los verdes cro cro
Suenan y sopla las llamas del fuego de leña fuuuuuuuuuu
Suenan las cucharas y también los platos
Suenan el viento que te hace crujir de frío
Suenan Trinitaria
Sus pasos de esperanza
Para nuestra gente que tienen un techo
Para cobijarse
Hoy suenan las balas
Que nos quitan el alma
También suena el desempleo
Y las tiendas cerradas
Suenan la desesperanza
¿Y esto cuando acaba?

Limpiar el barrio en época del COVID

A finales del año 2019, el mundo sufrió una pandemia, y los administradores de la salud la identificaron como *COVID-19*. En Ecuador, apareció la primera mujer contagiada, que llegó del extranjero. A ella la internaron en uno de los hospitales de la ciudad de Guayaquil, al sur de la ciudad. El hospital estaba ubicado en uno de los sectores más empobrecidos y caóticos: el Hospital del Guasmo. La noticia fue difundida por la prensa local e internacional. Todos hablaban de esta pandemia, y mucha gente entró en pánico.

Mientras más días pasaban, más miedo se mostraba en el mundo. Se reportaba que no había cura para detener la peste. Se inventaron las mascarillas, vendidas por China. También se comenzó a educar a la población: debíamos lavarnos las manos con abundante jabón, hacer espuma, secarnos con toallas desechables y, con esa misma toalla, cerrar el grifo. Otro producto importante era el uso de alcohol.

Las noticias eran muy fuertes. Hablaban ya de cifras por país, y cada día aparecía un nuevo caso en otra nación, debido a viajeros que provenían de países donde ya se habían registrado los primeros contagios. En Ecuador, el primer caso llegó desde España, y hasta hoy se lo identificaba como *coronavirus*.

Bueno, en mi familia tenemos un médico, y un amigo lo invitó a postularse para trabajar en el hospital, ya que los médicos que allí laboraban se estaban retirando.

Así que él lo analizó, conversó con el amigo y con nosotros, y nos dijo:

—Sí, me voy a trabajar al hospital.

Nosotros, un poco temerosos, le dijimos:

—Bueno, que sea tu decisión.

Y así fue. Iba a trabajar, llegaba y se encerraba en su cuarto. No podía tocar ni cargar a su hija, que estaba pequeña. Creo que así cambió la vida de miles de profesionales y auxiliares de salud en el mundo.

18-06-06
Santos
proprio
la identidad como pandemonio
en refer a personas
dentro de ella la
la vida en los
del guasmo
nuestros
los pasados
reportajes
verdad



II.

¿Quisieras conocer Trinitaria?

A la población en general también le dieron directrices desde el gobierno: teníamos que quedarnos en casa. Se puso al Ejército a controlar y a exigir —u obligar— que la gente no saliera. Llegaron los muertos a nuestro barrio. Amigos y conocidos cercanos empezaron a fallecer, y esas noticias asustaban aún más a la familia. Veían las noticias a diario... yo no.

Comenzaron los remedios caseros y ancestrales en nuestras casas, buscando protección o prevención: baños de agua caliente, té caliente de hoja de naranjo, hoja de guanábana, preparación de cebolla con ajo, rábano, limón, miel de abeja y azúcar (si no había, panela), limonada caliente, etc. Esto se difundía por las noticias y redes sociales, que también compartían fórmulas de medicina casera.

Otra noticia que alarmó mucho fueron los muertos tirados en las calles o en sus casas, a quienes no retiraban ni la ambulancia ni la policía. Aumentaron las llamadas de auxilio, amigos angustiados llamaban. Yo me llenaba de valor y daba consejos para que no nos desesperáramos y tomáramos todas las precauciones posibles.

Los helicópteros del Ejército volaban muy bajo, sobre nuestra casa. Por la ventana veía pasar a la policía, que prohibía que la gente saliera a la calle en masa.

En mi casa nos organizamos. Solo yo salía a comprar. Mis hijos se limpiaban con alcohol por todos lados. Lavábamos las compras del comisariato o de la plaza en el patio. Se compraba pan en la panadería, entre tres o cuatro dólares, para no salir todos los días. Se hacía *quaker* o coladas para todos. Éramos varias personas en casa. Nos separábamos dentro de la vivienda, no conversábamos con los vecinos.

Para divertirnos un rato y no pasar el día durmiendo, a veces jugábamos bingo u otros juegos. Se puede decir que desapareció la vida social en los barrios. También desaparecieron los velorios con paseo, las visitas a los parques. Solo quedó la salida a la farmacia, y creció el trabajo por internet.

Así avanzaba el 2020.

Un día, yo me atreví a visitar a unos vecinos y le dije:

—Vecina Juana, ¿por qué no lavamos la vereda del barrio? Dicen que la espuma del jabón mata el virus del COVID-19.

Ella me respondió:

—Sí, así podemos salir con los muchachos a jugar.

Entonces, manos a la acción. Cogimos baldes, escoba, cloro, manguera, mascarilla y ropa cómoda, y comenzamos las dos. Los niños nos miraban por las ventanas.

Así motivamos a otros vecinos. Sacaron la manguera, también escobas y deja. Varios niños salieron a ayudar. Para no alargar más la historia, eso motivó que más gente saliera y que los niños comenzaran a correr y agitar el barrio.

El viento

En mi Trinitaria ha cambiado el clima.

Los primeros moradores me contaban que, cuando ellos llegaron, el viento tenía un sonido: *uuuhhhh uuuhhh*, y los mangles temblaban con mucha fuerza. Bailaban, aunque eran muy resistentes. Se movían duro, sus hojas maduras volaban lejos y sus semillas caían al agua salada para que naciera otro árbol.

También volaban gaviotas, garzas rosadas y blancas, pájaros de pico largo que se alimentaban de las especies marinas que vivían en el estero. Estas alcanzaban tanto para los pájaros como para nosotros. Había cangrejos, canchimalas, ostiones, conchitas, almejas, peces y pececitos.

Cuando se pobló más, aún se sentía el viento helado, con un poco de sonido. Actualmente, se han sembrado otros árboles frutales como mango, guayaba, aguacate, chirimoya y otros. Pero estos ya no bailan con el viento suave, y hay muchas casas de cemento que impiden la libre movilidad del aire.

Por estos tiempos, ya no se encuentran ni pájaros, ni conchitas, ni ostiones ni cangrejitos. El estero ahora sirve para otras actividades: botar basura, esconder la delincuencia y el tráfico de drogas, lo que también contribuye a la contaminación.

Por qué me siento

Tan raro
Con los bolsillos vacíos
Que no tengo ni un
Centavo para comprar
Un pancillo
Ya los tiempos han cambiado
Antes no se necesitaba
Plata en los bolsillos
Porque se podía conseguir
Trabajo
Por ahora esto es costumbre
Andar con los bolsillos vacíos
Todos ya que no hay ni pa comprar
Un solo calzoncillo
Para cortar
La caña guadua
Hoy que cortarlo
En menguante
Para que dure
Y no le caiga
Gorgojo y tampoco
Bote polvo



Recordar a mamá

El 3 de mayo de 2014 murió mi madre. Este año, mis hermanos y yo organizamos un conversatorio familiar para recordar su vida. Nos reunimos hijos, nietos y nueras, y comenzamos, uno por uno, a hablar sobre nuestras vivencias con ella: cómo nos cuidaba, cómo nos crió, pero también recordamos los castigos... y sus dichos.

Ella se llamaba Doña Marlene Corozo Lara.

Primero habló mi hermana Mirna. Ella recordó su vida junto a mi mamá y mis abuelos desde que tenía cinco años, y el cuidado que le daban. Lloró, y nos hizo llorar con sus recuerdos, pero también nos ayudó a conocer mejor esa parte de la historia.

Luego habló mi hermana María Eugenia, que es la séptima de los hermanos. Habló de mamá y le dio mucha pena recordar su muerte. A mi mamá le tocó padecer una enfermedad muy dura. Mi hermana estaba junto a su hija, y ambas recordaron los momentos en que mi madre estaba enferma.

Después hablé yo. Recordé los castigos fuertes... y también sus dichos, que eran:

Gallina de casa no corre lejos.

*Árbol torcido hay que enderezarlo
a tiempo.*

Muchacho, haz caso a tus mayores.

*Dime con quién andas y te
diré quién eres.*

*Perro come huevo, ni porque
le quemen la trompa.*

*El que se junta con lobos,
a aullar aprende.*

Si te alcanzo, te doy una tunda.

II.

¿Quisieras conocer Trinitaria?

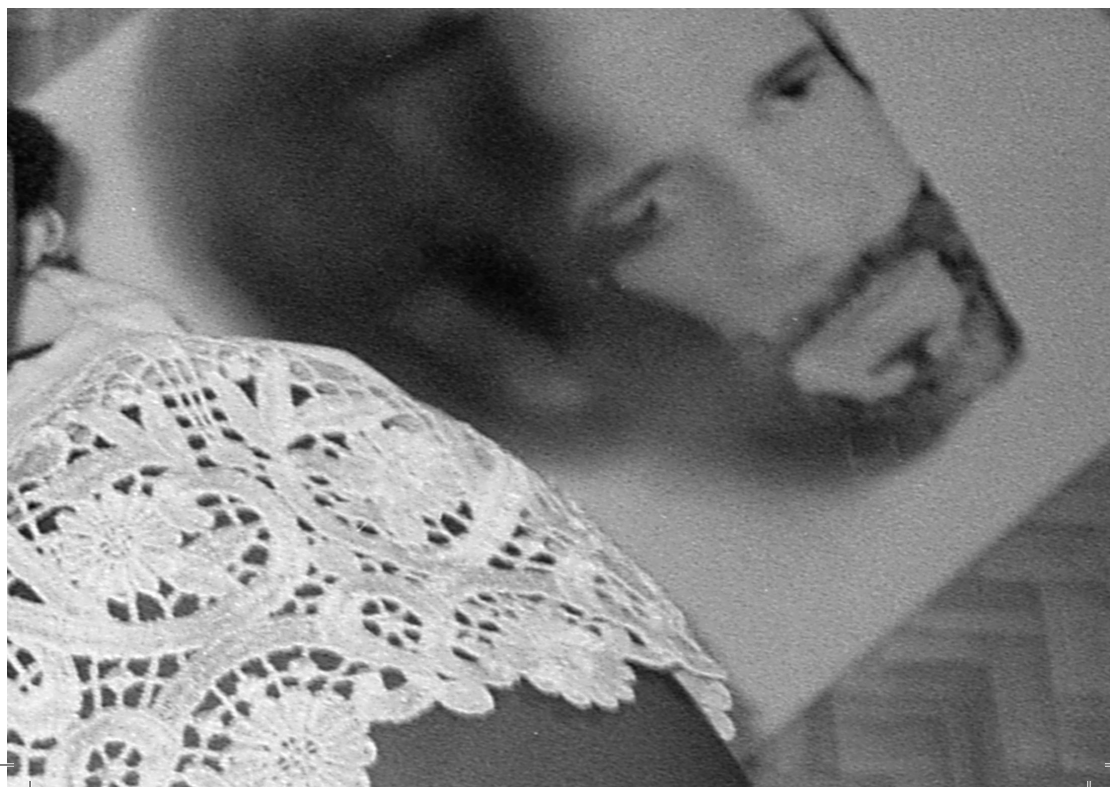
Luego habló mi hermano menor, Jonathan, y mi hijo Byron. Para ellos, que son más jóvenes, fue bonito y valioso conocer más sobre su abuela y el tiempo pasado.

Una de las nueras que estaba presente se alegró mucho de saber más sobre su suegra. Aunque no la conoció, pudo imaginar cómo era su forma de ser, su comportamiento, y las vivencias de aquellos tiempos.

Y fue muy bonito hacer una reunión así. En vez de recordarla muerta, fue mejor recordarla viva.



Maricruz Sánchez





Yo y mi lucha

textos de
fotografías de

Inés Santos Caicedo
Yuliana Ortiz Ruano

Soy Inés Santos Caicedo, mujer afroecuatoriana, madre y orgullosa lideresa comunitaria de la organización Nia Kali en la Isla Trinitaria de Guayaquil. Pertenezco a la Red Comunitaria de Defensoras y Defensores de Derechos Humanos de la provincia de Guayas. Antes que nada, agradezco al Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos, CDH, por caminar junto a nuestro proceso.

Crecí escuchando que cuidar y defender son el mismo verbo: cuidar la vida del vecino, cuidar la palabra dada, cuidar el territorio donde los manglares filtran la sal de la injusticia. Esa memoria nos guía en Nia Kali: una organización comunitaria de mujeres afro que, desde el 2017, decidió transformar la queja en acción colectiva.

Cuando hablamos de racismo, muchos piensan en un insulto aislado. Para nosotras, racismo es la falta de agua potable que se arrastra por décadas; es que los buses urbanos eviten la ruta por miedo a zonas calientes; es perder hijas e hijos en el reclutamiento de bandas porque el Estado llegó tarde o no llegó, y cuando llega es para reprimir a nuestros jóvenes negros y empobrecidos.

Los datos lo confirman: en Guayaquil, la tasa de adolescentes afrodescendientes asesinados entre 2019 y 2024 creció un 500 %. Pero detrás de cada cifra hay nombres, abrazos que faltan, mesas de comedor con una silla vacía. Nuestros cuerpos y territorios concentran la precarización; aún así, seguimos siendo presentadas como caso aislado y no como síntoma de un sistema de exclusión estructural.

Comparto estas líneas desde la necesidad de registrar, con honestidad y sin adornos innecesarios, la experiencia de quienes asumimos responsabilidades de liderazgo dentro de nuestras comunidades. En mi caso particular, decidí emprender este camino de la lucha comunitaria motivada porque, como madre y mujer, vivimos una vulneración muy grande en nuestro núcleo familiar. La violencia tocó nuestra puerta, y decidí que las pocas herramientas que tenía en ese entonces las iba a poner en manos de mis vecinas y compañeras de comunidades para que nunca más ninguna mujer tenga que enfrentar lo que yo enfrenté, donde la violencia hacia las mujeres en comunidad vive en la absoluta impunidad, más si son además de pobres, racializadas.

En un gesto de memoria colectiva, pongo por escrito la palabra que, durante mucho tiempo, se ha transmitido de voz en voz en nuestras asambleas, en los espacios comunitarios y en los encuentros de reflexión sobre la educación sexual integral y los derechos humanos.

En mi trayectoria de trabajo comunitario he comprendido que el liderazgo no se impone: se teje en la práctica cotidiana, cuando se organiza una minga, se facilita un diálogo entre jóvenes o se acompaña a una familia que reclama atención médica digna. Estos actos, sencillos en apariencia, son el cimiento de una defensa amplia de los derechos humanos, porque colocan en el centro la dignidad y la vida de las personas afrodescendientes.

La persistencia del racismo estructural se evidencia en múltiples niveles. Se expresa en la violencia simbólica de los estereotipos, en la relegación de nuestras voces en los medios de comunicación y en las barreras que enfrentamos para acceder a servicios públicos de calidad. También se manifiesta en episodios de perfilamiento racial y en la escasa representación afrodescendiente en los espacios de toma de decisiones.

Estas formas de discriminación tienen consecuencias directas sobre la vida cotidiana: limitan las oportunidades educativas, restringen el acceso a un trabajo digno y profundizan la inseguridad económica. Cuando se conjugan con la violencia armada que golpea a ciudades y zonas rurales, incrementan la vulnerabilidad de niñas, niños, mujeres y personas mayores dentro de nuestras comunidades.

Frente a ese panorama, en Nia Kali nos importa mantener tres procesos con mucha convicción:

Los círculos de autocuidado comunitario son espacios de encuentro donde las mujeres compartimos saberes, sentires, escritos y silencios que sanan colectivamente. Allí reconstruimos autoestima, practicamos primeros auxilios psicológicos y organizamos redes de apoyo para emergencias, tanto con las mujeres como con los jóvenes que participan del proceso de apoyo escolar.

Compartimos saberes ancestrales vivos, realizando talleres de gastronomía tradicional. Nos organizamos para elaborar alimentos y ofrecer a otras organizaciones el servicio de provisión de alimentos elaborados, para sustentar la economía de nuestras familias, donde en muchos casos son las mujeres negras las que sostienen los hogares. También bordamos turbantes, promovemos la danza africana y recordamos que la cultura no es folclor decorativo: es herramienta política de resistencia.

Participamos de distintos procesos de formación en derechos humanos y liderazgo desde la educación popular, sobre el derecho a la ciudad, la seguridad comunitaria y los cuidados de las mujeres. Creemos en una pedagogía donde quien enseña aprende, y quien aprende enseña.

En este proceso, el CDH ha sido fundamental. No llegó con fórmulas prefabricadas; llegó con orejas abiertas para escuchar sobre nuestro proceso y acompañarnos en este caminar. Juntas diseñamos metodologías de educación popular basadas en la realidad cotidiana y no en manuales importados. Aprendimos a mejorar nuestras capacidades para responder cada vez más y mejor a jóvenes y mujeres del pueblo negro asentados en nuestra comunidad del Trinipuerto.

Los derechos que nos amparan —a la identidad, al territorio, a la participación y a la igualdad— aparecen escritos en la Constitución y en

los instrumentos internacionales, pero rara vez llegan a materializarse plenamente en nuestros barrios o parroquias rurales. Por eso, la labor de las organizaciones afroecuatorianas consiste en traducir esas normas en acciones concretas, exigir su cumplimiento ante las autoridades y acompañar a la comunidad mientras se construyen soluciones.

Frente a esa realidad, la resistencia se nutre de varias estrategias: la autoorganización barrial, la formación en derechos humanos con enfoque intercultural y la revalorización de nuestras expresiones artísticas. Los círculos comunitarios de cuidado, por ejemplo, han demostrado que el apoyo psicosocial entre pares fortalece el tejido social y habilita nuevos liderazgos, sobre todo de mujeres jóvenes.

Dar testimonio de estos procesos tiene un valor político y pedagógico. Al narrar lo vivido sin ficciones, se revelan las fracturas del modelo social que perpetúa la exclusión, pero también se muestran los caminos posibles para transformarlo. La memoria, así entendida, no es nostalgia, sino herramienta crítica para proyectar un porvenir más justo.

Quien me vería ahora, en quien me he convertido, no lo creería: una mujer sencilla, con raíces en el Chota, asentada en este gran Guayaquil, dando discursos, participando en eventos. Fui candidata a asambleísta, representando a la mujer negra de barrios populares de Guayaquil. ¿Quién lo creería? Este año, en el marco del 8 de marzo, incluso fui designada —junto a otras valiosas compañeras— como Mujer del Año por la revista Hogar, un logro que, como todo en la vida, considero no es individual, sino producto de esfuerzos colectivos de mi organización y comunidad.

Con estas líneas convoco a continuar la conversación y a sumar voluntades. Avanzar hacia la igualdad requiere reconocer la raíz afro que sostiene buena parte de la historia ecuatoriana, escuchar las demandas que surgen desde los territorios y promover políticas que reflejen la pluralidad del país. Desde la resistencia cotidiana hasta la incidencia legislativa, cada paso colectivo alimenta la esperanza de un presente y un futuro donde la dignidad afroecuatoriana sea plenamente garantizada.

Idas y venidas de la isla

textos de
fotografías de

Elvira Angulo
Yuliana Ortiz Ruano





Ana Luisa y Elvira en la Trinitaria

A mi prima le dijeron que había terrenos en la Isla Trinitaria. Ella fue a prisa para comprar su terreno; le tocó en lo último, casi no había casas, las casitas eran muy separadas. Luego me invitó a su casa. Desde la avenida Perimetral era muy lejos donde ella vivía, y no se veía gente en la calle porque había muy pocos habitantes. Corrían los años 1992.

Mi prima me persuadió para que comprara un terreno. Yo no quería, porque la luz parecía vela y eso era muy feo, pero terminé comprando. Quedé fuera del muro porque no compré inmediatamente.

Cuando hubo el proyecto del relleno hidráulico, que el municipio empezó a ejecutar con los muros de contención, la gente se apresuró a hacer sus casas. Las casitas eran bien altas. Otros se confiaron y decían que el relleno no les iba a afectar, pero cuando vino, unas que otras casitas perdieron el piso; los enseres se quedaban enterrados.

Después del relleno, yo compré y quedé en partes de áreas verdes. Ese terreno me costó veinte mil sucres, que en la actualidad son noventa y cinco centavos de dólar. Ya mi prima estaba pisando tierra firme y a mí me tocó estar en el manglar. Yo era la última casa; las casitas estaban separadas, chispeadas. Hacía unos tremendos fríos en las noches. Cuando soplaba el viento, yo sentía que iba a volar con la casita, porque el viento soplaba muy fuerte y la casita se movía horrible, como si se fuera a desprender.



Cuando se compraban los terrenos, uno tenía que ir a vivir de inmediato, porque la gente, domingo a domingo, iba a buscar terreno. Y el dirigente, terreno desocupado que veía, terreno que vendía. Cuando uno llegaba, tenía que pagar un punto de luz, pagar una falsa guardia, y las reuniones eran de domingo a domingo.

Cuando hicieron los muros de contención, se quedaron atrapados bastantes pescados chames. Yo los llevaba en baldes al Guasmo, pero la mayoría se murieron, y eso era una pestilencia.

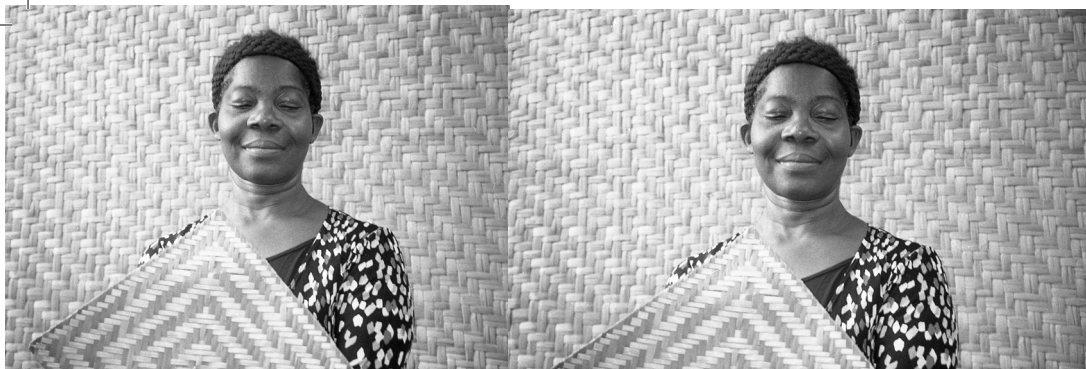
Pasaba el pescadero vendiendo en canoa: “¡Pescado, pescado, pescado, pescado!”. El maderero vendía los mangles: “¡Mangle, madera, mangle!”. Cuando había temblor, el lodo parecía gelatina; las casas se movían horrible. Los puntales se los carcomían los ostiones. Cada cierto tiempo pasaba un señor recolectando los ostiones, y nosotros teníamos que cambiar los palos. Todo se tiraba al salado: el paquetazo, las heces fecales, perros muertos, basuras y vidrios.

Los puentes eran altos, unos anchos, otros bajos; unos mal contruidos y otros bien contruidos. Cuando llegaban los tanqueros, teníamos que correr con nuestros tanquitos para recolectar el agua. Entre los vecinos nos pedíamos agua. La gente a menudo se caía del puente. Las casas se quemaban frecuentemente, por cortocircuitos o por las velas. Y como eran casas de caña, a veces se quemaban una, dos, tres, cuatro y hasta cinco en ese mismo momento.

Cuando los bomberos llegaban, a veces no tenían acceso para pasar. Entonces la gente apagaba los incendios con cadenas humanas y esfuerzo. Había una ley: que el que se caía del puente, él lo arreglaba, porque era su culpa —de él o de ella— por haberlo dañado. Cuando una persona se caía, era objeto de burlas. Un día un dirigente se cayó y fue a parar al hospital.

Yo me acerqué a su casa para preguntarle cuánto tenía que darle de dinero para colaborar y arreglar el puente, porque yo vivía más adentro y el puente era de él. Para esto, yo todavía no me mudaba. Él me maltrató verbalmente; yo lo escuché y luego le di el dinero. De inmediato le cambió el rostro y conversamos amablemente. Le di quince mil sucres, que en esa época era bastante.





Niños en el agua

1

Muchos niños se caían al Estero Salado, entre ellos mis hijos. En una ocasión, yo escuché unos gritos, me asomé y era un aguaje. Miro debajo de la casa de la señora que gritaba, y lo que veo es un perrito nadando —eso fue lo que vieron mis ojos—, y ella me alcanzó a ver y me gritó:

—¡Señora Elvira, coja a mi hijo que se está ahogando!

Ella no se tiraba al agua, y yo corrí, pero indecisa de tirarme o no. Esperaba que alguien se lanzara a coger al niño, porque yo tenía miedo que me picara una aguamala —había bastantes. Terminé tirándome al agua y le entregué el niño a mi madre.

2

Otro niño se cayó mientras jugaba con mi hijo. Escucho que mi hijo dice:

—¡Joshua se ahoga, Joshua se ahoga!

Estaban pequeñitos. Al frente estaba el padre. Yo salgo a carrera y tuve que tirarme al agua porque él me dijo, bien fresco:

—Vecina, cójanlo.

Aunque yo tenía mucho asco de tirarme —porque había lodo, y no quería pisarlo— eso, para mí, era terrible. Al final, le entregué el niño a su padre.

3

En otra ocasión, un niño de dos años se ahogó. Escuché el arrullo que decía:

*El niño se ahogó porque la Vicenta se fue a bailar y andaba de arrecha.
Dejó el niño solo, y por eso el niño se ahogó, porque era de noche.*

Y eso no más fue lo que oí.

4

También murió un niño de doce años. Todas las mañanas él vendía pan, y un buen día me enteré que murió.

—¿Cómo murió? —pregunté triste.

Me dijeron que estaba bañándose y se electrocutó con una varilla de tierra, amarrada a un puntal de una casa, con cables de alta tensión. El niño la tocó y murió en el acto.

5

A mí no me gustaba que mis niños se bañaran en el Salado.

—¿Por qué no me gustaba?

Porque la gente botaba vidrios, no tenían precaución. Yo los envolvía en periódicos y los amarraba en dos fundas, y cuando subía la marea, ahí los arrojaba.

¿Por qué tampoco me gustaba? Porque me daba miedo que fueran a coger una varilla con cable y se fueran a electrocutar; porque botaban perros, gatos, y esos animales todos inflados, hediondos, siempre se acercaban a mi casa, porque en esa zona el agua hacía como un recodo, y yo sufría mucho con esos malos olores. A veces tenía que empujarlos, para que no se me quedaran ahí enredados cuando bajaba el agua.

¿Por qué no me gustaba también? Por las aguasmalas, que les podían picar. Y porque en el agua botábamos los excrementos. Y por último, porque se me podían ahogar. Entonces, les pegaba, por desobedientes.

IV.

Idas y venidas de la isla

En una ocasión, casi se me ahogan los dos. Yo salí, y el papá les había dado permiso para que se bañaran. Él, pues, estaba viendo un partido y se descuidó de los niños. Uno de sus amiguitos gritó:

—¡Babito se ahoga, Babito se ahoga!

Raquel miró que él se estaba hundiendo, y salían burbujas. Ella se tiró y lo alcanzó a coger. Él la haló hacia abajo, y ella pisó tierra con fuerza, y se empujó a él hasta enviarlo a tierra.

Y le dijo a la niña:

—Ñaña, este es un secreto entre tú y yo.

Yo me enteré cuando eran grandes. Ellos no le dijeron ni al papá.

Relleno

Como yo quedé fuera del muro, no había esperanza alguna de cuándo nos rellenaran, porque estábamos en áreas verdes. Nuestras casas eran bien altas y los puntales, flaquitos, carcomidos por los ostiones. Había muchas mujeres que pasaban recogiendo chorgas y mejillones.

Empezamos a rellenar poco a poco. Yo cogí la batuta para el relleno.

No fue tan fácil: me costó lágrimas, murmullos, malas caras, desánimo.

Convoqué a los vecinos, escogimos una directiva. De tal manera, el dirigente no movió ni un dedo, no hizo nada.

Fijamos una cuota de tres dólares para comprar la tierra, pero el costo de las máquinas era aparte; no alcanzaba. Un día, yo le pedí a mi vecina de al lado para completar el costo de la máquina. Ella me insultó. Me fui a tirar lágrimas. A veces me tocaba buscar las máquinas yo sola. Cuando me desanimaba, abandonaba el proyecto.

Yo oraba y lloraba, oraba y lloraba, y decía:

—Señor, yo sé que algún día esto será relleno.

Luego me llenaba de fuerzas y seguía. Íbamos a buscar la tierra fuera de la isla, muy temprano por la mañana, a hacer fila para conseguir las volquetas con tierra.

Los atrasa-pueblo decían:

—Yo no veo que esto avanza. Yo no voy a dar más nada, porque cuando el relleno llegue a la casa de ella, no va a seguir más.

Mis intenciones eran buenas, pero como hubo contaminación de pensamiento, solo llegué hasta mi casa. De ahí empecé a rellenar mi terreno, a veces gastando la plata de mi comida. Y así rellené mi terreno.

Primero nos proveíamos de agua de tanqueros. Después pasaron señores con mangueras. Luego hubo un proyecto de piletas. Había una persona encargada de la pileta. La gente, los primeros días, pagaba; después, los moradores dejaron de pagar. De tal manera que llegó Interagua, porque la deuda creció. Se hizo una nueva reunión para poder cancelar los valores pendientes. Se escogió nueva directiva para poder pagar los gastos del agua. Yo quedé como tesorera.

Reunimos trescientos ochenta dólares y fuimos a pagar. El llamado presidente, hecho el conchudo, quería que de esa plata le pagáramos el día de trabajo por habernos acompañado a Interagua.

Continuamos pagando la deuda, hasta que llegó el proyecto de los medidores de Interagua. Cada quien se hizo independiente. Ya sin líos, cada quien tenía agua en su casa.

Como teníamos deudas, una mujer fue a reclamar porque sentía que le estábamos robando. Siempre había problemas.

Cuando mis primos fueron al sector, se quedaron boquiabiertos, no lo podían creer. Mucha gente que se había ido también decía:

—Esto nunca se va a rellenar.

Y a veces yo tenía mucho temor, porque había runrún de que nos iban a sacar de ese lugar, porque eran áreas verdes. Esto fue en el año 93.



Susto a medianoche

Yo dormía tranquila y serena en mi cálido aposento. De repente, tocan la puerta. A la medianoche salimos a ver quién era. Eran un par de jóvenes, literalmente llenos de lodo negro. La chica me pidió agua para lavarse y, entre susurros, me dijo que la ayudara. Yo la quedé mirando, sorprendida, y el muchacho me dijo:

—Hermana, usted no se meta.

Él le dijo:

—¡Vámonos!

Yo no entendí mucho, pero me quedé muy preocupada, pidiéndole a Dios que ayudara a la muchacha. Pasó un lapso de cinco minutos cuando ella volvió a pedirnos ayuda. Le abrimos la puerta. La joven estaba en una crisis muy nerviosa. Quería subirse a la cama toda lodosa, quería meterse a la nevera, literalmente. Por último, quiso tirarse por la azotea. Tuvimos que sacudirla para que se tranquilizara. La ayudé a bañarse: literalmente tenía el overol negro, aunque era de color azul. Le pregunté qué estaba pasando. Ella respondió:

—Estábamos bailando con unas primas. De pronto, Pistolón quería llevarme a dormir con él. El tipo estaba con un grupo de muchachos. Yo salí corriendo, pero uno de los muchachos de la banda de Pistolón salió detrás mío. Corrimos por los puentes y caímos al lodo. Luchamos, y un señor estaba viendo que peleábamos, pero no hizo nada. Yo logré escapar y vine a pedirle ayuda.

Yo oré por ella y la hice acostar. Nervios de Elvira.

De repente, la asustada era yo, porque me vino a la memoria que yo había soñado que mi vecino me seguía, que me hacía correr por el lodo. Yo soñaba que siempre corría por el lodo. Me di cuenta de que esto era lo que yo venía soñando. Pensé:

—Ahora van a venir y me van a tumbar la puerta, con machete, con pistola...

El corazón se me salía. Me convertí en un mar de nervios. Entonces hice la oración del Salmo 91:

IV.

Idas y venidas de la isla

Morando bajo la sombra del Omnipotente

91 El que habita al abrigo del Altísimo

Morará bajo la sombra del Omnipotente.

2 Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío;

Mi Dios, en quien confiaré.

3 Él te librá de lazo del cazador,

De la peste destructora.

4 Con sus plumas te cubrirá,

Y debajo de sus alas estarás seguro;

Escudo y adarga es su verdad.

5 No temerás el terror nocturno,

Ni saeta que vuele de día,

6 Ni pestilencia que ande en oscuridad,

Ni mortandad que en medio del día destruya.

7 Caerán a tu lado mil,

Y diez mil a tu diestra;

Mas a ti no llegará.

8 Ciertamente con tus ojos mirarás

Y verás la recompensa de los impíos.

9 Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza,

Al Altísimo por tu habitación,

10 No te sobrevendrá mal,

Ni plaga tocará tu morada.

11 Pues a sus ángeles mandará acerca de ti,

Que te guarden en todos tus caminos.

12 En las manos te llevarán,

Para que tu pie no tropiece en piedra.

13 Sobre el león y el áspid pisarás;

Hollarás al cachorro del león y al dragón.

14 Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré;

Le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre.

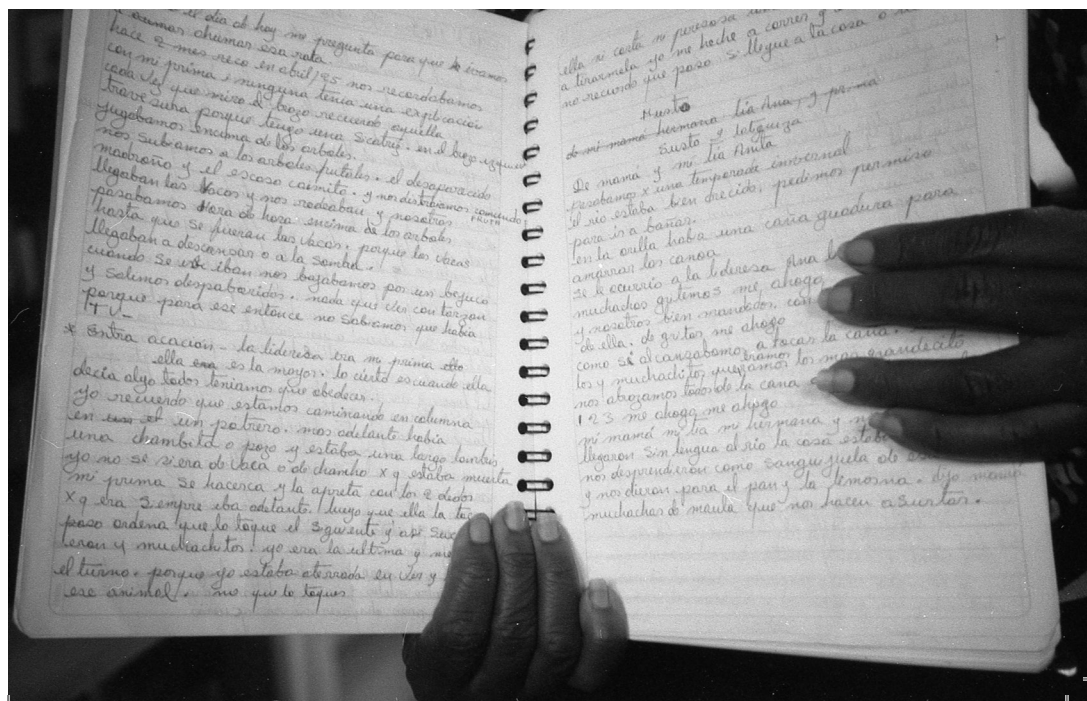
15 Me invocará, y yo le responderé;

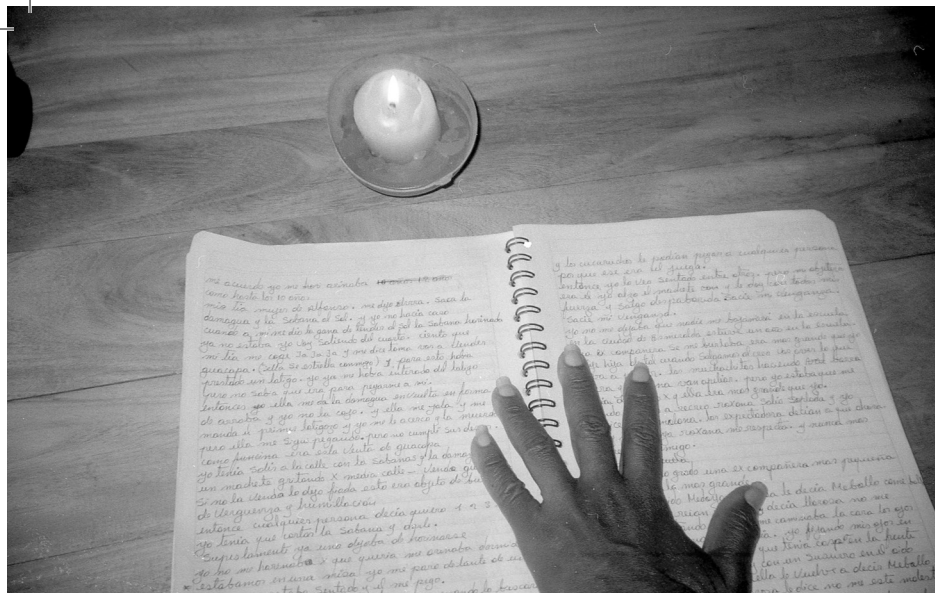
Con él estaré yo en la angustia;

Lo libraré y le glorificaré.

16 Lo saciaré de larga vida,
Y le mostraré mi salvación.

Terminé de hacer la oración y me quedé profundamente dormida, porque me llené de paz y de seguridad. Al otro día, mi pareja fue a dejar a la muchacha donde las primas. No le pasó nada, gracias a Dios.





Mis mejores recuerdos de mis juegos y travesuras

Yo jugaba con mi prima Ana Luisa. Mi hijo era un pedazo de caña guadua, seca, bien fina, de unos quince a veinte centímetros. Los pañales eran de hoja seca. Nunca tuve una muñeca. Nuestras ollas eran de concha de coco seco y pasábamos muy divertidas.

En una ocasión estábamos acostadas en la cama de mis tíos. De pronto apareció un pulperito sobre el toldo. Mi prima brincó y lo cogió. Lo matamos, lo escalamos —o lo abrimos—; estábamos haciendo un fogón a modo de barbacoa. A lo que yo meto la mano para coger un palo, mi prima le manda un machetazo a ese mismo palo, pero el machete no cayó en el palo, sino en mi brazo. Me cortó accidentalmente. Mi prima, súper asustada, yo en un mar de llanto... Ella corrió y me dio cuatro reales o dos pesetas. Me dijo:

—Toma, ñaña, para que te cures.

No recuerdo qué pasó. Lo cierto fue que luego me los quitó y me dijo:

—Te largas a tu casa.

Y no recuerdo más.

Hasta el día de hoy, cuando nos reunimos, nos preguntamos: ¿qué íbamos a hacer con esa rata? La cicatriz siempre me lleva a recordar.

Nos subíamos a los árboles frutales: el desaparecido árbol de maderoño, el escaso caimito... y nos distraíamos comiendo frutas. Llegaban las vacas y nos rodeaban. Pasábamos horas y horas encima de esos árboles, hasta que las vacas se iban, porque llegaban a descansar o a hacer sombra. Cuando se iban, nos bajábamos por un bejuco. Nada que ver con Tarzán, porque no sabíamos ni siquiera que existía la televisión.

Siempre la lideresa era mi prima y teníamos que obedecer lo que ella decía. Recuerdo que un día caminábamos en columna por el potrero. Más adelante había una chambita o pozo en el potrero, y había una larga lombriz que estaba muerta. No sé si era de chancho o de vaca. Mi prima, con los dos dedos, la apretó. Éramos cuatro muchachitas. Cada una tenía que ir tocando la lombriz conforme ella decía. Llegó mi turno y me dijo:

—Elvira, tócala.

Yo le dije que no. Ella me exigía, entonces tomó la lombriz para tirármela. Salí corriendo, ella me siguió. No recuerdo si llegué a la casa o no, estaba muerta de miedo.

Si eso es poco, escuche lo siguiente: susto y latiguista, ¿por quién? Por Ana Luisa.

Mi mamá estaba en la casa de mi tía. Era el tiempo de invierno y el río Onzole estaba bien crecido. Pedimos permiso para ir a bañar a la orilla. En la orilla había una caña guadua donde amarraban las canoas. Se le ocurrió a la lideresa Ana Luisa una gran idea:

—Muchachos, gritemos: ¡me ahogo!

Nosotros, bien mandados, con las instrucciones de ella, empezamos a gritar:

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

Y nos prendimos de la caña. Éramos cuatro muchachitos. Gritábamos a todo pulmón, bien cogiditos de la caña, tres veces, fuerte, en coro:

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

Escuchando eso, mi tía, mi mamá, mis hermanas, mis otras tías salieron despavoridas y llegaron a la orilla con la lengua afuera. Nos miraron, y nosotros, chilladitos, nos fueron desprendiendo... para castigarnos.

Separación de Elvira y de Ana Luisa

Mi abuela tenía un yerno lambón, y ella adoraba a ese yerno. Un buen día se desapareció una vaca de uno de los hijos de mi abuela. Mi tío se llamaba Donato. Entonces dijo Alfonso, el lambón, que la vaca desaparecida se la había robado mi tío, el padre de mi prima. Era algo absurdo, porque él solo no podía llevarse una vaca. Sin embargo, Donato encarceló al papá de mi prima.

A pesar de que él juró que no se la había robado, nadie le creyó. Entonces juró que nunca más volvería a vivir en esa finca, donde fue humillado y avergonzado delante de su esposa y sus hijos. Llevaron a mi tío río abajo, al pueblito San Francisco, a la cárcel.

Pasaron los días. De repente, se vieron no muy lejos de la casa unas aves negras volando en el cielo. Estas aves llamaron la atención. La curiosidad fue tan profunda que los llevó a ese lugar, donde hallaron la vaca muerta. Se había metido en una zanja, y como la zanja tenía maleza, el animal no pudo salir. Fue devorada por las aves de rapiña, los gallinazos.

Mi tío salió de la cárcel y se fue a otro lugar.

Elvira en la selva

Mamá se enamoró de un hombre llamado Manuel, que tenía una finca. Nos fuimos a vivir con mamá y su pareja a la finca, donde había grandes árboles frondosos, maderables, y una espesa vegetación. Vivíamos en una alta cabaña con una sola pared. No tenía divisiones, era un solo ambiente. Mi padrastro decía que era provisional, pero vivimos varios años así, teniendo la materia prima para construir las demás paredes.

Empecé a adaptarme a la vida de la selva, donde había serpientes, insectos, tigres y el cantar de extraños pájaros. La selva se llama Espina y queda a dos horas por tierra desde San Francisco de Onzole, y por agua unas dos horas y media, subiendo por el estero Espina. Realmente vivíamos en Espinerito. La blanca neblina se marchaba por la mañana, y no había otras casas cercanas.

Reunidos en las noches se contaban cuentos, adivinanzas sobre la Tunda, sobre la Gualgura —un animal que canta como pollito—, y se hablaba de la aparición de los muertos y otras visiones del monte. A mí todas esas cosas me daban miedo, pero para ellos era normal, porque a la casa le faltaban tres paredes y, cuando miraba hacia los lados, veía una espesa oscuridad bajo la luna menguante.

Mi mamá siempre, al acostarnos, nos hacía rezar el bendito, pero aun así yo sufría mucho de miedo. En la mañanita, cuando se levantaba la neblina de los árboles, yo pensaba que era el diablo. A veces escuchábamos voces por el camino y pensábamos que venía gente, pero pasaban los minutos y no llegaba nadie.

Pensé que mi mamá era la Tunda

Mi mamá siempre me decía que la Tunda, cuando los niños estaban solos y no había ningún adulto, se aparecía tomando la imagen de la madre: igualita. Se llevaba a los niños por el riachuelo, cogía camarón, los cocinaba en el trasero y se los daba de comer a los niños. Les decía: *Come, mijito.*

Entonces, mi mamá me explicaba cómo podía darme cuenta de que no era ella: me decía que la Tunda tenía una pata normal y otra de molinillo, y que para librarme de ella debía decirle lo siguiente: *Dios conmigo, Dios con él, Dios adelante y yo detrás de él.*

Un buen día llegó una mujer, cogió a mi hermanito, que tenía meses, y le estaba dando el pecho. La mujer me miraba y se reía, lo hacía bailar y le decía: *Inininga, inininga, inininga.* No me quitaba la mirada de encima y me conversaba. Yo tenía la mirada fija en ella. Pensaba que no era mi mamá: *Esa mujer es muy negra, ¿por qué se me ríe tanto? Está esperando que yo me descuide para llevarse a mis hermanitos y a mí.*

Yo estaba pilas, pero muy asustada. Entonces pensaba que, en cuanto se levantara, le vería la pata de molinillo. Le dije: *Dios conmigo, Dios con él, Dios delante y yo detrás de él.* Se paró la señora... y me di cuenta de que era mi madre.

Mi padrastro era muy bueno, me enseñó a trabajar y no era racista. Le agradezco mucho. Yo, a mi corta edad, sembraba piña, caña de azúcar; sembraba, canasteaba y echaba catanga para coger los pescados. Se tiraban torpedos también, anzuelos; se viraba la canoa y ahí se quedaban pegados los guacucos. Mi padrastro se encargaba de la cacería de monte, con la escopeta o con los perros.

En una ocasión eché un trasmallo, y cuando lo fui a ver por la mañana —¡oh, sorpresa!— estaba bien pesado. Cuando lo alcé, estaba enredada una tremenda culebra negra.

Al comienzo trabajábamos sin botas, pasábamos por un guandal, sitio lodoso donde había muchas espinas de caña guadua. Pero, por la misericordia de Dios, nunca nos metimos un chuzo.

Desconfianza y sufrimiento

En 1989 murió mi tía, mujer de Alfonso, quedando cuatro niños en la orfandad. Entre ellos la tercera era niña. Me llené de mucho sufrimiento, porque mi prima era pequeña. Porque una prima me decía que este hombre, Alfonso, abusó de ella. Por qué yo pensaba aquello, por lo que yo había vivido en mi niñez. Siempre que Alfonso abusaba de ella, mi prima me decía, fueron muchas veces.

La primera vez la invitó río arriba y cuando la mamá de mi prima se dio cuenta, le gritó a este hombre que no se la llevara, pero él a prisa empujó la canoa de la orilla y a la vuelta del río la saltó a unos montes y abusó de ella, sexualmente.

Conversábamos entre niñas lo que este hacía, a unas les dio besos, a otras las tocaba y a mí me molestaba.

Un día él me tiró un beso y yo le tiré una guayaba verde en la cara, él molesto empezó a amenazarme, porque se puso furioso. Yo le tenía rabia y una vez me pegó y lo maldije.

Años más tarde, cuando mi tía enfermó, para ese entonces yo ya vivía en Guayaquil y fui con mi prima Ana a visitar a mi tía que estaba en etapa terminal. Yo dormía con mi prima y un hijo de él en la sala, en la parte de afuera de la cama, en lo dormida que yo estaba siento que me besa, la siguiente noche hizo lo mismo, porque él supuestamente se estaba despidiendo del hijo porque salía a Borbón a trabajar a las cinco de la mañana, entonces alza el toldo y dice chao hijo y me hace lo mismo.

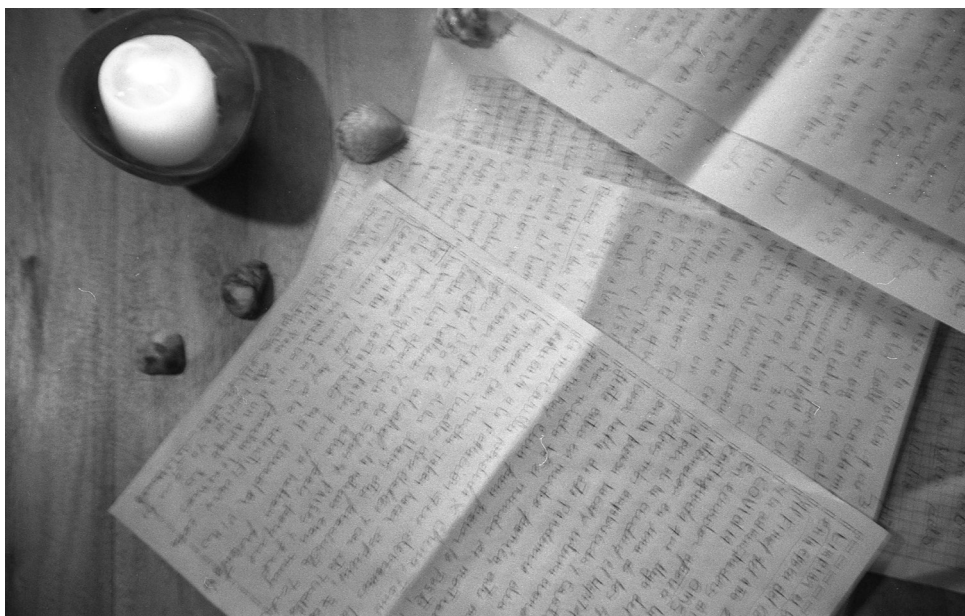
Entonces yo fingí que me gustaba y le clavé los dientes en la jeta, él me dio unos golpes y yo lo arañé también. Y ninguna de mis primas se enteró.

Con esto nunca más el hombrecito me molestó.

Cuando murió mi tía yo siempre tenía ese sufrimiento, porque sentía que ese hombre iba a abusar de mi prima. Luego me entero que una hermana de él, la tenía a su cuidado. Después me entero que la niña sufrió mucho con esa mujer, porque la maltrataba y que incluso a veces dormía en el monte, pero para ese entonces ella ya no estaba con ella.

IV.

Idas y venidas de la isla



A la defensiva

Cuando yo era pequeña, no era rebelde; era muy responsable en los quehaceres. Mi mamá no tenía que vigilarme, pero cuando no quería hacer algo, simplemente no lo hacía, y me pegaban. Un día, mi hermano mayor —no sé por qué— me pegó, y yo le dije: *¡Maldecido! Ojalá que te mueras y que te pique una culebra equis bien toreada*. Pasando el lapso de una hora, gritó contando que habían matado una culebra, y mi mami le dijo que esa fue la maldición que yo le eché.

Me acuerdo que cuando tenía diez años me orinaba. Mi tía, la mujer de Alfonso, me dijo: *Elvira, saca la damagua y la sábana al sol*. Yo no hice caso. Cuando me dio la gana, fui a hacerlo. Entré al cuarto y sentí que mi tía me agarró de la mano. Me solté, pero ella volvió a agarrarme y me dijo: *Toma, vamos a vender huacapa*. Me solté de nuevo, y ella me mandó un latigazo. Yo le entré al diente. Solté la arroba de cecina.

Tenía que salir por la calle con las sábanas, las damaguas y un machete, gritando: *¡Vendo huacapa! Si no la vendo, dejo fiada*. Eso me hacía objeto de burlas, de vergüenza y humillación. Entonces cualquier persona decía: *Quiero una, dos o tres libras*, y yo tenía que cortar la sábana y darle. Eso siempre se decía. Supuestamente, con eso uno dejaba de orinarse.

Pero yo no me orinaba porque quería, sino porque así era la vida.



¿Cómo nombramos lo que no se nombra?

por

Lois Nwadiaru

Cuando me cuestiono cómo nombrar lo que se nombra, por “nombrar” no me refiero a asignar un nombre a algo o alguien, sino más bien a expresar ese nombre a viva voz, reconociendo la existencia del sujeto u objeto nombrado, lo que implica distinguir la diversidad que lo envuelve y pensar sus complejidades, sus historias, sus contextos. La “viva voz”, en este caso, no se reduce únicamente al lenguaje verbal.

En palabras de Carlo Ginzburg, la viva voz también se transmite “con gestos, mediante miradas; se fundaban en sutilezas que por cierto no eran susceptibles de formalización, que muy a menudo ni siquiera eran traducibles verbalmente” (2004, 155).

La importancia de nombrar la tengo sumamente presente, empezando por mis propios nombres. Nací en 1997, en la ciudad de Guayaquil, Ecuador. Aquí crecí con unos nombres bastante particulares: Lois Adamma Nwadiaru Moreira. Cuatro nombres, tres en lengua extranjera que ponen en cuestionamiento *si soy de aquí*, y un segundo apellido que revela mi origen materno en la provincia de Manabí, Ecuador¹. Demasiado latinoamericano y demasiado africano a la vez.

Mi segundo nombre, Adamma, me fue puesto en honor a mi abuela paterna, quien se llamaba de la misma forma. Siempre pienso que no puede ser una casualidad mi interés por la estética —por saber sus formas, sus texturas, sus colores, sus porqués—, si mi nombre tiene un significado estético en sí mismo. Adamma [Ada-mma] es un nombre igbo —una lengua africana— que significa “la primera hija bonita” (*the first most beautiful daughter*), en donde el prefijo

1. Manabí tiene apellidos característicos, como Zambrano, Mendoza, Llor, Alcívar, Moreira, debido a que existen familias amplias en esta provincia.

V.

¿Cómo nombramos lo que no se nombra?

“ada” significa “primera hija” y el sufijo “mma” significa “bonita”.

Mi primer apellido, Nwadiaru [Nwa-di-arú], también igbo, me fue asignado por filiación, porque mi papá me reconoció como su hija, porque así lo establecía la ley. Para el año en el que nací, la ley que regulaba esto era el Código Civil expedido en 1970 y reformado en 1989, que establecía como una causal de filiación y, por consecuencia, de paternidad y maternidad, el hecho de “haber sido reconocida voluntariamente por el padre o la madre, o por ambos, en el caso de no existir matrimonio entre ellos” (Código Civil 1970, art. 24). Conversando con mi tía, Ifeoma Nwadiaru, descubrí que mi apellido significa “ese/a niño/a es pesado/a” (*that child is heavy*), en donde el prefijo “nwa” significa “niño/a” y el sufijo “aru” significa “pesado/a” (Nwadiaru 2023). Esto me motivó a empezar a aprender mi lengua *paterna*.



Mis nombres me han marcado siempre, especialmente porque son nombres igbo y yo nací y crecí en Ecuador, donde la lengua oficial es el español. Tengo grabado en mi memoria, casi como si del guion de mi vida se tratase, la recurrente pregunta de cómo se pronuncian mis nombres:

–Dígame sus nombres.

–Lois. Le deletreo. Ele, o, i, ese. Y mi apellido es Nwadiaru. Ene, doblevé...

–Espere, espere, espere... ¿cómo es?

–Sí, le deletreo. Ene, doblevé, a, de, i, a, ere, u. Nwadiaru.

–¿Y de dónde es ese apellido?

–De Nigeria.

—¿Y usted es de Nigeria?

—No, mi papá. Yo soy de aquí.

Luego, la conversación tiende a variar desde interés por saber si he conocido Nigeria, insistencia en saber si *de verdad soy de aquí*, intentos por aprender cómo se pronuncia. En una ocasión un señor me felicitó por hablar muy bien español tras asumir que *no soy de aquí*. En otra, un señor insistió dudoso en que “*ese apellido no es nuestro*”. Soy un apellido que no se entiende en un lugar donde dos consonantes no van juntas y hoy lo acepto con orgullo, pero para llegar a esta aceptación he tenido que recorrer un largo camino de (re)construcción identitaria y comprender la complejidad de aquel nombre que no se nombra: África, la cuna de la humanidad.

Para comprender la complejidad de África, he vuelto a una parte de mis orígenes: al pueblo igbo, del cual desciendo. Este ensayo surge fundamentalmente como una contranarrativa a las narraciones de Ecuador sobre *África* desde mi propia voz como igbo-descendiente afroecuatoriana. De manera especial, he decidido hacer un recorrido por mi memoria por la importancia de esta como una categoría de análisis producida colectivamente (Jelin 2002). Para esto, he realizado un ejercicio de heteroglosia que me permite relacionar mi voz con otras fuentes, toda vez que:

Las formas narrativas tradicionales son inadecuadas para transmitir esta certeza. Los narradores históricos necesitan encontrar una manera de hacerse visibles en su relato, no por complacencia consigo mismos sino a modo de advertencia al lector de que no son

<<
fotografía familiar de
cuando era niña

V.

¿Cómo nombramos lo que no se nombra?

omniscientes o imparciales y que también son posibles otras interpretaciones además de la suya (Burke 1996, 296).

El pueblo igbo es una de las etnias más grandes de África, con principal presencia en Nigeria. Nigeria tiene actualmente una población total de 236,747,130 habitantes, de la cual el pueblo igbo representa el 15,2%. De esta manera, son el tercer grupo étnico con más población en dicho país, después del pueblo hausa y el yoruba (The World Factbook 2023). Su lengua es el igbo, de la cual existen múltiples dialectos, y en la cual están escritos mis nombres.

Previo a la colonización británica, el territorio habitado por el pueblo igbo era conocido como la Tierra Igbo, donde confluían diversas culturas (Ohadike 1996). Mi tía, Ifeoma, me contó que “Tierra Igbo es como también se conoce al sureste de Nigeria, que se extiende hacia el sur (sur del sur). Es la tierra natal indígena de los igbos... Aún lo llamamos así” (Nwadiaru 2023).

Para el pueblo igbo, nombrar es un acto de reconocimiento valioso. El teólogo nigeriano Benedict Chidi Nwachukwu-Udaku explica sus nombres de la siguiente manera:

Chidi es mi segundo nombre. Desde la llegada del cristianismo a *Igboland*, normalmente se dan dos nombres a las personas, uno el del bautismo y otro un tipo de nombre informal o familiar. Este es una especie de mote, generalmente usado para mostrar cercanía y cariño. El nombre bautismal, en cambio, se usa en

contextos formales. En el primer uso, mis parientes me llamaban Fr. Chidi como signo de familiaridad y confianza (2009, 20).

Es así que, es parte de la cultura igbo asignar a sus hijos un primer nombre en inglés y el segundo en igbo. Así lo hizo mi papá conmigo. El nombre en inglés suele ser usado en espacios formales, mientras que el nombre en igbo en espacios íntimos. Yo misma utilizo mi primer nombre, Lois, en espacios académicos y laborales, mientras que en mi familia soy conocida como Adamma. Culturalmente, esto tiene que ver con la practicidad de pronunciación global de los nombres en inglés debido a la hegemonía lingüística anglófona, lo que se vuelve relevante en el contexto de que el pueblo igbo es un pueblo migrante, entre otros, por motivos de movilidad social y de expansión cultural (Muoh 2017).

Sobre el pueblo igbo existe una extensa literatura. Una de las más conocidas globalmente es *Things Fall Apart* (Las cosas se derrumban), la primera novela del escritor nigeriano Chinua Achebe, en la que narra la historia de Okonkwo, un hombre igbo descrito como un gran guerrero, cuya fama se extiende por toda el África Occidental, pero cuando mata accidentalmente a un prohombre de su clan es obligado a expiar su culpa con el sacrificio de su hijastro y el exilio. Cuando por fin puede regresar a su aldea, la encuentra repleta de misioneros y gobernadores británicos; su mundo se desintegra, y él no puede más que precipitarse hacia la tragedia (1958).

La novela representa la imagen idealizada de lo que es ser “una persona igbo” y describe,

V.

¿Cómo nombramos lo que no se nombra?

desde la perspectiva de Okonkwo, un antes y después del régimen de colonización británica en la ficticia Umuofia, que representa a la Tierra Igbo. Benedict Chidi Nwachukwu-Udaku analiza esta novela con la finalidad de definir quiénes son los igbos y encuentra que:

En *Okonkwo* podríamos visualizar y admirar las siguientes características y virtudes del hombre Igbo: la persona Igbo es *Di-ike* (el señor de la fuerza, y por tanto, aquel que es fuerte y capaz); *Di-mkpa* (el señor de la emergencia, aquel que nunca se apura con lo inesperado); *Di-mgba* (el señor de la lucha, aquel sobre cuyos hombros descansa la responsabilidad del honor de su pueblo durante las luchas o las competiciones entre pueblos), y *Eze-ji* (el que tiene ñame en abundancia). En *Okonkwo*, la persona se considera también *Ekwueme* (el hombre que cumple su palabra) (2009, 30).

El autor también encuentra que esta narración masculina de “la persona igbo” responde a un proceso histórico moderno. La República Federal de Nigeria fue constituida el 1 de octubre de 1960 como consecuencia de la independencia de los territorios entonces conocidos como el Protectorado de Nigeria del Sur y el del Norte, ambos colonizados por el Reino Unido (Ekeh 2000). Esto significa que *Things Fall Apart* fue escrita durante el pleno proceso de colonización. Esto resulta especialmente importante porque, a partir de la colonización británica, el pueblo igbo tuvo que modificar algunas de sus formas de organización social, imponiéndose así un sistema

binario de género y una supremacía masculina que no estructuraba previamente a sus sociedades, lo cual puede verse reflejado inclusive en el hecho de que el igbo es una lengua sin pronombres de género:

De acuerdo con esos estudios, las mujeres Igbo precoloniales y precristianas tenían autoridad económica, social y política, tanto en sus familias como en las comunidades. Por el contrario, la mujer colonial y postcolonial perdió su tradicional autoridad debido a la introducción de la educación occidental y de la religión cristiana. Y era esta imagen de la mujer colonial y postcolonial la que quedaba representada en las dos novelas que estamos revisando (Nwachukwu-Udaku 2009, 32).

Por tanto, esta novela brinda una visión multidimensional del pueblo igbo, tanto en relación a sus valores culturales, como en relación a la historicidad que la atraviesa. Estas contextualizaciones permiten un contraste adecuado con las representaciones que en Ecuador se suelen tener de África. Desde que tengo memoria, he sido receptora de un sinnúmero de imaginarios racistas alrededor de este continente que lo presentan como una masa territorial homogénea, violenta, desordenada y empobrecida.

Los medios de comunicación ecuatorianos han jugado un papel importante en la construcción de esta imagen de África. El antropólogo, Jean Rahier, hizo un análisis de los artículos de la Revista Vistazo² sobre *África* publicados entre 1957 y 1991, encontrando que “más de 50 se refieren a algún tipo de desorden político: guerra de

2. Una revista con sede editorial en la ciudad de Guayaquil, Ecuador.

V.

¿Cómo nombramos lo que no se nombra?

independencia, golpes de estado, excesos de tiranuelos, masacres políticas, etc.” (1999, 87).

Uno de los artículos analizados “se refiere a la sangrienta secesión de la región de Biafra en Nigeria” (Rahier 1999, 87). La República Biafra fue un Estado que existió desde 1967 hasta 1970. Geográficamente estuvo ubicado en el sureste de lo hoy conocido como Nigeria, conformado en gran parte por el pueblo igbo. La constitución de este Estado fue producto de un conflicto bélico conocido como la Guerra de Biafra o la Guerra Civil Nigeriana, motivado por múltiples factores, entre los que se encuentran golpes militares previos; crisis electorales regionales y federales; un pogromo contra el pueblo igbo en 1966; y, en general, profundas desigualdades estructurales en la organización federal nigeriana derivadas de la colonización británica (Falode 2015).

Sin embargo, en el artículo de la Revista Vistazo no se hace ninguna mención al pueblo igbo como un pueblo con identidades propias ni se explica este conflicto bélico en su complejidad, sino que el discurso alrededor de esta guerra se reduce a descripciones de lo que en las representaciones ecuatorianas parece ser *África*: un territorio sin identidad, lleno de caos y conflictos atribuibles a la supuesta incivilidad de su población.

Por tanto, comprender que la mayoría de Estados africanos son prácticamente nuevos —como Nigeria, independizada hace poco más de 60 años—, que *África* integra a distintos pueblos con distintas identidades, y que a estos pueblos les impusieron cambios

estructurales profundos en sus formas de organización social —cosas que, de hecho, no están alejadas de la historia de Ecuador—, es útil para desdibujar la imagen racista que se construye de África.

Durante mucho tiempo estuve despojada de poder reconocirme en África debido a estos imaginarios racistas. Es decir, estuve despojada de una parte de mi identidad. He logrado (re)construir mi identidad justamente a partir de las memorias, que no implican únicamente los recuerdos, sino más bien recuerdos situados en distintas experiencias, conocimientos, aprendizajes, significados e interpretaciones. Las memorias, por tanto, también tienen un sentido identitario. Así lo explica Elizabeth Jelin:

Hay un plano en que la relación entre memoria e identidad es casi banal, y sin embargo importante como punto de partida para la reflexión: el núcleo de cualquier identidad individual o grupal está ligado a un sentido de permanencia (de ser uno mismo, de mismidad) a lo largo del tiempo y del espacio. Poder recordar y rememorar algo del propio pasado es lo que sostiene la identidad (Gillis, 1994) (2002, 24).

Pero además de un sentido identitario, las memorias tienen un sentido político, entendiendo que toda identidad es política. Mi proceso para lograr autoidentificarme como una mujer afrodescendiente y, específicamente igbo-descendiente, ha estado atravesado por múltiples ejercicios cognitivos y afectivos. Es importante destacar esto último porque las memorias tienen un

V.

¿Cómo nombramos lo que no se nombra?

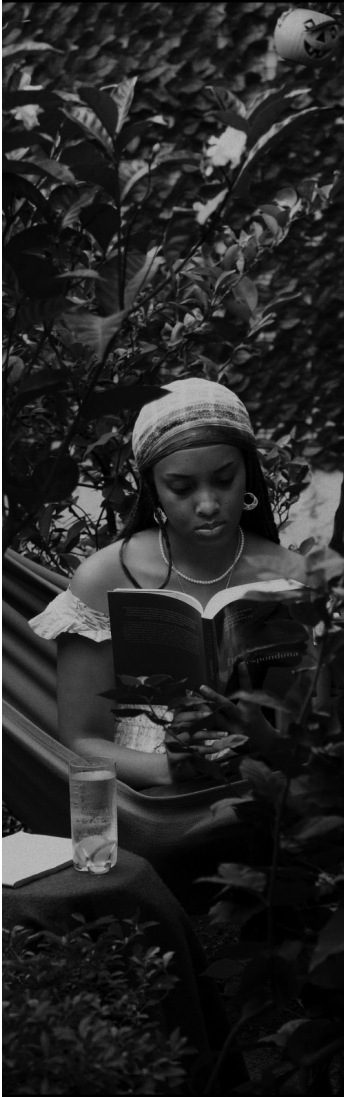
componente afectivo que impulsan su producción y reproducción, por las cuales los hechos no son importantes por sí solos, sino que la afectividad que desatan los dotan de significados importantes para quien rememora:

El acto de rememorar presupone tener una experiencia pasada que se activa en el presente, por un deseo o un sufrimiento, unidos a veces a la intención de comunicarla. No se trata necesariamente de acontecimientos importantes en sí mismos, sino que cobran una carga afectiva y un sentido especial en el proceso de recordar o rememorar” (Jelin 2002, 27).

Estos significados pueden mutar en el tiempo. Es por eso que mi memoria sobre África en el momento en el que escribo este ensayo no es la misma que mi memoria de hace quince años, cuando a mis 13 años conocí Nigeria con mi papá. Recuerdo con precisión el año pese a mi mala memoria porque era la Copa Mundial de Fútbol Sudáfrica 2010, el primer y único evento de este tipo en África. El primer lugar al que llegamos fue Lagos, una ciudad-puerto —la principal ciudad del país— ubicada en el suroeste nigeriano.

Pese a que mi papá era africano, cuando era niña estaba atravesada por los imaginarios racistas que se tienen sobre *África* en mi país. Cuando vi que Lagos también era una ciudad con *modernos* edificios, me sorprendí porque lo que había escuchado sobre *África* es que todo era muy “primitivo”. Ahora pienso que, incluso si ese hubiese sido el caso, este rechazo a lo “primitivo” está alimentado por

>>
Fotografía actual con
prendas nigerianas



nociones eurocolonialistas de la estética, que ahora justamente me interesan repensar desde otras lógicas más diversas.

Cuando regresé a Ecuador después de dos meses en Nigeria, la gente me preguntaba —y me sigue preguntando hasta ahora— cómo era: “Lagos es igualito a Guayaquil”, les respondo y se sorprenden. Y es que realmente he encontrado varios parecidos. Para empezar, ambas son ciudades-puerto, ambas son de las ciudades más pobladas en sus respectivos países y ambas han estado embriagadas por el discurso de la modernización.

En Lagos existe el Puente de Enlace Lekki-Ikoyi, un puente vehicular que cruza la Laguna de Lagos y une al Lagos Continental con la Isla Victoria, una zona residencial y financiera de clase alta. De la misma forma, en Guayaquil existe el Puente de la Unidad Nacional, que cruza los ríos Daule y Babahoyo, y une a Guayaquil con Samborondón y Durán. Pero quizás en lo que más se parecen es que en ambas se evidencian profundas desigualdades estructurales: como Guayaquil, Lagos advierte gran acumulación de riquezas y atención estatal en unas zonas, mientras que en zonas próximas advierte mucho empobrecimiento y abandono estatal.

Recuerdo que en un paseo con papá y uno de sus amigos, pregunté, desde la inocencia de una niña negra igual contaminada por el racismo, por qué había calles sin pavimentar en ciertos sectores de Lagos. Entre varias respuestas que explican la situación de casi cualquier ciudad del sur global —corrupción,

V.

¿Cómo nombramos lo que no se nombra?

pésima gestión de recursos—, su amigo me dijo algo que quedó resonando en mi cabeza: “Ada, también debes entender que Nigeria apenas tiene 50 años de independencia. Ecuador tiene unos 200 años y aún así nuestras realidades no son muy lejanas”. Nuevamente, no es menor cosa pensar en esto. Nos mintieron siempre: el colonialismo no es ningún pasado a lamentar. Es un continuo a disrumpir.

También fuimos a Umuchima Umuduru, un poblado rural ubicado en el sureste de Nigeria, en donde nació y creció mi papá y en donde vivía mi abuela, a quien fuimos a visitar. Tenía el recuerdo de que este lugar se llamaba Amiri, pero tras conversar con mi tía, Ifeoma, me aclaró que Amiri se trata del nombre que recibe el distrito electoral ubicado en el área del gobierno local (LGA, por sus siglas en inglés) denominado Oru-East. En Amiri, Oru-East, se encuentra Umuchima Umuduru (Nwadiaru 2023). Hasta ese entonces, yo no conocía más campo que el campo de donde es mi mamá: Olmedo, en Manabí, por lo que mi representación de cómo era un campo estaba reducida a ese territorio. Estar en otro campo me hizo ver que no todos los campos del mundo eran iguales. Umuduru me recibió con una tierra roja cual sangre. Era una tierra arcillosa en la que crecían palmas africanas por montones, de las cuales se extrae el aceite de palma, utilizado para cocinar y también para elaborar productos alimenticios, biocombustibles, cosméticos, de higiene, entre otros.

El aceite de palma está en la mayoría de productos que se comercializan masivamente. Su cultivo se ha extendido a Asia y América Latina. Originaria de

África del Este —en donde se encuentra Nigeria—, la expansión de su cultivo representa hoy un problema socioambiental debido a la sobreproducción realizada por las industrias de la palma, para lo cual buscan tierras silvestres, deforestando a la flora y desplazando a la fauna —incluyendo a poblaciones humanas— que las habitan (Aguilar 2017).

Ecuador no está lejano de este problema. Aunque no es el único, el cultivo de palma africana es considerado “como uno de los principales agentes de deforestación en el Ecuador” (Aguilar 2017). Este problema afecta principalmente a la provincia de Esmeraldas, que es la provincia con mayor población afrodescendiente del país, con un 43,9% de habitantes (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos 2010). Esmeraldas es una provincia atravesada por un profundo abandono estatal como consecuencia del racismo estructural (Moreno 2019). Se trata de una provincia sobre la cual también se han construido nacionalmente un sinnúmero de imaginarios racistas.

Todas estas relaciones que encuentro entre Ecuador y Nigeria me llevan a pensar en las conexiones transnacionales. Entre ambos países hay aproximadamente 9.500 kilómetros de distancia, están separados por el océano Atlántico y, sin embargo, incluso frente a los intentos de blanqueamiento de las identidades nacionales, encuentro un poco de África en Ecuador: en sus barrios, sus puentes, sus cuerpos, sus conflictos. Yo misma soy un poco de África en Ecuador.

¿Cómo nombramos lo que no se nombra?, me preguntaba al inicio de este ensayo. Recordando, reescribiendo, *autoescribiendo*. Para esto, he vuelto al nombre que no se expresa a viva voz sino es para estigmatizar, sobre el cual no se distingue su diversidad ni se piensan sus complejidades, sus historias, sus resistencias: he vuelto a África. Pero no aquella *África* inventada por el racismo que, de hecho no existe (Hall 1993), sino ese territorio vivo que me antecede, que continúa transformándose y que se conecta transatlánticamente desde la reafirmación de nuestras reexistencias.

Referencias

- Aguilar, Daniela. 2017. "La palma africana se apodera silenciosamente de la Amazonia de Ecuador". 04 de octubre.
- Código Civil [Ley]. 20 de noviembre de 1970 (Ecuador). <https://shorturl.at/mUV12>
- Burke, Peter. 1996. "Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración". En *Formas de hacer historia*, editado por Alianza Universidad: 287-306.
- Ekeh, Peter. 2000. "Nigerian Political History and the Foundations of Nigerian Federalism" *Annals of the Social Science Academy of Nigeria*: 1-16.
- Falode Adewunmi, James. 2015. "The Nigerian civil war, 1967-1970: A revolution?". *African Journal of Political Science*: 1-5.
- Ginzburg, Carlo. 2004. "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales". En *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, editado por gedisa editorial: 138-175.
- Hall, Stuart. 1993. "Cultural Identity and Diaspora". *Framework* (36): 222-237.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC). 2010. "Resultados del Censo 2010 de población y vivienda en el Ecuador".
- Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: siglo veintiuno de españa editores, s.a.
- Moreno, María. 2019. "Racismo ambiental: muerte lenta y despojo de territorio ancestral afroecuatoriano en Esmeraldas". *Íconos - Revista de Ciencias Sociales*: 89-109.
- Muoh, Obinna. 2017. "Historiography of Igbo Migrations and Diaspora". *Historical Research Letter*: 29-33.
- Nwachukwu-Udaku, Benedict Chidi. 2009. *Sida en África: Reflexiones y propuestas desde el pueblo Igbo*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- Ohadike, Don. 1996. "Igbo Culture and History". En *Things Fall Apart*, editado por AWS Editorial Team: 19-4.
- Pujadas, Juan José. 2009. "El método biográfico y los géneros de la memoria". *Revista de Antropología Social*: 127-158.
- Rahier, Jean. 1999. "Marni, ¿qué será lo que quiere el negro?: representaciones racistas en la revista *Vistazo*, 1957-1991". En *Ecuador Racista. Imágenes e Identidades*, editado por FLACSO, Sede Ecuador: 73-110.
- The World Factbook. 2025. "Nigeria". <https://www.cia.gov/the-world-factbook/countries/nigeria/#people-and-society>

Entrevistas

Entrevista a Ifeoma Nwadiaru, 7 de mayo de 2023.

a veces es río,
a veces estero
y otras mar

textos de

Ibís Vargas

100

Me presento: soy Ibis y me encuentro en el dilema colonial de la supervivencia. Sí, *super_vivencia*, porque la manera de sobrevivir en estos lugares ya es un gesto extraordinario (*extra-ordinario*). En el escribir busco la calma y la catarsis, saltar entre emociones y recuerdos; activo la memoria mientras escribo, a ver si así dreño este río de lágrimas contenido por dentro.

Afrodescensos fue para mí la puerta de salida para mis lágrimas, pero también la pieza clave que resignificaba el dolor de mi pasado, el pasado colonial que venimos arrastrando. Escribir, entonces, para mí dejó de ser un acto individual y lo entendí como un gesto político. No por decisión propia: hay cosas que le sobrepasan a una, y negarse a eso es casi como negar una historia, la misma historia que han estado borrando entre incendios y nepotismo.

Yo escribo desde el dolor y la ira, pero también desde la búsqueda de cierta ternura y amor en medio del caos. Mi vida ha sido marcada de primera mano por la herida colonial que destruye a los cuerpos, y aunque ha habido días en los que solo quiero desentenderme y tirar la toalla, aquí resisto. Mi escritura es eso: un gesto de resistencia. Me niego a permitir que nos borren otra vez de la maldita historia blanca de los dueños de hacienda. Es más, propongo la escritura de otra historia, una que no esté monopolizada por ese poder de la colonia que hoy se erige nuevamente y cobra fuerza.

Es cierto también que, en medio de esta necesidad de enunciarse y de poner en palabras el dolor, lo escrito no surge de una genialidad (la boba idea del genio), sino de conectar ideas entre referentes y la historia personal. Afrodescensos fue la piedra del desborde, que me ayudó a conectar a mis mayores referentes, que me ayudan a sobrevivir a esta locura: Fisher hablando con César Gonzales, que a su vez busca hablar con Rita Segato, que también dialoga con lo que dice Emily Herrera (dentro y fuera de su escritura), y que busca conectar con esa experiencia oral, escrita y de la crudeza de vivir que he compartido con mis amigos, mis vecinxs, mi familia y la familia de quienes amo.

VI.

a veces es río, a veces estero y otras mar

Esto que escribo no es propio o exclusivo de mí y mi experiencia: es un juego de conexión de la memoria, el diálogo y los afectos. Entre líneas está la memoria —a veces efímera, a veces muy palpable— de mis conversaciones, o las conversaciones que a veces escucho/leo entre buses. Tomo de esa herramienta, que hoy queda en este documento (como sea que te llegue), formas de expresar un dolor que disque es personal, pero también creo que puede ser político.

Hay formas de expresión que hoy tomo que no fueron, en principio, mías: son palabras sueltas (o complejas y complementarias) que a veces usa Em, Bry; otras, Shas, Malva, Lady, Cris, Yuli, Génesis, Rodney, Elaine, Martu, Vrenda, Chris (sí), el Santo, Indoru, el Ompi, la señora del mercado, la vecina de la tienda, les channels, les Tierra Canela truches, mi madre, mi padre, mis tíxs, abuelxs y personas que me enseñaron a vivir, sobrevivir y amar.

La búsqueda de ternura y de entenderla no es propia de mí. Yo aprendí de la violencia. La ternura es eso que Em me entregó y que me enseñó a vivir dentro de otras posibilidades, y a pensar en otros futuros.

Estas palabras que hoy son escritas por mí son aprendidas de otrxs: de escucharles, de verles, de amarles y quererles, y de buscar otras formas de entendernos en esta realidad, en esta locura que hoy se rige como normalidad.

Yo no escribo aquí para besarle los pies a nadie, así que, si usted tiene el ego frágil, vaya y cómprese un café en la Panamá antes de leer esto, porque si es de escupirte tus verdades, lo haré.

Pero también estoy buscando la ternura para con los míos, así que, si has sido borradx, ven y dame un abrazo; lloremos juntxs en este desahucio de la vida, intentemos resignificar esta locura y busquemos algo de compasión.

Te quiero. Te brindo un abrazo entre la ira de resistirnos a ser aplastadx. Te invito a gritar conmigo en este escupitajo emocional que se resiste a ser complaciente con la blanquitud.

Lee lo que tengo para decir y, si lo ves necesario, cuestioname, que en este gesto político también puedo equivocarme.

Empecemos.

El ecuatoriano arrecho

A veces me pregunto por el lema o el dilema del ecuatoriano arrecho, o del guayaco arrecho. Los dos, hijos de la misma tijera, ñaños de ombligos mo-chados. Me lo preguntaba más cuando, entre palabras cruzadas y diálogos a medias, me encontraba con un orgullo colectivo: primero guayaco, y luego... lo vi en gente de otras provincias. Entonces empecé a cuestionarme sobre la arrechera, sobre el arrecho que nunca muere y, si muere, muere arrecho. Sobre la necesidad de verse más fuerte en un contexto decadente y miserable. Sobre el verle la mejor cara, o hacerse el más sabido.

La sorpresa fue encontrarme con que la arrechera se refería a formas creativas de sobrevivir y, de vez en cuando, muy de repente, formas creativas en general.

La arrechera, fui diseccionando, era encontrar esos audífonos de 8 latas en 1, aunque fueran piratas: “se ven igualitos”, “son lo mismo”. Y luego, los audífonos son la computadora, el celular, la refri, el televisor, la lavadora, la vajilla, el juego de comedor, la plancha de zinc o la mano de obra que nos ahorramos contratando a alguien más porque “sabemos hacerlo nosotros”, “si es facilito, deja y yo lo hago”.

La arrechera es creer que vas un paso o dos adelante del capital, por ahorrarte unos centavos que tienes que reubicar en el presupuesto para que la precariedad no te mate.

No sé si es arrechera; yo lo entiendo como formas disfuncionales de vivir.

VI.

a veces es río, a veces estero y otras mar

El dinero que ahorras en eso que debería ser accesible para todos es tiempo que pierdes para pensar, y ese espacio que pierdes para pensar es el mismo en el que desaparece el sentir.

La arrechera entumeció tus huesos y aplanó tus emociones, y ahora solo te permites sentirte orgulloso de sobrevivir, o hastiado y odian-te de un país que te mueve constantemente hacia la miseria.

No sé si realmente quieras vivir convenciéndote a ti mismo de que le ganaste al sistema por pagar algo de 50 ctvs en 25, o aceptar el dolor desde el que se te ha tratado para desviar tu dolor en “orgullo nacional”.

No sé si quieres seguir condensando la ira —sí, esa que luego desemboca en arrechera—, en formas creativas de no incomodar por tus derechos, porque finalmente estás aceptando la sumisión para no verte como el malo, el incómodo.

Para reírte con amigos entre bielas, para hacer chistes sobre el pen-dejo que nos gobierna, como si tú no lo hubieras votado. Camuflando tu inoperancia, tu pasividad, sí, de esa que te ríes para acentuar tu hombría, como si tu hombría no fuera inherentemente homoerótica, como si no te agarraras la teta o las nalgas con tus panas futbolistas.

Te ríes de eso que te avergüenza, de eso que no quieres ser, o de lo que quieres desvincularte. Te ríes de eso que disque está a kilómetros de distancia, a pesar de que está aquí, respirándote la nuca, mientras mete las manos en tus bolsillos cuando ocupas tu mente en planificar comprar lo más barato, lo más “calida’ precio”.

Olvidándote de que la mayor pérdida de valor está en el tiempo y la energía que se te está yendo de las manos entre trabajos precarios, casi esclavizantes, a los que les sonríes porque, al menos así, puedes verle una cara bonita al capital que te saca los ojos para venderlos en el mercado negro.

Tú, sin pan ni pedazo.

Tú, sin pan, techo y trabajo.

Tú, arreglándote cada mañana, con una arruga nueva en el rostro para ir a ganarte esos míseros dólares que te van a dar de comer arroz con huevo.

Tú, que entendiste la teoría marxista sin siquiera leerla, vienes aquí a gaslightearte a ti mismo porque no quieres pitearte con el jefe de turno, a la espera de que te ascienda.

Nadie asciende en la hacienda. Aquí todos somos apaleados con el mismo látigo.

Compartimos sudor, sangre y lágrimas.

Pero tú, que te crees arrecho, desprecias al hachero que recicla para tener su dosis de h. Como si no hicieras algo similar yendo a trabajar para comprarte un mejor celular que te dé una nueva dosis en esa tragaperras portátil que nos sumerge para hacernos olvidar que, en la vida real, no tenemos el carro de nuestros sueños, ni la casa de nuestros sueños, ni el sueldo de nuestros sueños, ni el colchón para seguir soñando mejores sueños.

Fantasías de un pobre esclavo que besa las botas de ese que, muer-to de cansancio, lo quiere.

¿Realmente te crees arrecho? ¿O es tu forma de disimular las lágrimas de frustración que significa despertar otro día más en este país? Te pregunto.

Dime.

Dime y alza la mirada.

Mírame a los ojos.

A ver si la mentira de tu arrechera se cae en pedazos, entre lágrimas.

Mírame, y dime que eres el mayor de los sabidos. Quiero saber si reconoces la precariedad desde la que te tocó resolver.

Quiero saber si entiendes que tomarse toda una vida en construir una casa no es la normalidad: es el delirio del capital y las políticas por las que no luchas porque te crees apolítico.

La apolítica es la forma bonita en la que tapas la sumisión.

Vamos, exige la decencia de un mejor futuro, por el que pagas de tantas formas: con tu sudor, tu sangre, tus lágrimas, tu tiempo y tus impuestos.

¿No mereces una jubilación? ¿Realmente confías en la bondad de un buen hacendado?

Tanta arrechera acumulada, tanto tiempo cansado, y te olvidas de que todo eso lo tienes que hacer porque a tu jefe no se le antoja pagarte un poco más por el trabajo que ya haces.

VI.

a veces es río, a veces estero y otras mar

Tanto tiempo empleado en pensar en un emprendimiento que despegue lo suficiente para poder vivir mejor, aunque sepas que la suerte es un arma de doble filo.

Tanto tiempo desentendido del ocio, porque aquí al esclavo le hacen sentir vergüenza por descansar, aunque el esclavista vive entre ocios, viajando y cobrando por un esfuerzo tuyo.

Vamos, dime: ¿sigues siendo lo suficientemente arrecho?

¿O la arrechera se consume cuando ves que tienes que pedir por lo justo?

Tu sueño del Ferrari se escapa entre políticas públicas precarias y tu apolitismo sumiso.

Acuéstate en tu cama a soñar.

Empecemos a crear la caída de la hacienda.

Crítica a la psicología pop

El entender “patologías” sueltas, o más bien, el entender el mundo a través de las patologías, no hace más que reducir la humanidad y la complejidad de una persona a un simple proceso médico. Evaluar los procesos traumáticos que ha vivido una persona no se puede medir por medio de números, para llegar a un punto de aprobación social del malestar. No se puede cuantificar el dolor causado por años, décadas y siglos de opresión; e intentar limitar su comprensión a actitudes aisladas no es más que un acto de deshumanización de los cuerpos periferizados.

La psicología pop, en ese sentido, es una herramienta de deshumanización propia de la era digital, que ha sido alimentada para radicalizar a los cuerpos y empujarlos a procesos más violentos en sus modos de relacionarse. Esta no busca ayudar a entender el dolor de una persona: busca etiquetar los procesos de esta para poder clasificarlos y luego colocarlos en una estantería donde se le ordena en una tabla de “bueno” o “malo”, matando los grises en su mayoría.

Yo atravesé una necesidad constante de entender mi cuerpo, mi tristeza, mi dolor y mi incapacidad de relacionarme con mis contemporáneos —que a su vez eran vecinos míos—, porque mi búsqueda se centró siempre en poner en palabras desde una psicología blanca. Difícilmente iba a entender las dificultades de mis vecinos si el mayor dolor de quien escribía esos posts de Instagram era ver el divorcio de sus padres, que luego le consentían dándole las cosas más caras en vacaciones. No es que estos no fueran procesos dolorosos, pero no puedo medirlo de la misma

forma con cuerpos que están tempranamente expuestos a abusos sexuales constantes, violencia intrafamiliar que escala a golpes, o el simple hecho de ver cómo una madre se saca la chucha trabajando para mantener a una familia de siete, que luego se vuelven nueve, y que luego no le alcanza para pagar la medicina que cura su pie infectado desde hace ocho años.

No es lo mismo. El cuerpo recibe el trauma, pero ¿realmente la marca que deja un divorcio se puede comparar a ver morir de un balazo a un familiar? ¿Los procesos de trauma realmente no se deben comparar? ¿O no se lo hace porque luego los dolores de la blanquitud quedan expuestos al absurdo?

El cinismo es tal que estamos llegando a un punto en que la resiliencia de un blanco se mide por su capacidad de esperar cierto tiempo en la cola de un supermercado sin enojarse. Y la psicología pop, en vez de cuestionar o buscar entender las diversas formas de vivir, solo realza las diferencias sociales, materializadas en dolores emocionales como una depresión irremediable, una ansiedad somatizada que debes resolver haciendo ejercicio y comiendo bien; trastornos límites de personalidad que son satanizados porque sus “poseedores” no hacen más que buscar autodestruirse de mil formas.

Se reducen los problemas de una persona a una etiqueta, y luego nosotrxs vamos orgullosxs con esa etiqueta caminando por la calle, festejándolo en voz alta, enunciándonos desde allí, predicando la palabra de una salud mental que se queda corta de comprensión porque no entiende que es imposible encontrarla en un sistema que se basa en que todos trabajemos hasta el cansancio para que un puñado viva con los lujos más absurdos, grotescos y viscerales, desde la tranquilidad de sus mansiones, a un clic de distancia y quejándose por la cola del súper que no quieren hacer.

No digo que no sea importante la psicología, pero es necesario deconstruirla, contextualizarla, empujarla al borde de la reinterpretación y guiarla al camino de retorno del que se perdió por ser una niñez endulzada por el capitalismo. La psicología debe ser una herramienta para el pueblo, para entender los dolores y las dificultades de vivir desde distintos espacios. No puede ni debe pretenderse homogénea, y debe abrazar las distintas interpretaciones sociales y culturales que precedían antes de que se enunciara ciencia.

Porque la espiritualidad es una forma en que también se ha presentado la psicología. Eso que la psicología llama introspección y meditación guiada, ayer fue entendido como conectar espiritualmente contigo y con ese dios que no es más que una forma idealizada de entender la bondad de nuestra propia humanidad.

Las formas que proyectamos a los dioses son la condensación de las formas más bondadosas de nuestros ideales de vida. No por nada los dioses blancos de las distintas derivaciones del catolicismo son más que hostiles con las distintas formas de vida, con cualquier cosa que se aleje de lo que ellos quieren. Creo que por ahí podríamos ver qué tanto se parecen la iglesia y el DSM-5 en su forma de entender el malestar de ciertas personas.

Volviendo al tema de la proliferación de etiquetas psicológicas — así, igualito que el covid con los estornudos—, hay que entender que a la gente se le hace más fácil entender: “depresión = tristeza”, que “depresión = distintos procesos que atraviesan un cuerpo entre la violencia, la deshumanización y la falta de comprensión de uno mismo, que llevan al colapso en medio de la búsqueda de nuevas salidas y, por tanto, la pérdida de la esperanza y la energía al momento de intentar vivir”.

No digo que sea esa una definición permanente; es, quizás, una de las formas que podrían pensarse. Yo pienso de esa forma mi proceso, y mi forma de atravesarlo no es la misma que la de otros que van, por ejemplo, al Instituto de Neurociencias a ganarse su diagnóstico.

Ahora, la única forma válida de entender el malestar es por medio de procesos médicos que se validan en papel. No estoy aquí estableciendo un juicio, estoy tratando de explicar en síntesis lo extraño que es que, en un proceso de duelo, la única forma plausible en que te otorguen más días de descanso sea por medio de una solicitud médica que diga “depresión crónica a punto del suicidio”, y no solo con que digas: “hola, esto de ver a esa persona fallecer me desmoronó, necesito tomarme un descanso un par de días”.

Ni en sueños te dan más de lo que establece la ley laboral, a menos que el/la jefa/e de turno tenga cierto nivel de empatía y comprensión, y te lo otorgue solo por el dolor de tu propia humanidad. Casi no pasa.

Y en estos procesos horribles, en donde ya no queda ni tiempo para llorar, buscamos respuestas, herramientas para hacerle frente a la dificultad de vivir en un mundo que se cree y se anuncia más sencillo que en otrora, pero que, en estadística, reparte suicidios como si fuera pizza gratis en el centro de Guayaquil.

Aceptamos las palabras del colono cuando nos las entrega sencillas y con explicaciones digeribles, sin preguntarnos si a ese contexto que explican —aparentemente general— no le faltan matices para entender(-nos) en la diferencia del dolor entre un contexto A y un contexto B.

No es lo mismo ser Kim Kardashian y deprimirse en una mansión, que ser alguien como yo, una *nadaqueverienta* quejándose del mundo por medio de una herramienta digital, deprimida en una casa que necesita urgente el cambio del techo antes de que un gato caiga del cielo que debería estar cubierto de zinc.

No es lo mismo. E incluso con las mismas herramientas de terapia, no van a haber resultados ni mínimamente similares. Kim Kardashian, en el mejor de los casos, actuaría como una salvadora blanca, como una portadora de discursos motivadores o, simplemente, maduraría, sin necesidad de entender la complejidad de los procesos sociales que la atraviesan. Privilegios.

En cambio, yo no puedo entender el dolor de mi cuerpo sin antes revisar la complejidad de esos procesos sociales que están perennes para torturarme. Necesito poner en palabras eso, para luego ir hurgando —desde la compasión— las formas de autodestrucción (por ejemplo) que he tenido, ver su temporalidad, sus detonantes, para poder liberarme —no sé si totalmente— de eso que me asfixia diariamente.

Una psicóloga le dijo a mi madre que el problema de ella es la falta de dinero, que una vez se solucione eso, va a estar más tranquila. Le creo, pero fue una curita para una herida grande. Una curita que costó \$40 la hora, y que, a día de hoy, no da solución alguna.

A veces creo que a mi mamá la liberaría más leer a Marx o a Rita Segato que ver reels sobre psicología que le da una nueva etiqueta cada día a la frustración generada por la pobreza, que a su vez fue resultado de la repartición en forma de castas durante la colonia.

Sobre la ficción de crear

La memoria es ficción, pero están quienes pueden hacerla y quienes solo la escuchan. La misma ficción que en principio se pensó liberadora, oprime. Oprime y resquebraja cuerpos, los encasilla en espacios similares a gallineros, y luego se piensa que la gallina no fabula el futuro.

La gallina fue, en principio, libre: en el pasto, el monte o la colina, tan libre como un conejo, que construye cuevas subterráneas para dormir y huir de sus depredadores. En la naturaleza, normalmente, el depredador es otra especie —a veces con más patas, altura o tamaño—, entre veneno, camuflaje y velocidad, pero es una otra, que depreda para sobrevivir con los suyos.

Pero en la humanidad, en medio de tanto ser supuestamente racional, se han creado “subespecies”, clasificadas por lo biológico, lo visual, lo psiquiátrico-neurológico, la altura, el tamaño de cráneo, la cantidad de neuronas o los genitales, justificados disque en ADN.

Y para unos pocos que impusieron su poder con violencia sobre nuestros cuerpos, esas “subespecies” tienen jerarquía, pero siempre por debajo de ellos. Ellos son la cima y la aspiración, son la madrastra de Blancanieves, enojados porque alguien más pueda ser mejor, y lo matan. Y mi cuerpo resiste.

Mi cuerpo resiste intentando volver mi sentir un poco más racional, más cuerdo, más coherente. Aunque ese sea mi filtro, no apaga mi intuición, que vuelve tantas veces a decirme que así no son las cosas. Que yo no soy mejor que otros porque sean más o menos de algo. Que no

debo confiar en ese hombre blanco mediocre que se festeja a sí mismo por descubrir el agua tibia.

Enclenque me anunció de tu destrucción y no pude entender ese aviso a tiempo. Solo fue hasta que tus fábulas de escape, viajes exóticos y extrañas historias de persecución ya no cuadraban para que seas el bueno.

No eres el bueno en esta cruz que construiste para colgar a otro y luego suplantar su cara con una foto tuya. Tu dolor es tan insípido que no puedo empatizar con tu falta de hielo en los días en que se va la luz, cuando disparan por mi barrio para asesinar a otro más.

Tu queja por lo mal que está el tráfico, el calor que hace o lo mucho que aumenta la delincuencia me repugna. Me encoge el estómago saber que el único problema que ves es ese que solo irrumpe con tu comodidad, aunque creas —crear— espacios de cultivo para que siga sucediendo. Para que ese que, aunque en la chala vive, piensa y produce cosas que interesan más que tu investigación pretenciosa (que aplauden en la UESS), no pueda ser tu competencia.

La única calidad que encontraré en esas universidades de paga es la forma en que sabotean a las universidades públicas, para que el rango baje y lo mediocre se vuelva aspiracional, aunque el pago duela y castigue por años con un crédito del que no sé si nos vamos a recuperar.

Quienes alimentan ese círculo vicioso son depredadores de nuestra propia “especie” (humanos, disque), y han creado una fábula tan grande, extensa y fantasiosa, donde ellos —quienes propician espacios para que nuestros cuerpos mueran— son las víctimas de nuestras pieles.

En medio de una noche en donde dormimos para trabajar, ellos asumen que nuestro trabajo consiste en esperarlos en territorios limitantes para herirlos, robarlos, secuestrarlos.

Esa fantasía que alimentan construye muros, contrata policías, guardias, metropolitanos, cámaras y cárceles para nuestros cuerpos —solo para los nuestros—, porque cuando el robo es millonario, las muertes son una masacre y los secuestros son masivos, para la trata de una periferia por la que no se reclama.

Se lo llena de eufemismos para acentuarlos como un “error de praxis”, un “fallo de un buen samaritano”, una “persona misteriosa” de la que no sabemos... o que, si sabemos, se ve marrón.

Y nos hacen odiarnos a nosotros mismos, mientras besamos los pies del fascista que nos mira a los ojos para decirnos que le cobremos menos por el trabajo que ellos revenden a las afueras de sus casas, creyendo que, acercándonos a ellos, pronto obtendremos una libertad comprada, simulada, maquillada entre tonos, vocabulario bonito y ropa que se vea cara.

No puedo enojarme con quienes intentan sobrevivir a ese despojo, pero sí con aquellos que construyeron un sistema de depredación basado en un supremacismo blanco, que buscan justificar con ciencia, religión o “educación”.

Tu supuesta superioridad se basa en la falta de esfuerzo propio, porque te alimentas de una pirámide de cuerpos que trabajan para darte de tragar a ti, como en la colonia, ¿lo recuerdas?

Te jactas de tu racionalidad, de tu intelectualidad, pero la única forma de que eso se vea grande es despojando a ciertos cuerpos —que te van a contradecir— de esa academia que esos mismos cuerpos construyeron pero que tú echaste.

Tu superioridad solo puede respaldarse por la cámara de eco que fundaste, junto con la burbuja que inflaste junto a tu ego, pero que cada día se nota más frágil, más cuestionable, menos real.

Es la mentira que más lejos ha llegado. Me sorprende que esas patas cortas avancen tanto, pero me sorprende más que, a sabiendas de ese descaro histórico, me mires a los ojos y me culpes a mí, y a mi hambre, de construir la miseria en una ciudad a la que no me permitiste entrar.

Sobre el robo

Robé un anillo. Su valor de mercado era de \$1,80 en una distribuidora china cerca de la Bahía. En teoría podía pagarlo, pero me podía la curiosidad de saber qué surgía después de intentar robarme algo de casi nulo valor, solo por la satisfacción de hacerlo. La ética en sí misma no me permite ir y solo hacerlo, así que tomé otro anillo y un moño para compensar el robo del mismo, a manera de juego de mayoreo. Quité el código de barras y lo guardé, en un gesto casi imperceptible.

El cuerpo cambia cuando haces algo “indebido”; de la tranquilidad pasé a la culpa, y de la satisfacción al cuestionamiento, incluso antes de hacerlo. Me entumecí de mil micro maneras, pero el plan estaba armado y quería entender esa posible experiencia desde otro lugar: la incertidumbre, la culpa y, quizás, algo más.

De todas las personas que vi, solo una pareció notarlo, pero no había forma de identificarlo. Entonces solo quedaba o ser cómplice o solo ser curiosa. Todo antes que atreverse a alzar la voz en contra de lo improbable, puesto que un anillo se guarda hasta en la media del zapato.

Cuando salí del lugar sentí algo extraño: la satisfacción no existía. Y cayó en mí la realidad del asunto: fue un robo innecesario, uno enfocado en la vanidad, el sinsentido y la curiosidad. Robar un anillo por bonito, incluso si su valor es menor a un plato de comida. El valor acentúa su capacidad de entenderse más allá de lo monetario cuando se lo piensa como que mi ética y curiosidad se puso en oferta: \$1,80.

Y luego empiezan los cuestionamientos —no sé si en forma de justificativo o compensación en torno a la culpa—, pero de todos modos aparecen. Como el preguntarme si esos hombres de traje blanco sienten la misma culpa cuando acumulan otro cero después de burlar las leyes laborales de sus empleados. ¿Eso también cuenta como un robo? ¿Y qué pasa cuando esa jugada deja en las calles a quienes perjudica? ¿Esos hombres también sienten culpa de haberlo hecho? ¿Entienden la magnitud de desgraciarse la vida de alguien solo por la vanidad de otro cero?

Me pregunto también sobre el despojo de nuestros territorios como forma de colonizar e invadir, de expropiar, de gentrificar. ¿Cuenta como robo también? ¿O en esos casos es válido utilizar términos rebuscados, burocráticos e ininteligibles para procesar la culpa de los burgueses, las grandes élites y los hijos de papi? Me lo preguntaba cuando, caminando por el centro, veía al menos un cuerpo maltratado por habitar tanto tiempo en la calle —uno por manzana—.

Esos cuerpos que, en medio de la hambruna, toman otra dosis de morfina barata llamada ache, que les adormece el cuerpo y mata sus neuronas. Es una muerte lenta. En teoría, el Estado podría tener el dinero para contrarrestarlo, pero se queda suspendido en algún lugar de la mesa de diálogo de los trajes caros, sueldos ostentosos y pura politiquería.

Me pregunto también si El Rosado, en sus diferentes formas, se verá afectado si robo un carrito Hot Wheels para mi colección guardada entre estantes. Suelo mirar esa afectación como un grano de arena perdido entre toda la playa. Y me pregunto si realmente es un robo, o si es un intento de reclamo de ese territorio de arena y mar que debería ser público, o al menos accesible para todos.

¿Quién roba a quién? ¿Es realmente un robo o un intento de obtener el mínimo justo de parte de una hormiga a una colmena? Y me siento como una hormiga tomando un grano de arena, sintiendo culpa porque esa playa tiene un fragmento menos en su territorio. Aunque, para acumular tanta cantidad, siento que debió —en algún momento— alguien tomar muchos más granos de los que una hormiga necesitaba.

¿Qué hace una hormiga con más terrones de azúcar de los que va a necesitar en su vida? Desperdiciarlos, almacenarlos, estancarlos, aunque

podridos en el fondo del clóset, pero solo suyos. Como si el dinero debiera pertenecer a una sola persona.

Fantaseo a veces con inventar una nueva forma de dinero, una limitada a la cantidad que puede tener una persona en vida, para ver si así ciertas hormigas no acumulan una playa a costa de un montón de obreras. Una moneda que pierda valor pasado cierto rango. Una moneda que nos haga trabajar a todos “por igual”, o al menos proporcional a nuestras necesidades e intereses. Ganar por lo merecido, no por lo especulativo.

Fantaseo sobre eso mientras camino por las calles con mayor cantidad de vagabundos, donde incluso si la gente trabaja corre el riesgo de pasar hambre, mientras, a dos kilómetros a pie, puedes encontrarte en calles con gente que gasta lo mismo que el sueldo de un día en un plato de comida, una salida o el coste del *parking*.

Y me pregunto sobre el hambre y la dignidad. El hambre y la dignidad que surgen de preguntarse si el robo de un anillo es proporcional al despojo de mi territorio, a la acumulación de riquezas a costa de mi cuerpo y el de ellos: los que vienen todas las mañanas, regresan todas las tardes, para de noche dejar las calles vacías para esos que, sin techo, rebuscan comida y dinero entre fundas de basura.

Me pregunto si la culpa, entonces, es una forma de control de mi cuerpo, que recuerda los míseros diez mandamientos cada que la culpa le carcome por no poder explicar o entender algo que no sucede como debería.

Y luego me pregunto si es que toda esta parafernalia es una forma de cubrir la culpa que siento por un anillo de \$1,80 que pude haber pagado, pero que no quería, porque hacerlo significaba no poder comprarme ese jugo de 50 centavos cuando el sol me pegara fuerte sobre la nuca, o cuando el hambre me pidiera una empanada de chicho que venden cerca de la Boyacá.

Me pregunto si ese gesto fue curiosidad o si fue rabia contenida, expulsada en forma de querer recuperar algo mío que no sé qué es, pero que sé que existe, y de lo que perdí sentido de pertenencia a través del despojo.

Y recuerdo esa rabia que me produce trabajar y ganar menos del mínimo, mientras tengo que sonreírle a ese jefe que me pide que empaticé con él, que está solo y mantiene a una familia, mientras llega en carro que

paga con mi trabajo, come comidas que preparamos para él en el trabajo que él “nos da” porque se le antojó de desayuno, y me exige que me mantenga haciendo cosas para no detenerme a descansar en medio de mi jornada de 9 —casi 10— horas, sin tiempo de almuerzo, sin almuerzo, y sin coste de pasaje.

Menos de \$20 cuestan mis 10 horas al día. Casi 12 si consideramos el tiempo que me toma ir al trabajo. O 14 si consideramos el proceso de alistarme para ir a ese trabajo y luego arreglarme para dormir después de ese trabajo.

Y me pregunto si quiere empatía o estupidez de mi parte. Porque no puedo ponerme en su lugar cuando me falta para la comida, la ropa, los pasajes, las salidas, los servicios básicos —si consideramos que aún vivo arrimada—. Todo eso junto, revuelto y agotado. Porque al final del día no me queda tiempo ni para llorar. Solo acostarme, ver un par de *reels* por la noche, hablar con mi novia, mi familia o mis gatos, y dormir si quiero valorar mis ocho horas.

Y nuevamente me pregunto: **¿qué es robar?**

Yo robé. Pero, ¿quiénes me robaron a mí?

¿Qué me robaron a mí?

¿Se puede decir que me robaron la energía del futuro incierto?

¿O la falta de esa energía hace que viva como incierto ese futuro?

“El robo es inmoral”, dice la Iglesia, pero ellos me robaron tierra, me azotaron el cuerpo y me culparon por luego querer tomar un poco de pan que yo fabiqué para apalea el hambre que ellos causan.

Y me pregunto si el capital es la nueva Iglesia, o si es la evolución *pokémon* del sistema social de castas que nos heredó la colonia.

Me pregunto si mis antepasados firmaron la carta de manumisión hasta mi generación, pero yo no me he enterado. O si existen nuevas cartas y compromisos del estilo que buscan esclavizar nuestros cuerpos con palabras bonitas.

Me pregunto por la justicia: si la justicia es justicia, o si es una forma de castigo a la rebelión de un cuerpo hacia el mismo sistema de opresión. Tantos errores del sistema... no sé si pueden haber.

VI.

a veces es río, a veces estero y otras mar

Tantos hijos-síntomas situados en la periferia. Tantos psicópatas integrados en las urbanizaciones. Y tantas injusticias en nuestro sistema estatal.

Y me pregunto si nos robaron la posibilidad de hacer justicia, porque las eternas trabas que ponen en la judicatura cuando no tienes para el abogado suelen ser abismales si se las compara con las facilidades de un pelucón quejándose porque no hay agua para lavarse las manos.

Me pregunto muchas cosas a raíz de ese anillo de \$1,80. Y pienso si esa intranquilidad, incómoda y persistente, debía haberla evitado desde la comodidad de hacer lo correcto.

Y si “lo correcto”, finalmente, es lo que no incomoda a los que tienen.

Porque ¿qué de correcto tiene que los metropolitanos quiten el material de trabajo de los vendedores ambulantes de la Rumichaca?

¿Qué de correcto tiene que persigan nuestros cuerpos marrones en la calle Panamá?

¿Qué de correcto tiene que al padre de Herminia no le hayan pagado su liquidación, solo porque tuvo desacuerdo con quien firmaba ese papel?

¿Quién se quedó con ese dinero?

¿Eso cuenta como robo?

¿O solo es robo de parte de quienes no tienen, o de los que tienen pero no lo suficiente, porque no quieren perder la posibilidad de comprarse un jugo de 50 centavos antes de tomar un bus en la Rumichaca, cuando el sol pega en la nuca y sudas de tanto caminar?

Sobre la cordura y la ternura

¿Cómo resiste la ternura ante tanto dolor? Escucho al perro llorar por una patada, las motos dan vueltas, dicen que llevan fusiles en mano, suenan cuetes que anuncian balas y la gente se guarda en sus casas por esta muerte anunciada de no sé quién, no sé cuándo y no sé dónde. ¿Cómo hago yo para mantener la cordura y la sensibilidad si me resisto a llorar por tanto? Porque me queda poco tiempo para sentir y en ello necesito sobrevivir de mil formas, menos con lágrimas.

Le temo a llorar cuando las cosas se ponen duras, se siente como si mi cuerpo se desbordara después de tantas muertes. Me duelen las rodillas cuando escucho otra noticia, otro nombre a la tumba, otra cifra tapada por el dolor de un sicariato repentino sobre cuerpos que no eligieron ese camino porque querían, sino porque ¿qué más da? Si igual la miseria respira mi nuca.

Quiero abrazar a mi vecina cuando veo en sus ojos tristeza e infelicidad, la noticia trágica y dulce de saber que su hijo saldrá de la cárcel, pero que eso no necesariamente es sinónimo de libertad. Es como un duelo perpetuo. La veo y, aunque quiero abrazarla, tengo miedo. Tengo miedo de mil maneras que no sabía. No encuentro tutorial alguno para sobrevivir a esta dictadura del narcoestado-hacienda que usa la biopolítica, que también es racismo, sobre nuestros cuerpos. Nos empuja a la locura y luego nos responsabiliza de ello, de lo que casi no tenemos escapatoria. Pocos cuerpos escogen la rebelión ante el premio que significa que te feliciten por obedecer.

Cuando en la búsqueda de la libertad te encuentras con el camino del castigo, quienes buscan romper estas cadenas terminan enloquecidos por la falta de palabras y recogiendo sus cuerpos en una búsqueda de entendimiento del propio dolor, la propia miseria de sostener el peso de un sistema que no funciona.

El *gaslighting*, ese en realidad es el mayor problema, diría Yuliana, tristemente coincido, y es uno institucional. Nuestra historia está escrita por señores incoherentes que eligen escribir en la historia palabras bonitas para realzar su ego, decidiendo tapar esas cosas que de verdad importan, que en realidad dejaron marcas en los cuerpos, en las calles, en los árboles, en el periódico y en las lágrimas del abuelo que anticipa que esto está pasando de nuevo. Pero su búsqueda de reafirmar el ego y borrar-nos de los papeles también es una lucha presente y constante de poder, del poder enunciarse. Cuando nos borran de esos papeles nos quitan la posibilidad de enunciar-nos firmes desde el dolor de una lucha proletaria, sindical, desviada y marrón, que genera dolores en nuestros huesos, contrae nuestros músculos y deja en un constante bucle a nuestras mentes, que buscan entender de mil maneras lo que sucede, pero a veces usando sólo las palabras que nos da el colono hacendado.

La locura empieza ahí, cuando entro en la academia en búsqueda de herramientas y estas se sienten alfileres en las uñas mientras intento tejer algo que no sé qué es, que mi cuerpo me pide, pero que solo puedo llamarlo con palabras que me dicen esos blanquitos de bien. Nunca veo mi jerga en esas instituciones. Fue tanta la locura por encontrarme en esos papeles que borré de mi hablar eso que fue mi historia. Porque aquí “se escribe académico”, “aquí se debe desmarcar del lugar común, y eso es un lugar común”, “es que eso no vende”. No sé si quiero vender mi arte, señor, al hijueputa que explota a mis vecinos y los putea cuando el plato de comida no les llega como ellos quieren. No sé si quiero ofrecerle algo tan íntimo a esos desgraciados sin corazón. No quiero que vean con esa mirada blanqueada esto que se piensa marrón, se escucha montubio y llora por las noches cuando alguien más muere. No quiero entregarles lo único que me queda de mí en forma de imágenes... a ellos.

Y entonces recuerdo que la resistencia proletaria la mantienen proletaria enloquecida cuando a ellos les incomoda, cuando les decimos: “mamaverga andate con tu huevada aniñada a la casa de la verga”, o en términos más prácticos, metete tu blanquitud de colonia por lo más profundo del culo. Podría hacer 100 ensayos de esos, y encontraría 100 formas distintas de enojarme con esa cuestión de clases sociales que fue el mito fundacional de la república, el cómo evolucionaron las castas al colorismo y el colorismo a la gentrificación. Pero sigo preguntándome, ¿cómo hago que la ternura sobreviva a esto? Si cada día que pasa mi cuerpo es olla en ebullición, sosteniendo con la boca palabras que quieren salir con la ira de sentirse aplastado.

Aplastado, luego apuñalado, luego intentando curar, porque antes de cicatrizar la herida, *pum*, otro muerto más, otra amenaza más y otra feria de emprendimiento impulsada por el municipio más, y me pregunto: ¿cómo sostengo la cordura en estos momentos? Lo único que me queda es reconocer el dolor en cada muerte, e incluso si en ello busco fortaleza, que esta sea llorar, llorar antes que enojarme, porque el enojo tapa tristezas y, aunque me saca adelante, no quiero salir adelante sin soltar el peso de un duelo mal curado.

Y aunque por la calle vaya desangrándome por la cantidad de heridas que llevo en el cuerpo, camino con la esperanza de que, dejando salir esa maldad, algún día sanarán y reconocerán formas de cocer heridas, coser heridas, cocer, coser, unir, cocinar, esterilizar.

Busco que ese dolor no deje estéril mi sentir. Aunque la constante búsqueda de condenar nuestros cuerpos esté allí, trato aún de sonreírle a la vecina que me vende amablemente esa cola de 65 ctvs, que alguna vez costó 50 ctvs, pero que con cada crisis suma 5 ctvs, para quizás, entre botella y botella, reunir lo suficiente para una cubeta de huevos. Busco sonreírle desde la ternura aunque por dentro lloro, porque la gente aún no está lista para llorar. Nadie puede llorar tranquilo cuando no se termina de morir y menos en paz. No han terminado de matarnos. No. La tortura sigue, y esa tortura nos obliga a seguir trabajando entre lágrimas, viajando con temores y regresando a casa con dudas. La duda de si esta vez no estaré en el momento exacto del desastre y no viviré para contarlo.

VI.

a veces es río, a veces estero y otras mar

Esas cosas que parecen palabras se materializan en sensaciones que almacena el cuerpo y la mente, y aunque parezca una huevada jipi, lo puedes ver en el caminar de las personas. Sí, en el caminar, en el ver, en el dialogar. ¿Cómo te saluda ese vecino? ¿Te sigue viendo a los ojos cuando te entrega la botella? ¿O agacha la mirada con miedo, con lágrimas o con indiferencia? ¿Cómo camina esa vecina? Si de por sí ya evitaba ir por calles oscuras y andar sola de noche, ¿ahora realmente camina? ¿O se esconde hasta en las noches? ¿Cómo te saludan? ¿Cómo se despiden? ¿Se despiden siquiera?

Y ahí, en medio de ese juego de preguntar y responder, encuentro en el recuerdo de mis interacciones con ellas/os un cuerpo recogido, asustado, hacinado y escondido... y no sé qué hacer. No sé qué hacer cuando veo en ese dolor un intento de sobrevivir a la locura de ver la muerte violenta todos los días, o si andamos de buenas, una vez por semana.

Ya no lloramos a nuestros muertos, sentimos pena. Ya no nos despedimos, organizamos los papeles para seguir con nuestra vida, aunque en medio de la noche asomen las lágrimas que nos activen el recuerdo de ese por quien lloramos. Dime, ¿acaso eso no es estar un paso más cerca de la locura? Porque la insensibilidad para con la muerte me resulta eso: es imposible que en medio de la humanidad no sintamos algo por eso que un día late y bombea sangre y al otro es una mano pálida y fría en medio del asfalto.

Hay días en los que aún lloro por él, y me pregunto cuántos más llorarán por sus muertos enfrentando la vergüenza de sentirse menos valiosas sus pérdidas porque su ser querido se enredó con lugares y personas que ahora son el origen de todo mal, pero que en otros tiempos fueron las únicas formas de obtener plata y estatus.

No sé por qué lo mataron, no sé si quiero saber, pero creo que, incluso sabiendo, me seguirá resultando injusta su muerte. ¿Por qué no muere Noboa en las mismas circunstancias indignas que él y los 4 chicos de esta semana? ¿Por qué no Nebot? ¿O...? No sé si se pueda comprar la dignidad de morir, pero en estos días empiezo a creerlo, y el solo hecho de que hasta eso se pueda capitalizar me hace querer soltarme a la locura de racionalizar lo irracional de este sistema, el sistema de la cámara de gas y los cuerpos quemados. No sé si podré poner algún día en palabras el dolor de habitar

este infierno, para que al menos así, si algún día me leen esos desgraciados, puedan sentir algo del infierno que nosotros sentimos estos días.

Y que lloren. Cómo anhelo que lloren, pero que lloren porque les duela, no porque “sientan”, porque a eso no se le llama sentir. Ellos no empatizan nunca, ni lo harán hoy ni mañana, porque ellos solo se indignan cuando no hay jabón para lavarse las manos, y cómo chillan cuando les llega tarde su comida... Pero cuando nos matan, cuando nos matan, dicen que algo debimos haber hecho, y se ríen, y lo disfrutan, aunque la moral no los deje admitirlo en voz alta, porque ellos no tienen ética. Ellos nos matan de muchas formas desde el momento cero en que les parece más importante el no poder enjuagarse las manos en el baño antes que preguntarse por qué hacen una feria de emprendimiento en medio de plena masacre. Ahí nos matan, y yo no puedo evitar odiarlos. Los dejo lloriquear por su comida fría, los hago esperar su maldito refresco, los trato con indiferencia cuando vienen pedantes a querer tratarme como su permanente empleada, y los odio. Y el odiarlos no me hace más loca, me hace más cuerda. ¿Cómo no odiar a alguien que se lucra de tu miseria y encima te la desea constantemente? La locura sería amarlos, y me temo que mis vecinos están rozando eso de vez en cuando.

Yo no agacharé la cabeza. Como acto político en búsqueda de cordura, me morderé la lengua para que no me la corten y poder hablar mañana. Esconderé mis escritos de los panópticos móviles que transitan esta ciudad y los guardaré en la nube de ensueño que buscaré construir soñando mejores futuros en medio de esta locura a la que llaman sociedad. Y buscaré la ternura y la compasión con nuevas formas de cultivarla, y lloraré las muertes que sean posibles para que el dolor no se haga piedra y la piedra en locura. Y lo hago como acto de resistencia. Me rehúso a disociarme en este lugar en que matan semana a semana, en que te van siguiendo los pasos y vigilándote de mil maneras.

Este es mi mayor intento de no dejar morir mi legado, mi pasado que busca ser sepultado en la locura, que no es bien recibido con mis palabras, que censura mis imágenes. Mi mayor legado será resistir ante la locura de vivir en una sociedad que nos mata y nos culpa por no saber resucitar nuestros cuerpos.

Sobre las posibilidades de amar

Nos quitaron la posibilidad de saber amar entre tanto golpe y tortura. Nuestros cuerpos se entumecen cuando, ante la sonrisa, viene el trato del desdén, la búsqueda de superioridad o el miedo de ser herido.

Nos quitaron la posibilidad de saber amar cuando nos quitaron la tranquilidad que teníamos al trabajar para nosotros, descansar para nosotros y tener el tiempo suficiente para engancharnos en el dolor, la ternura y el desamor, que luego nos permite sanar y evolucionar entre pares, para convivir de nuevas formas que no sean la violenta frustración de vivir en modo supervivencia (modo ultra difícil).

Nos quitaron tanto y ahora tienen hasta el descaro de decirlo a viva voz: “Los pobres no deberían tener hijos”, “los pobres no deberían de votar”, “hay que exterminar a los pobres”, “ay, míralos qué cholos”. Y repugnan nuestros besos, nuestras caricias, los cuerpos que a veces son la evidencia viva de que dos personas algún día se amaron, y luego no supieron continuar, o sí, o quizás también de los cuerpos que evidencian el coraje o la violencia. Pero ahí estamos. Nuestros sentires son las nuevas bromas del stand up, que buscan reducir nuestros universos a frases y momentos que parecieran salidos de Hitler, pero no de Hitler mi amiga, Hitler el señor que mataría personas como mi amiga.

Y pienso cómo esos otros quieren exterminarnos, consciente o inconscientemente, también a nuestro color marrón, a nuestras narices torcidas, a nuestras bajas estaturas, a nuestras pieles oscuras y pelos frondosos. Nos quieren erradicar ahora pensando en quitarnos el amor. Pero

yo, aunque tenga miedo de que vengan por mí esta noche, elijo entregarle a mis vecinos un suspiro de afecto por medio de la palabra, a ver si algún día dejamos de temernos, a ver si algún día lloramos todos juntos, a ver si algún día los hijos de nuestros hijos puedan construir relaciones que erradiquen esa violencia que fue inyectada en nuestros cuerpos, que fue maltratado con el látigo y el desprecio de vernos a los marrones besándonos los labios.

Pero, ¿y nosotrxs, lxs pobres, maricas y marrones? ¿Dónde quedan nuestros cuerpos cuando la guerra empieza? Somos el primer depósito de la maldad que embicha nuestros cuerpos y nos vuelve encarnados de la desdicha. Y cuando no podemos sanar, nos resignamos a la autodestrucción de no saber cómo afrontar la locura misma que ellos imponen sobre los nuestros, que termina desquiciándonos con el pasar de los días. Esa autodestrucción que elegimos día con día cuando el alma pesa y perfora el cuerpo. Y, en vez de un psicólogo que nos revictimice, elegimos el cigarrillo más barato, para que en caso de que alcance para dos, uno lo tome de desayuno y el otro de almuerzo, para que en la merienda pueda hacer un poco de espacio entre el hambre y el deseo de amar. Y quizás, tropezando con alguien que siente esta tortura igual que nosotros, podamos llenar esos vacíos de una ternura que elegimos confiar de otro cuerpo que sobrevive a los latigazos.

A veces salen buenos prospectos y otras, solo nos encontramos a alguien que perdió completamente esa capacidad de amar, y le huye, y le corre, y le teme, y le desprecia porque eso le hace sentir vulnerable. Y como desprecia a eso, te desprecia a ti, con el silencio, con la indiferencia, con la palabra, con el cuerpo cuando se tensa al descubrir sus panas que también le gusta que le hablen con mimos. Y se frustra y te grita. Te grita culpándote de eso que no es tuyo, pero te lo impone a ti porque sentirlo él hace que duela el doble. Te grita diciéndote que es tu culpa, que tú empezaste esto, que por ti no puede seguir con su vida, que tú eres el estorbo. Te grita.

Te grita y tú entiendes que su cuerpo siente al amor como un cáncer y no como una cura, y que aunque sienta cosas por ti, no está dispuesto a soltar ese temor. Es más, se aferra, se aferra porque tanto látigo tiene

VI.

a veces es río, a veces estero y otras mar

que significar algo. Se aferra porque ese dolor tiene que tener sentido en algún punto, aunque sea irracional e insensible. Pero ahí andamos.

Y ahí me pregunto sobre los límites del sanar, y si esos cuerpos negados algún día sintieron algo que ahora tienen que despreciar. Y me pregunto si abrirán el diálogo, si se permitirán ser vulnerables algún día, o si se aferrarán a la fábula del perpetrador.

Y si dirán que no merecemos tener hijos por no tener plata que se nos despojó desde la colonia. Y si dirán que las mujeres deben ser instrumento, objeto y juguete en vez de personas. Y si dirán que los hombres son solo máquinas, trabajo y proyección-protección.

Ni pensar en lxs desviadx como yo, que la rabia les enciende el cuerpo de sentir esa frustración de que nosotrxs sí nos permitamos algo y ellos no.

Nos permitimos sentir porque, aunque la autodestrucción toque nuestras puertas, la ternura aún nos abraza. Esa ternura que nos entiende vulnerables, que nos hace llorar por las noches y reír por las mañanas.

Nos permitimos sentir en medio de la locura del castigo de nuestros cuerpos, que luego nos hace locos de tanto despojo y tanta violencia.

Nuestra resistencia ha venido ligada a la rabia, pero también a la ternura de volver a pensar con el amor que se nos despoja.

Y pensamos en nuevas formas de amar.

Y pensamos en cómo no podríamos amar, porque eso sería un sinsentido.

Y pensamos en que el amar es rozar nuestros cuerpos sin el temor de sentirnos expuestos por el resultado de unx hijx.

Y pensamos en que el amar es el topar nuestros labios en la madrugada, que luego nos desbordan en ese piel con piel y que nos alimenta para resistir otro día.

Y pensamos en cómo el amar hace que construyamos otra familia, una que elegimos nosotrxs, conectando esa fragilidad de nuestra existencia con esa ternura radical de cuidarnos y amarnos mutuamente, aunque los desacuerdos nos friccionen y nos hagan cuestionarnos.

Y elegimos amar porque la esterilidad que nos ofrece esta ciudad no es una opción. No es una opción quemar nuestros cuerpos en la brasa

de asfalto, para llegar a nuestras casas a sufrir, luego dormir, sufrir, luego dormir. Para, al día siguiente, despertar y sufrir más o quizás menos. Depende del humor de esta sociedad.

No, mi queridx, nosotrxs nos detenemos a amar(nos) de muchas formas, y no solo la carnal, que es la única forma que ustedes se permiten a veces, sino que la entendemos diversa: del gesto, de la palabra, del cuerpo, de los detalles, de la mirada, de la voz cuando nos hablamos y de esas formas poco enunciables que se mantienen presentes en algún lugar de nuestro transitar.

Por eso, en este intento de despojo, de desprecio y de desplazamiento de nuestros cuerpos, donde nos quieren quitar hasta nuestras emociones, nosotrxs, en un acto de resistencia, elegimos amar.

Ternura radical y manifiesto maricón

No me interesa que la burocracia absorba mi nombre, ni que mis sueños y mis ideales se consuman en papeles, que mi nombre adquiera un género y que el género me otorgue un rol. No me interesa cederle las rarezas de mis apodos, ni el modo en que pronuncian esas letras quienes amo, quienes quiero, quienes siempre quiero escuchar, porque entonces mi nombre se vuelve estadística, y la estadística se traga mis sentires, los escupe como tablas y les arrebató los sentidos. Es como si esa boca llamada Registro Civil recibiera mi más íntimo secreto, mi mayor acto de rebeldía, mi gesto silencioso de transitar en una ambigüedad del género y las construcciones sociales. Soy como me leas, seguiré siendo afeminadx incluso si me llamas chico, feroz así me llames chica y ambigüa aunque te avergüence aceptarlo cuando me miras y escoges “persona” para no reconocer la duda que te genera mi cuerpo en el espacio, mi cuerpo en el territorio del que buscas desplazarme.

Y cuando busques en mi cédula, la incongruencia se duplica. ¿Qué te dice la foto? ¿Qué te dice el género? ¿Qué te dice el nombre? ¿Cómo confrontas eso a la realidad con la que te enfrentas? Una chica que viste como chico, un chico que habla como chica, una persona con tetas, pelo corto y outfit de Adam Sandler. Y en mi cédula no encuentras ese IBIS tan ambigüo, encuentras mi “death name”, el nombre que uso para la burocracia como forma de esconderme del peligro que significa caminar en un infierno heteronormado.

Y mis dilemas se duplican cuando me toca presentarme ante desconocidos. ¿Me encuentro en confianza suficiente para reconocermé fluida como el golfo que recibe al Daule y al Babahoyo a la vez y sigue siendo río? ¿O debo reconocermé mujer aunque me llamen marimacha, me traten como su pana mientras intentan verme las tetas e imaginarme en bolas? Es un conflicto incesante que, más allá de destruirme, me alimenta. Es como si esa ambigüedad fuera comida de medianoche y que en la mañana me arroja al híbrido transitar del agua que a veces es río, a veces estero y otras mar. Y esa fluidez me libera, me libera de la preocupación y las ataduras que me impone un género que no escogí, pero me perseguía como forma de encadenar mi cuerpo a unos estándares que luego se volvían aspiracionales como forma de camuflar un dolor de una opresión que se ve bonita pero que se siente punzante en unos zapatos que no escogí ni escogeré.

Y esa fluidez me hizo cuerpo con nombre o apodo, que se enuncia desde la seguridad de reconocerse ambigüa, de disfrutarse ambigüa, de vincularse ambigüa, porque mi cuerpo, aunque con vagina, nunca es leído en su totalidad como la mujer que imaginas cuando piensas en el ideal femenino. Y mi tránsito te incomoda, pero luego te relaja, cuando tienes la libertad de interpretarme y yo la libertad de ser leída. Porque incluso en esa libertad tú escoges enunciar, lo haces considerando los límites de tu propia percepción del género, no la mía. Y dudas tú, no yo. Yo no necesito reafirmar mi transitar porque no te temo, no te temo cuando en tu mirar buscas la biblia, porque sabes que en esa biblia, aunque nos califiques de desviados, no te da el tutorial exacto para tratar con lo que no sabes cómo nombrar. Y elijo torturarte con mi amabilidad, la compasión de entenderte confundida a falta de herramientas, a ver si la duda que llevabas al odio la conviertes en incertidumbre y la incertidumbre en buen trato hacia la diferencia.

Pongo mi cuerpo ambigüo y amaderado en resistencia ante tu intolerancia que busca camuflar tu falta de conocimiento, que a su vez tapa tu falta de exposición a lugares y personas que se enuncian otrxs y que les temes enfrentar porque te creíste esa fábula que ahora no quieres abandonar, porque al menos en ella eres superior a alguien, o tu existencia es

VI.

a veces es río, a veces estero y otras mar

válida para aplastar a otros. Porque tu cuerpo, azotado por la búsqueda de producción a costa de todxs, busca exteriorizar la ira que provoca encontrarse frustrado ante la condena de reprimir el cuerpo ante la dignidad, los placeres y la tranquilidad que debería tener la vida y no la tiene.

Y tú me juzgas, porque ¿qué más te queda? ¿Abrazarme? ¡Eso jamás! Porque eso significaría que renuncias al poco privilegio que te otorga este sistema que se construyó en forma de castas, que ahora evolucionó al colorismo y todas las formas de discriminación posible.

Y yo escojo ponerte la mejilla a ti, no al tirano de traje blanco y piscina con burbujas en su casa. A ti. A ti que compartes bus conmigo en hora pico, cuando la panza ruge, el cuerpo apesta y el cansancio consume. A ti que consideras a los churcos cuando el mínimo del mínimo con el que vives no te deja comprar ya el pan. A ti que en la desesperanza corres a la iglesia en búsqueda de una respuesta celestial ante los males que crearon hombres “como nosotros” que blanquean sus pieles, sus acentos e imponen por medio de la fuerza, el dolor y el hambre.

A ti te pongo la mejilla, que compartes el barrio y los males de esta clase que nos explota día y noche y luego nos critica por querer descansar. Porque ¿cómo va a atreverse a soñar con un descanso este esclavo (“del sistema”)-? Si su cuerpo debe trabajar día y noche para que los blanquitos de la Mocolí tengan tiempo para pensar en arte, fabular utopías y “construir” ciudades, aunque tú seas la mano que mueve el cemento, la espalda que carga la mezcla y la ropa que queda sucia y desgastada después de 8 horas sin descanso al sol.

A ti te pongo la mejilla, que tuviste que abandonar tus sueños porque el hambre por la noche no te permite soñar en un lugar mejor o imaginar otros futuros posibles. A ti, que el techo suena con la lluvia y que tienes que estar pensando en cómo subirte a tapar goteras del tamaño de tu mano. A ti, que esos 5 ctvs extras que le suben al bus te pueden dejar varado entre paradas y que van a significar un pan menos al día, una taza con el café más barato y una salida menos al año, de esas pocas que ya hacías, ahora te queda la condena y la reclusión mientras sueñas con tocar esa arena y respirar esa brisa de la playa a la que fuiste hace 5 años.

A ti, que pones el cuerpo en este sistema, para que funcione, para que las calles estén limpias, que los buses transiten, que los restaurantes atiendan, que los supermercados emperchen, que las luces reconecten después de los apagones abruptos. A ti que le enseñas a la niñez las vocales que luego llevan a palabras y luego a pesadillas no escritas en libros de historia.

A ti, que pones el cuerpo para que algo en esta pocilga funcione. A ti, que al igual que a mí, este sistema que fue colonia, luego república, luego democracia y ahora casi dictadura, busca exterminar de los libros para borrarlos de la memoria que construimos con nuestro puño, nuestro sudor y nuestras lágrimas en medio del sol abrasador que cada día se hace más fuerte porque buscan quitarnos hasta los árboles en donde colocábamos nuestras hamacas.

A ti te pongo esta otra mejilla, con compasión y el cariño, porque al menos así el dolor quizás llegue a unirnos en medio de esta miserable existencia a la que buscan condenarnos los herederos de la hacienda que alguna vez esclavizaron nuestros cuerpos.

Querido síndrome del impostor

Me tienes harta. Estoy cansada de lidiar contigo, estoy cansada de que te presentes a medianoche para sabotearme, para hacerme odiar mi trabajo. Estoy harta de tener que darme a mí misma una justificación grande, un ensayo hablado, de por qué lo que hago tiene sentido en este contexto de a verga. ¿Por qué te me presentas a mí? A veces siento que tu vaina solo es el diálogo colonial que se mete en mi cuerpo, un diálogo colonial patriarcal que ahora se alberga entre lo médico-psicológico.

Esto de que aparezcas justo cuando me siento medianamente satisfecha con mi quehacer me agota. ¿Cómo es que ni siquiera puedo equivocarme y probar? Solo tengo que demostrarle a los otros que puedo ser inteligente, ¿igual que ellxs?, ¿más que ellxs? Eso no sé si está permitido. A veces no me permito fantasear con eso. Siento que sentarme en los laureles me llevará a la mediocridad. Ahí me exijo. No puedo solo disfrutar el mínimo halago por mis logros, porque enseguida tengo que seguir exigiéndome la perfección.

La perfección no existe, pero ¿por qué se le exige a la otredad? Incluso cuando deja de aparecer en el lugar público, está en nuestra cuerpo, omnipresente. Aparece en mis pensamientos por la noche sin dejarme dormir. Me dice que mi trabajo no vale la pena, aunque pasé viendo cada uno de los pliegues posibles que puedes discutir contigo misma en la madrugada.

No entiendo por qué me exijo esa perfección, que no existe, que se le permite a los blanquitos no alcanzarla o sobrevalorar su trabajo

para hacer calar esa palabra con ellos. Yo siento muchas veces que no me puedo permitir la imperfección, la naturalidad de ser persona y errar. Errar solo es para los ricos en este contexto. Lxs demás suelen tener como mayores pecados equivocarse, algo exaltado a su máxima expresión para devaluar su trabajo.

Yo sé que si mañana me enfrento a una contrariedad propia de la praxis de ser persona y habitar en el Guayas, ese error se lo va a elevar a la décima potencia y se lo va a usar en mi contra para devaluar toda mi crítica. Maneras discursivas para deshumanizar. Entonces, lo dejaré aquí, por escrito, para la persona que busca alimentar el síndrome del impostor.

Tutorial nuevo (quizás debería ser youtuber): Cómo cerrar el hocico.

Mira, persona que me está leyendo, yo sé dos cosas:

Que estás leyendo esto.

Que moriré algún día.

Para mí, el gesto más grande de mi humanidad es la conciencia misma de saber que moriré, y estoy tratando de no divorciarme de esa idea. La abrazo y sigo con mi vida, sabiendo que la muerte me respira la nuca. Antes de morir solo quiero saber algo que no se encasilla en una cosa: la complejidad misma del ser humano, y su complejidad desplegada en la marginalidad. No lo hago queriendo ser esa salvadora de saberes; busco intentar entender las dinámicas familiares que a veces me atrapan. Intento entender cómo cada uno de mis allegados están donde están, piensan como piensan y deciden como lo hacen mirando desde este presente, con herramientas propias de este presente, hacia atrás. No busco juzgar, porque sí que se han levantado diálogos pasionales para señalar al otro... solo intento, entre saltos temporales, entender por qué lo que siento es tan intenso, doloroso y aplastante.

VI.

a veces es río, a veces estero y otras mar

Mi propia humanidad entiende que no podré ser congruente todo el tiempo, porque esta realidad es una locura, un espacio-tiempo sin sentido. No me pidas que sea congruente 24/7 si ni siquiera mi contexto lo es. ¿Por qué me pides algo que en esta realidad es imposible para alguien precarizadx? Cuando andas exigiendo esas cosas, solo puedo ver ese racismo, ese clasismo y esa necesidad de posicionar el chivo expiatorio en un cuerpo: el mío, el nuestro, les otros. Yo no soy tu chivo expiatorio, soy una persona. Soy una persona que se queja porque el cuerpo le duele de tanto llorar. Soy una persona que día a día busca distraerse porque no quiere morir. Soy esa man que busca entender por medio de archivos y palabras rebuscadas la locura que se gesta en este país.

Cuando te escupo mis conclusiones de frente, en vez de recibirlas y considerarlas, te quejas. Me tienes harta. Te dices ser pensante, pero esa masa gris tiene unos límites bien estrechos. Unos límites blancos, bien blancos. A veces creo que son más pequeños que una pulgada. Trágate tu huevada si solo me vas a tirar el insulto del manual de los memes que hacemos sobre gente como tú. ¿Realmente te crees pensante? ¡Dios mío, piensa un poco! Date cuenta de la reverenda estupidez en la que vivimos.

En estos días no ando soportando. Y yo sé que mi trabajo no calza en la tradición de a verga que viene acogiendo este país. El síndrome del impostor creo que viene de ahí. De esos manes que se metieron a mi cuerpo para pedirme que me calle porque en el fondo tienen miedo. No sé si tienen miedo de mí, sería un delirio igual de grande. Pero creo que tienen miedo de que un día la hacienda caiga y se devele que esta república en realidad mantiene una estructura esclavista. Por eso mandan a callar a esa gente que se queja.

Yo me quejo, pero pienso en la queja como un gesto político. Porque al menos ahí puedo callar un poco a ese blanco que se metió en mi cerebro y me habla en forma de síndrome del impostor.

¡Mira, solo me estoy quejando! ¡Lo que hago no es arte! Tranqui, no me veas como una amenaza (risas sarcásticas y mirada sigilosa). A veces, aunque logro callar un poco ese bicho, finjo ante ciertas personas que en efecto no confío en mi trabajo y, por tanto, no voy a compartirlas. No vaya a ser que se apropien.

Cuando llegué a la U me anticiparon que si tengo una buena idea, no la comparta en clases: te la pueden robar. Yo, la verdad, no soy sorda para escuchar consejos. Me incomoda suelearme, así que escuché. Y en días como estos en los que el síndrome del impostor me invade, igual guardaba mis ideas en alguna libreta barata para que mueran en el clóset de los recuerdos o lo recupere cuando confíe en mí y me sienta brillante.

Hoy no me siento brillante, solo estoy hablando de algo que me gustaría que alguien más hablase: la incomodidad de ser humanx en un contexto que deshumaniza durísimo.

Querido síndrome del impostor, me tienes harta, pero al menos cuando te callas tú, dejas un espacio para que mis antepasados me hablen y me recuerden las cosas que el blanco ha tapado.

Querido síndrome del impostor, vete, tengo otras formas de exigirte, unas más honestas y compasivas de reconocer que gente con la que crecí merece otros futuros, y yo estoy aquí para pelearlo. Pelearlo jamás significará salvar a alguien, sino abrir caminos para que esas personas se salven a sí mismas.

Querido síndrome del impostor, dile a mi abuela que la compasión la aprendí de ella, pero ella también me enseñó a putear a la gente.

Hoy te mando a ti a la verga, síndrome de a verga, panóptico psicológico de las disidencias. Mira, reflechucha de tu madre/padre, por mí te me vas a la reverenda casa de la verga, y como la verga no significa nada para mí, pues sepa usted que le estoy enviando al infierno con jerga guayaca. Por mí puedes coger una olla y tragar sango de verga si quieres, pero de mí te vas, chucha. Para exigirnos a nosotrxs la perfección sí eres bueno, pero para andar cuestionando a los blanquitos mediocres no. Desconfío de ti y tu huevada, por eso te me largas. Yo no te quiero ni un ratito más en mi cuerpo. Sácate, y ve si te reciben en un espacio donde se necesiten parar ideas mediocres antes de que salgan a la luz. A ver si dejan de presentar webadas en el tennis club.

Atentamente, y con cierta rabia,

Ibis

Emily e Ibis una tarde en casa
fotografía por Yuliana Ortiz Ruano







Una injusticia poética

textos de

Emily Herrera

138

Chepa relámpago

Espero que mi mami se olvide de que debo hacer mis tareas vacacionales. Camino por las tablas ruidosas hacia las muñecas de mi cama. “Otra vez a jugar con las barbies... ya ponte a leer un poco, ve, coge uno de esos libros que te subí”. Me pongo a hacer todo de mala gana, como si mi mami se mereciera mi quemeimportismo, y me siento mal porque recordé que el otro día que mi mami y mi tía estaban vendiendo arroz con menestra afuera y sonaba una canción de Jesús Adrian, con la Geny llorábamos, porque no queríamos que nuestras mamás se mueran. Igual no puedo pensar tanto en eso porque ahora me toca resolver estos acertijos del libro. Yo solo quiero que mi mami termine de hacer las tortillas de verde, y acompañarla a vender donde sus amigas.

Que me apure me dice, y yo retuerzo los ojos sin que me vea. A veces siento que mi mami no me quiere porque me obliga a hacer cosas que no quiero, y se sienta a mi lado porque todavía no adivino el acertijo de una niña que sostiene un libro en las manos, y junto a ella la palabra que debería resolver: r _ s p _ _ s _ _ i _ i _ _ _ . Mi mami respira profundo, realmente quiere ayudarme a ser inteligente, y me da un poco de emulsión scott, y yo pienso que mi mami me quiere mucho, y que el bacalao me va ayudar. Y parece que le da un escalofrío, “Oye voy a creer que no vayas a adivinar todavía esa palabra... está fácil, mira, piensa...”, y yo quiero succionar las gotas que están por aparecer por mis ojos solo para que mi mami no me vea triste, pero también siento que las gotas de mis lágrimas tienen

VII.

Una injusticia poética

mucho qué hacer, a ver si así Guayaquil deja de ser tan caluroso y le pueda regalar una lluvia cortita a toda la Costa, porque en verdad que hace una sed, y unas ganas de meter el cuerpo en agua y quedarse toda la tarde y salir curtida, más prieta que ayer y así sucesivamente. Yo siento que eso es lo que nos hace falta a mi mami y a mi.

Mi mami no me ve, “Ay dios mío, señor bendito... en serio todavía no adivinas” y yo veo el acertijo: r e s p _ _ s _ _ i _ i _ _ , y niego con la cabeza, “pero mira, piensa, es fácil” Mi ñaña, o mejor dicho, la sapa, se acerca y pregunta qué pasa, que ella está queriendo dormir, y que el acertijo, el acertijo y el acertijo, y yo maldigo el día en que nací. No entiendo cómo mi ñaña puede dormir con semejante calor, yo de ella le pondría un hielo detrás del ventilador y que el aire pegue directito a la espalda, porque algo que sí es cierto es que el aire de aquí es tan caliente que me siento sancochada.

Y mi mami le dice “ven, mira” y mi ñaña como es mandada, va y mira, y dice “Ahhh” y mi mami le pregunta “Si adivinaste, ¿cierto?”, y mi ñaña dice “Pero si está fácil”, y yo maldigo el día en que nació, pero mi ñaña la sapa y mandada coge el lápiz y escribe dos veces la vocal -a- r e s p _ _ s a _ i _ i _ a _ , y me da un cocacho, y mi mami mira mal a mi ñaña, y yo creo que algo está bien, que ya puedo ir a comer, y mi mami se levanta, y me dice, “ya pues terminalo” y yo hago como si voy a escribir algo, y cierro el libro de una y lo deslizo por debajo de la cama.

Mi mami está bien pipona, todas las mamis y abuelitas dicen que es un niño lo que tiene ahí, que la panza está en una forma geométrica distinta a la que tuvo conmigo y con mi ñaña, que la panza no la tiene tan prieta, y le soban con suavidad y le dan muchos besos. Si mi mami pudiera estirarse del cuello para besarse su propia panza también lo haría, en vez de eso, lo que hace es acariciarse todo el día la panza mientras mira películas echada en una silla con las paticas alzadas. Y las paticas de mi mami están hinchadas y yo le digo “Mami, sus paticas están como gordas” y me dice “Y tú, quesque eres colombiana pa estar diciendo patica”, “no, pero así es como

habla mi papi, pue” y me dice que le sobe los pies con crema y yo le digo “uy estas paticas pezuñientas” y ella me mira mal, y yo esperaba hacerla reir, pero bueno.

Le digo a mi mami que juegue conmigo y me dice “Quesque no me ves” y luego se sienta en cámara lenta en su silla y dice “Ayyy” y yo digo “ayyy” en mi mente. Mi mami no deja de estar echada en su silla, y cada que me acerco me dice que me haga más allá, que no la dejo respirar, que no veo semejante calor, y yo le digo que quiero ayudarla a doblar la ropita del ñaño, y me dice que ya mismo, que vaya a jugar con los muchachos, y yo voy a buscar a los muchachos y a las muchachas y sudamos hartísimo jugando al puente se ha quebrado, al mojón chino, y a las quemadas, y ya luego mi mami me revisa el collar de mugre y me reta, y que por qué me fui a jugar.

Mi mami sigue viendo una película horrorosa sobre una señora que su marido la abandonó, y que sus amigas con uniformes la ayudan en los quehaceres de la casa y le dan masajes y le dan de comer, y mi mami dice “de verdad que los que tienen plata sufren un poquito menos” y yo me le rio porque creo que es chiste y ella me mira mal.

Mi mami solo me da beso cuando me da la bendición para ir a la escuela, y cuando llego de la escuela yo espero que me extrañe, pero solo le duele la panza, y no me deja tocar su pancita, me dice que le duele mucho, y que mejor lo toco cuando ya el ñaño esté más grandecito.

Mi mami ve una película de una familia millonaria que se va de viaje pero que no se llevan bien, y hacen chistes que me hacen sentir como enojada, no sé por qué, solo sé que he revirado los ojos nise cuántas veces, y mi mami disfruta esa película, se ríe como loca, y yo no entiendo lo gracioso, y me revuelco en la cama, y casi pateo la panza de mi mami, y ella me mira fijamente, como si fuera la única persona que pudiera ver más allá de mis ojos, y que ingresara en mis pensamientos y pueda ordenar a mi mente. Y no me dice nada, pero sí me da un manazo en las piernas, y que me vaya.

Hoy falté a la escuela porque me duele la panza, vomité el café con pan, y el agua de orégano después, y me paso acariciando la panza como mi mami, y digo “Ayyy”, y mi mami dice “Ayyy” en su mente. Y estamos

solo las dos, pero estoy lejos de mi mami para que no se estrese, y quiero ir a jugar pero no hay nadie, todos están en la escuela. Quiero salir y le pregunto a mi mami la hora y me dice que son cuarto para las 9, y yo le digo “9 y cuatro, o cuatro minutos para llegar a las 9” “cuarto para las 9” me dice, y yo le pregunto otra vez, y me dice “Ay yo tampoco entiendo muy bien eso” y mi mami sí que es chistosa dios mio.

Yo creo que ya son cuarto para las 10 y mi mami anda de aquí para allá y de allá para acá, y no le digo nada porque ya me dejó ver televisión. Y ahora entiendo el coraje que siente cuando yo ando con la preguntadera mientras ella ve televisión, porque sus quejidos no me dejan concentrar, y le reviro los ojos, y ahora me siento como la mamá y mi mami como la hija, y me dice “anda a llamar a la comadre Celedina” y yo me levanto y veo a mi mami arrimada en la pared sosteniendo su panza como si se le fuera a caer, y le digo que se acueste y me repite que vaya a llamar a la comadre Celedina.

Y yo escucho a mi mami gritar y no sé si huir o ayudarla, o ir donde la comadre Celedina, porque ella vive pasando el puente del estero, y yo prefiero quedarme con mi mami, y ella se apoya en mí y puedo sentir sus manitas frías, y sus manitas son bien suaves, y yo extrañaba sentir la pielcita de mi mami, porque es bien suave y me hacía dormir en un 2x3. Mi mami se apoya más en mí, pero como soy bien debilucha no la puedo cargar y me tropiezo y mi mami parece que se va a morir. Yo agarro fuerzas de no sé donde y la llevo hasta la silla, y en eso siento como un meado caliente del color de una cascada sale de mi mami, y yo me quedo tiesa, y yo juro por mi vida que mi mami no tiene un ñaño en su panza, sino el estero vivo de la 29 y de todo el Suburbio, y esto que digo es verdad porque la comadre Celedina me lo contó la otra vez, que la lucha por la rehabilitación del estero va a llegar de una mujer, y yo sé que esa mujer es mi mami, que en esa panza hay más líquido que otra cosa, y que por fin vamos a poder bañarnos y pescar, y me pongo muy contenta.

Mi mami se sienta al filito de la silla y empieza a respirar despacio, como si el oxígeno le ayudaría a generar más agua en su pancita, y mientras

respira (a veces rápido, y a veces lento) mueve sus caderas y la nalga, y parece que estuviera bailando. Mi mami se saca el calzón y me grita “Te dije que fueras a llamar a la comadre Celedina” y yo no la voy a llamar porque yo soy la mamá y ella es la hija, y le digo que no la voy a dejar sola. Mi mami pega un grito fuertísimo y yo subo el volumen de la televisión, y veo sangre rojísima por sus piernas y me acerco a mi mami y ella me aleja un poco con su mano y me dice “No veas, anda para allá, y apágame esa tele” y yo la apago y veo la sangre y pienso en los cangrejos rojísimos y sucios que me trajo Kevin para mostrarme que estaban vivos en el estero, y como mi mami no me paraba bola, nos fuimos caminando y el cangrejo pensó que lo íbamos a hacer cangrejada y casi nos pica y yo le dije “Tú nisiquiera tienes las patas gordas, ve”.

Mi mami se arrodilla en el mueble y me dice que le sobe la espalda y eso hago, y luego me dice que le sobe la lumbar y yo no sé qué es eso y me dice “arriba de la nalga” y yo le sobo despacito, y me dice que más fuerte, y mi mami empieza a balbucear y hacer sonidos como de trompeta y también vibraciones en forma de canto y me pongo a cantar con ella, y se le sale una risita mientras mantiene el ceño fruncido (del dolor supongo), y seguimos cantando, y me dice que le empuje por donde está la raya de la nalga y yo la empujo, y me dice que con más suavidad y yo obedezco. Y me dice que le pase agua, y que sigamos cantando y que vuelva a sobarle la lumbar, y ahora los hombros, y que le agarre un moño y así.

“Ya le siento la cabecita” me dice mi mami en cuclillas y con los dedos adentro de su chepa y yo no sé si ella va a ir botando primero algunos cangrejos, y ya luego más agua, entonces voy corriendo a ver algunas lavacaras para ir dejando todo en orden, y ya no puedo esperar por decirles a todos los muchachos que mi mami va a llenar todo el estero seco de la 29, y todos los estereros que están sepultados en nuestras casas, y que esa agua que mi mami tiene va a destruir todo cemento y toda basura, y todos los metros cúbicos y cuadrados, habidos y por haber que solo existen en la memoria. Yo por eso escucho todo lo que dice Celedina y siento que por fin, luego de tantas cosas horribles, podremos volver a lo

que éramos, algo así como cuerpos agua, me decía Celedina, y cuando me decía cuerpos agua yo pensaba en que todos nos podíamos bañar en un mismo lugar, y que nadábamos hartísimo, recorriendo la casa de todos los vecinos y yo nadaba al lado de mi mami agarrada de su mano suavcita, y saludaba a todos contenta, y que luego de almorzar, vuelta íbamos a bañarnos otra vez, y que antes de dormir, vuelta íbamos otra vez, y que nuestro cuerpo se acostumbre tanto al agua, que en vez de hacernos pasitas, nos salieran páncreas y pudiéramos navegar y transformarnos las veces que quisiéramos.

Mi mami agarra una cabeza con poco pelo empapada de sangre saliendo de su chepa, y yo veo que mi mami saca todo el aire atorado y vuelve a agarrar fuerza pero para seguir viva, un cuerpecito sale en un solo movimiento y mi mami lo sostiene con una sola mano y se lo lleva al pecho y se le resbala un poco y yo lo alcanzo de chiripa, y tengo en mis manos un cuerpecito que no se parece nada a un cangrejo, y estoy llenita de sangre y mi mami sigue botando más líquido y yo sigo esperando mientras sostengo ese cuerpecito en mis manos, y mi mami tiene como una tripita atada a ese cuerpecito, y yo quisiera tener una tripita compartida con mi mami, y otra con el estero, y que funcione como manguera para llenar de agua toda la ciudad. Mi mami me pide el cuerpecito, y yo se lo doy. “Así te parí a ti, y los primeros corazones que escuchaste fue el mío, y de la comadre Celedina” y mi mami le da un beso al cuerpecito y el cuerpecito empieza a chillar y me dice “Ahora tu ñañito escuchó primero mi corazón y después el tuyo”

Y yo veo la chepa abierta de mi mami que sigue con vida, y bota líquidos espesos que bajan lento por sus piernas, y esa sangre de mi mami parece un río rojo navegando como si fuéramos canoa, otra vez, saludando a todo el barrio, y que todo el barrio vaya en canoa y estemos todos apretadicos comiendo corviche mientras llegamos a nuestro destino.

“Epa, eso déjeme ahí” me dice mi mami apenas me acercaba para tocar eso que parecía un hígado de vaca y veo a mi mami dándole caricias al cuerpecito y recuerdo a mi mami diciéndome “Ándate pa ya” “Déjame sola”

“No me molestes” “Oye qué tú, ¿no?!” y antes de que se me salga el llanto, me voy corriendo hacía la puerta y ella me dice “Ven pa ca” y yo voy, y ella me da un beso y empiezo a chillar, y me dice “Este es tu ñañito”, y yo por fin veo el cuerpecito ese y me pongo a chillar, no sé por qué, y el cuerpecito vuelve a chillar más fuerte que yo, y yo intento chillar más fuerte que él, pero no puedo.

Yo creo que mi mami no me quiere, y tampoco quiere al estero y son cosas que... quisiera una explicación. Quiero entender por qué tanto odio si ella de chica bien que se bañaba en el estero, y en toda agua que veía se revolcaba. “Anda dile a la Celedina que venga a ver mi placenta, a ver qué te dice” y yo me voy con Kevin a molestar a los cangrejos.

Y yo en Kevin confío, pero no mucho, no le puedo decir que mi mami no me quiere, porque de seguro me va a decir que él sí me quiere pa ‘que le dé un beso, y yo no estoy pa’ eso ahorita. Yo pienso en largarme de esa casa e irme pa’ Salitre con Celedina, y me voy pa’ la casa y veo a Celedina con mi mami y le digo “Celedina usted se va a visitar a su mamá la otra semana” “sí, señor” “bueno, me voy con uste” “me vas a dejar sola” me dice mi ma, y yo me voy corriendo a mi cuarto y me pongo a llorar como lluvia, y agarro un envase de vaselina y empiezo a llorar mientras mis lágrimas caen en ese botecito y lloro mas fuerte porqué no sirve de na que yo vaya guardando mis lágrimas en el botecito, nunca será suficiente para llenar el estero y ya no puedo más y quiero morirme y mi mami entra y me dice “Epa, qué pasó” y yo solo quiero bañarme en el estero con mi mami, y en el salitre, y en las pozas, y en las piscinas, y en el malecón y yo le digo a mi mami que me quiero bañar con ella y ella no entiende lo que digo, y yo le repito, y ni yo misma me entiendo y cuando entra Celedina ella me entiende y le dice a mi mami algo que yo no sé, porque se lo dijo al oído y mi mami dice “pero es que no tenemos plata”

Mi mami me ha vuelto a bañar con agua de hierbas, igualita que a mi ñañito y yo me siento contenta porque ese olor en el cuerpo sí que me encanta, y yo solo le pido al maldito bobo que nos está arrebatando todo esto, que por el amor de dios, ya nos deje tranquilas, cabrón.

Una injusticia poética

Celedina

Pienso en su piel y en su cabello, en verme en ella y el mutuo parecido de los ojos, los labios, en la forma de la cara, las manos.

Investigo sobre él, que no sé na', de la boca de ella, que a regañadientes me dice que era mayor y algo así como un marino de época.

Un hombre que llegó en barco
una adolescente negra
enamorada
su hijo que no conoce al hombre, ni la cara, ni el apellido.

Una familia migrante negra
una familia aspiracional
mi único recuerdo afromontubio se me fue arrebatado.

el capitalismo se nos metió en el cuerpo

lo que hay
y con eso hay que comer
y conversar
se van a trabajar,
y con eso hay que comer
con lo que hay,
y con eso votamos
pero no importa
porque cualquiera de los dos
no importa
pero ojalá que hagan algo bueno
y que nos bendigan con algo
un bono
un préstamo
una platita para la comida
pero ojalá dios quiera

VII.

Una injusticia poética

y nos escuche
y nos bendiga
para ver si así se compran sus carritos
porque luego cómo van a dejar los mandados
y los niños
y los andamios
y el trabajo
y a los muchachos
y a la familia
y su mamá
ojalá dios quiera
ojala nos libre de esta pobreza
y de esta miseria
y de este barrio
y de estas lenguas
y de todas las cosas malas
y que pueda bendecir a mi familia
y que puedan tener un buen trabajo
mi Pedrito ya se hizo su casita,
y tiene su computadora y todo
y pudo arreglar su moto,
y arregló los cables pelados del techo
y tiene su tumbadito
y su waifai
y a sus hijitas con sus tablets
y el Eugenio también,
igualito
a la Martha y la Ana
y todos viven arriba,
cada uno tiene su piso.
y yo los voy a visitar
de repente
no siempre
y me dicen: mami quédese

Emily Herrera

y otras veces no me dicen nada
y me voy a visitar más arriba
me falta uno
sí cierto
el Manuel
que está aburrido me dice
y no sabe qué hacer
y en la casa no es que hace algo
extraña trabajar
que no se le vayan las ganas de trabajar nunca.

El verdadero problema está en la Puntilla del Iceberg

Porque cuando salgo con algún familiar que tiene el capitalismo metido en el cuerpo, y ven a unos manes por la calle dicen por bajito “esas caritas” y pienso en Las Caras Lindas de Ismael Rivera, y canto con él, como cualquiera que cante con su padre en medio de una masacre, y me ven mal y estoy segura que en su mente también están pensando en decirme “esa carita”, y yo sé que sí, que soy linda, como Linda Leida.

Porque son tan cholos que borrarón esa letra de su diccionario por vergüenza, y se dicen como mínimo mestizos, porque igual su piel es de color *beige*, tirando al blanco. Porque lo cholo es lo barato, y miden que tan cholo es su *outfit* en base a cuánto les costó, y los comparan con los rostros.

Porque se endeudan a millares surgir para mantener viva la imagen de la representación estatal blanca blanquísima del conservadurismo, populismo y esclavitud.

Porque les van quitando la salsa, la bachata, el perreo, el reggaeton, la comida, el trabajo, sus hijos, su pareja, su dignidad, su cuerpo en medio de discursos morales y ellos se hacen discípulos de su palabra.

A ellos les aqueja algo, pero son incapaces de verlo, porque eso significa soltar su aspiración y eso fue lo único que los mantenía tranquilos de chicos, el sueño de darle a sus padres una casa y nietos felices y que la abuelita haga galletas y que se vayan de vacaciones todos los fines de semana.

Porque en algún momento esperan a que se cumpla la promesa de que serán alguien importante y para eso deben exterminarse a ellos mismos y sus historias.

Porque en esta guerra ellos piensan que están exonerados, que el enemigo es el otro.

Yo pago por sus cabezas.

Porque su sistema funcionó y ahora mi familia chola niega su identidad y niega su pasado y su historia y condena a quienes eran sus amigos y familiares. Y no les importa el perfilamiento racial, el genocidio, las drogas, el narco, las bombas, los tiroteos, las muertes.

Porque su sistema funcionó al venderles sueños y mis tíos y tías son niños y niñas que juegan al policía y el ladrón y los compraron con un cartón que prometía aspiración.

Porque su sistema funcionó.

Yo pago por sus cabezas.



Саския

textos de

Shaskya Hurtado Zambrano

152

Intro.

Vengo como un cordero ante tí a que me devores

-José Narváez

**Ya decidí que mi carrera de
elección es el atletismo mental.**

**He estado estudiando esto por
mucho tiempo, he descubierto
cosas, me he aprendido nom-
bres, me he acordado de los
conceptos y sus definiciones,
he aplicado los conceptos, he
estudiado, estudiado, estu-
diado con el cuerpo, primera
herramienta negra, propia.
Primera herramienta dudo-
sa, de producción de duda de
producción simbólica, de es o
no es... arte.**

**Lo voy a repetir. he estudiado,
estudiado, estudiado con el
cuerpo, primera herramienta
negra, propia. Primera herra-
mienta dudosa, de producción
de duda de producción simbó-
lica, de es o no es... arte.**

Preguntas *passé* que he aprendido que son *passé*: (Aprendí lo que es *passé*)
¿Qué es el arte?
¿Es o no es arte?

Preguntas que he aprendido que hacen más dóciles a las fieras, mentales:
¿Hacia dónde va el arte?
¿Hay una sustancia en el arte? (peligro)
¿Hay una naturaleza en el arte?

Preguntas:
¿Es arte aunque venga de un negro?
¿Cuál es la obsesión por la raza?
¿Es posible para ti imaginar a una persona negra?
¿Es posible para ti imaginar una figura negra posada?
¿Qué vamos a hacer con la gente blanca?

Pedido:
Señor usted que es curadorx sáneme esta herida colonial

-Johan Samboni

Shaskya Hurtado Zambrano

**Soy yo Саския, mi cuerpo es negro mi nombre es Europeo
significa sajón o protector de la humanidad
me desgajé.**

**Mi amor está muerto. Mi amante está muerto,
mi corazón está muerto.
Mi cisne está muerto.**

Ví las perlas bailarinas .

**Llorando desde el treceavo piso
Las**

lágrimas

**p e r l a s
cayendo**

b a i l a r i n a s

Y eso sobre mí.

Shaskya tiene un journal político de noticias, las anota todas, en la mente
y en la pared porque descubrió que su trabajo se da en el valle que existe
entre el texto y la imagen.

Su amor está vivo

Odo Nyera Fie Kwan. Flan de Coco.

Ya leyó a Lubi prates y sabe dibujar mejor
Dibujó esto en su journal político de noticias

Siempre artista visual, el otro aprendió a escribir mejor

Misil balístico

People standing around In TelAviv recording the bombs on their phones

misil balístico sobre una casa

una casa segura

bajo

el poderosísimo

el temido

el sofisticado

domo

de hierro.

1. 220625

Misil balístico sobre una casa una casa segura bajo el
domo de hierro

poderosísimo

temido

sionista

sofisticado

por supuesto que bien financiado oh sí

Misil balístico sobre un hospital. Quier dos tres cua-

Porque dizque tenía cuevas de Hamas debajo

quier dos tres cua-

quier dos tres cua-

quier dos tres cua-

«Hoy mismo, nuestras poderosas

Fuerzas Armadas han eliminado con

precisión un Cuartel General

de Mando,

Control e Inteligencia Militar israelí y

otro objetivo vital», dijo Araqchí, en un

mensaje en su cuenta

de twitter

Misil balístico sobre un hospital. Quier dos tres cua-

un hospital seguro

que atiende soldados heridos. Quier dos tres cua-

que participan en el genocidio en Gaza

que regresan a la seguridad del domo

quier dos tres cua-

a la felicidad del domo

quier dos
tres cua-

hay algo que tienen en común

todas las mujeres

todas explotan igual.

Todas las bombas se estrellan igual contra las mujeres

encima de sangre

Contra las que disfrutan
una vida construida
y despojo
Y contra
las que usan velo

Solo que unas después de explotar, vuelven a ser explotadas.
Todas las bombas caen igual sobre las mujeres explotadas
Todas las bombas caen igual sobre las ceremonias de desvelamiento
Todas las bombas caen igual sobre las mujeres
musulmanas

que usan bikini,
que tienen el derecho a manejar
máquinas de guerra

Todas las bombas caen igual
sobre las mujeres
que usan uniforme
que van a la universidad
solas
empoderadas
descubiertas
liberales.

libres libertadoras

Y Misil balístico de vuelta, por los derechos de las mujeres
Y misil balístico de vuelta, por la paz
Y misil balístico de vuelta, esas armas nucleares ¿dónde estaban?
Y una bomba, preventiva, por si acaso, una bomba que cayó, igual
que todas las bombas.

Un brazo con un bicep enorme sale de en medio de las piernas
de un soldado de IDF que te mira
El bicep tiene un tatuaje
que
en lo que
flexiona
y se hincha
aparece

National Geographic España 02 de Octubre 2024
Domo de Hierro: así se defiende Israel de
los ataques aéreos
en lo que se flexiona
se hincha y aparece

En medio de anuncios de pelucas de temu
La Nación 20 de junio 2025 El Domo de Hierro y la Honda de David,
el sofisticado sistema de defensa aérea
de Israel que Irán ha logrado superar

war memes
niche war memes accounts
kpop war memes accounts

el bicep se hincha de nuevo
Israel tiene el derecho
de defenderse a si mismo
con
bombardeos
preventivos
contra palestinos
que quieren
una funda de harina.
Desaparecen barcos con blancos

Hace una semana no escucho
del barco de blancos desaparecido
¿Qué estarán haciendo sus países por ellos?

¿Qué estarán
haciendo los países del mundo libre?
¿Dónde queda el mundo libre? ¿Dónde queda el mundo
libre? ¿Dónde queda el mundo libre?
¿Dónde queda el mundo libre? ¿Dónde queda el
mundo libre? ¿Dónde queda el mundo libre?

[Interludio]

Las frutas de su trabajo se han caído a podrirse

Mamá me dio la noticia, estaba en la escuela de política con la colectiva.

Estábamos en medio de tanto, siempre en medio de tanto.

En medio de nosotrxs.

En una hostería en Mindo, Mamá me dio la noticia.

Estos son mis pies ya deformes

Se 1
Im 1
Jimmy
2506121600400616



EXI 788
2025-06-12 16:02:52
FOOT

Hospital Sagrado Corazon de Jesus

0802557181

ZAMBRANO BAZURTO RAMONA

DOB 2025-06-12

F

0 D

AP IZQ

50mm

W 9626

L 8435

Z 100%



Se 1
Im 3
Jimmy
2506121600400616



DER



EXI 701
2025-06-12 16:04:27
FOOT

Hospital Sagrado Corazon de Jesus

0802557181

ZAMBRANO BAZURTO RAMONA

DOB 2025-06-12

F

0 D



50mm

LAT IZQ

W 9758

L 8286

Z 100%

de acuerdo a los síntomas que presentan mis piernas tengo una insuficiencia venosa y puedo sufrir un infarto, no aguanto estar de pie. Las piernas me queman, se ponen pesadas y el dolor es horrible

Apenas me contuve entre otras cosas le dije

[15/6/2025 10:14] Shaskya: Ay madre, que dolor tan horrible

[15/6/2025 10:15] Shaskya: Como me la han arrebatado

[15/6/2025 10:15] Shaskya: Gente que se ha beneficiado de tu trabajo

[15/6/2025 10:15] Shaskya: Para enriquecerse

[15/6/2025 10:15] Shaskya: Los odio

Y ella me dijo

[15/6/2025 10:16] Mom🔥💖: Tranquila, no odie

[15/6/2025 10:16] Shaskya: Odio a todos aquellos que te han arrebatado
tus piernas

tus venas

tus brazos

tus huesos

tus articulaciones

tu alegría

tu paz

[15/6/2025 10:16] Shaskya: Nunca podré no odiarlos
[15/6/2025 10:16] Shaskya: Nunca podré
[15/6/2025 10:16] Shaskya: Los odio
[15/6/2025 10:16] Shaskya: Son los culpables y no lo reparan
[15/6/2025 10:17] Shaskya: Te amo
[15/6/2025 10:17] Shaskya: Te amo a ti, y odio todo lo que te hab hecho

Y ella viendo a este animal, espinado, espinoso, herido:

[15/6/2025 10:18] Mom👑💖: Han Sido muchas personas 👤

Y el animal:

[15/6/2025 10:19] Shaskya: Tengo espacio para todos
[15/6/2025 10:19] Shaskya: Esos

Y ella de nuevo:

[15/6/2025 10:22] Mom👑💖: Tranquila hija, usted es noble y no debe tener esos sentimientos

[15/6/2025 10:22] Shaskya: A veces tambien esos sentimientos tienen que estar
[15/6/2025 10:22] Shaskya: Tranquila
[15/6/2025 10:23] Shaskya: Yo igual sé manejar mi odio

2. El poema más suave del mundo

[Unfinished outtake]

La princesas duermen incómodas en la cima
de los colchones apilados
uno sobre de otro
por sirvientes que apilaron cien,
colchones los unos sobre los otros,
sirvientes los unos sobre los otros
hasta llegar a cien.

3. A mi cisne

167

TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
ESPERO
ESTÉS
MEJOR
CON
TU
TRABAJO
PASTORCILLO
MÍO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE AMO
TE EXTRAÑO
PERO
ESTOY VIVO

**ESTOY ACÁ
ME TENGO QUE QUEDAR
ACÁ
UNOS RATOS
MÁS
Y
TE AMO
Y TE AMARÉ
Y VOLVERÉ A AMAR
CISNE.**

Outro.

Mi cita favorita de Harald Szeemann

« [...] el significado de esa expresión artística reside en que una nueva generación de artistas se entregó en dar forma a la naturaleza del arte, como un proceso natural. »

Descontextualizada así.

Chao, Te amo.

Mi maternidad

textos de

Melany Mina Alarcón



Apenas supe que estaba embarazada lloré muchísimo una adolescente que acababa de graduarse y lloraba porque no sabía qué hacer y sobre todo porque ya sabía que se repetiría la historia de mi familia mi mamá nos crió sin papá y pues yo nunca quise eso (el padre de mi hija es una historia de amor de esas telenovelas pero hago este paréntesis porque con él siempre le dije que no quería que se repitiera la historia y que si en algún momento salía embarazada pues construyéramos un hogar un hogar, nuestra familia pero no se dio)... Bueno, después de hacerme una prueba de sangre me aseguró de que si estoy embarazada entonces empecé a buscar clínicas para abortar pero tenía mucho miedo llegó el gran día y me fui con dos amigas porque con mucho miedo yo fui decidida a no ser mamá llegamos al punto y entre todos muy amable y la doctora me hizo ver videos de cómo está mi bebé el tamaño y el proceso del embarazo hiperrealista y todos los daños causados por practicar un aborto y que me iba a ir al infierno junto con mis amigas por si lo hacía luego agendó una cita para hacerme una ecografía y bueno llegó ese día y entré a la habitación muy nerviosa pero al escuchar latidos del corazón de mi bebé empecé a llorar porque es magnífico llevar otro ser dentro de mí y después de eso decidí no seguir con el proceso del aborto. Desde ese día hasta la actualidad no he dejado de llorar Ahora se me venía lo más difícil decirle a mi mamá y pues el solo hecho de pensar que me tenía que ir de mi casa sin trabajo sin dinero y sin un compañero sin una familia en casa se lo oculté a mi familia como hasta los tres meses que por cierto los primeros 3 a 4 meses son los feos de todos vomitas todo te apesta odias a todo el mundo, vomitas hasta lo que respiras.

IX.

Mi maternidad

Un día mamá llega de trabajar del turno de la noche y me ve me dice vos estás embarazada a lo que yo le respondo que no.

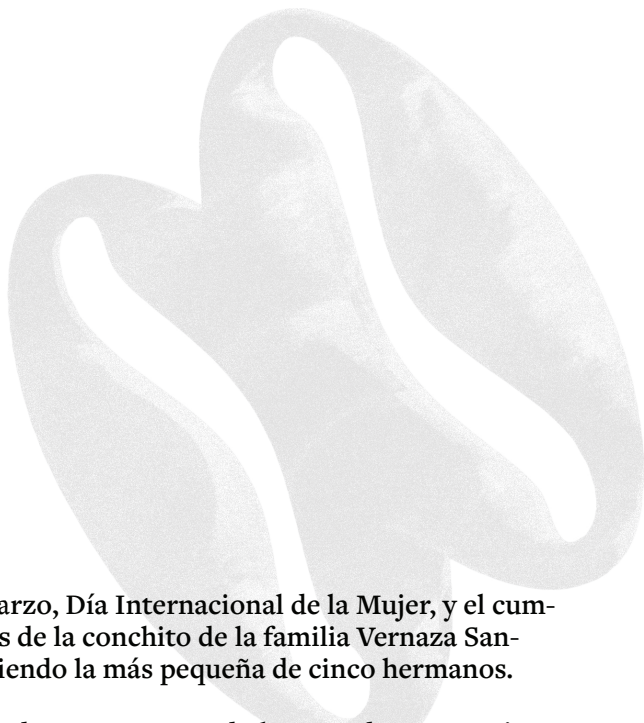
Bueno ella llega a su cuarto se acuesta y me llama y bueno ya no lo podía ocultar así que también me sentí muy apoyada a partir de aquí mamá supo la barriga pum se notó muchísimo y ya no lo podía ocultar.

Mi sueño es ser millonaria o bueno tener una economía estable para mí y mi familia, poder ayudar a todos los niños de mi comunidad. Tengo muchas ideas, proyectos, pero tengo mucho miedo de fracasar. Mi maternidad ha sido muy difícil y creo que nadie habla sobre lo feo de la maternidad.

El barrio

por

Kristhel Maholy Vernaza



8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, y el cumpleaños de la conchito de la familia Vernaza Sanchez, siendo la más pequeña de cinco hermanos.

A pesar de que no recuerdo los grandes pensamientos que rodeaban mi diminuta mente el día de mi nacimiento, estoy segura de que no me quitó el sueño el hecho de nacer un día como ese, en una familia como la mía, en la Isla Trinitaria, y aquel poderoso significado que eso tendría en el futuro.

¡Ups, que malos modales los míos! He comenzado este relato sin decirles mi nombre, pero juro que no ha sido intencional. Para ustedes soy Maholy (mi segundo nombre), para otros, Kristhel (mi primer nombre), y para unos cuantos, Maho, Kris, o Niña Vernaza. Aunque si les gusto alguno de los otros que nombré, sean bienvenidos en recordarme como les plazca.

Tengo el honor de haber nacido y crecido en el sur de Guayaquil, la gran ciudad costera pero sin playa de Ecuador, donde se encuentra ubicada una isla al sur, bordeada por esteros y manglares, unida por puentes y la famosa vía Perimetral. A cuatro cuadras de la calle principal, podrán ubicar al Barrio de los Girasoles (bautizado así hace unos pocos años atrás), en el que las únicas familias negras son los Vernaza Sanchez y los Rosales.

En este barrio también están los Martínez, los Muñoz, los ‘cangrejos’, los ‘heladeros’, las Juanas, el panadero, los Galindo y más. No todos llegaron al mismo tiempo al barrio, pero cada familia e individuo le aporta su toque especial a esa dinámica llamada convivencia vecinal, empezando desde mi familia.

Si están por Guayaquil habrán escuchado de mi querida Isla Trinitaria, posiblemente, la versión que incluye fantasmas, hombres lobo, vampiros, brujas y otros personajes de terror. Y asumo esto, no porque sea la mejor versión, sino más bien la más famosa, porque es la que más se ha vendido.

Para los que vivimos en la Isla es muy común escuchar el “para allá no voy” de los taxistas o ver una tremenda cara de susto que ponen quienes no viven ahí. Yo no puedo ni quiero invalidar sus expresiones o sentimientos, pues al final de todo comprendo que se han quedado con la versión de terror sobre mi hogar y no han venido a corroborar la información.

No les quiero hacer adelantos de cómo verdaderamente es nacer, crecer y vivir en la Isla. Pero sí les aseguro que se van a sorprender como todo aquel que se ha entusiasmado por conocer la Isla.

Quédense y conozcan la otra parte de una historia mal contada, sobre un lugar donde abunda el cariño, el respeto, las ganas de avanzar, y la resiliencia, más que lo opuesto.

¡Miércoles... ya les hice un adelanto sin querer! Pero bueno, no me crean a mí, créanle a mi historia.

La gente

Tapita, Mono, Chivo, Negro, Guagüita, Nino, Biembe, Chalo, Toti, Yema, Fuji, Chipi... Podría seguir una lista interminable de los tantos sobrenombres creativos que se escuchaban por mi casa.

Al contrario de lo que alguien podría pensar, me atrevo a decir que, estas chapas no se usan con la intención de burlarse de estas personas, sino como un modo muy confianzudo de identificación. No me mal entiendan, yo soy la mayor opositora del irrespeto. Es más, aquellos sobrenombres que no gustaban se desaparecían con el tiempo. Por eso, me llegue a dar cuenta el poder simbólico que este tipo de dinámica le aporta a la gente del barrio, potencia nuestra camaradería, aumenta nuestra autoestima, y representa nuestra alegría y cercanía.

Además de este particular, les cuento que he tenido la suerte de crecer en un barrio donde la gente que no tiene mi sangre, mi apellido, o mi color, la he podido sentir como parte de mi familia. Muy pocas veces en las calles ostentosas o conjuntos privados encuentras lo que la gente de los barrios de la Isla te puede ofrecer y eso, queridas amistades, es lo más valioso que una comunidad puede tener.

Los adultos de la Isla, particularmente, los adultos de mi barrio han sido esos tíos y tías que yo nunca pedí, pero que con mucho cariño asumieron ese rol. Aunque en mi “edad del burro” no me gustaba que me

dieran consejos, ahora agradezco que siempre vieses por mí cuando yo no era su responsabilidad.

En mi casa podrán encontrar unas fotos de cuando cumplí tres años, con esos cachetes redondos moldeando mi cara rebosante de alegría, donde el vecino Don Julio y su esposa la Sra. Rosa me celebraron en su casa con una torta y juguetes. Crecí comiendo los famosos panes del Sr. Merchán, más conocido como “el panadero”, créanme cuando les digo que no hay panadería en el mundo en el que el pan de chocolate sepa igual de delicioso, su receta es como la de la “cangreburger” de Bob Esponja. Dios mío, se me hace agua la boca de solo imaginar el sabor. Y ya que hablamos de comida, no puedo pasar de lado cuando mis vecinas, principalmente en la casa de los Martínez, nos llevaban a casa un plato del almuerzo o merienda que cocinaban por el simple hecho de compartir que, por cierto, es una tradición que se extendió a las fechas especiales, como cumpleaños, Navidad, o fin de año, de ellos a nosotros, y nosotros a ellos. También son mis vecinos esos que cuidan nuestra casa o nos guardan la llave cuando ninguno de nosotros está, o con quienes yo me quedaba de pequeña cuando no tenía llaves para entrar a mi casa.

Déjenme hablarles de los muchachos del barrio, aquellos de la generación de mis hermanos. Ojalá ustedes vieran la hermandad que los muchachos demostraban. Para mí era siempre de mucha admiración y felicidad ver lo bien que congeniaban y se divertían entre ellos, trazando un ejemplo para mi generación que, a pesar de que no llegó a ser así de fuerte, porque somos de la era de la tecnología, aun así, fuimos cercanos y especiales a nuestro modo.

Es importante mencionar que la gente del barrio no siempre era pacífica. Tanto niñas, niños, adolescentes y adultos teníamos nuestros encuentros y discusiones de vez en cuando e incluso había unos que no se podían ni ver. ¿Lo bello del barrio? Siempre encontrábamos una forma de resolver esas diferencias o de al menos convivir.

Ahora está la nueva generación, los hijos e hijas de los muchachos, quienes siguen creciendo rodeados de gente que quiere lo mejor para ellos en un contexto social difícil, pero en un tejido social hilado con amor, mucho amor.

Las fiestas

¡Eh, eh, eh! ¡Mójalo, mójalo! ¡Feliz año veci! Son solo algunos de los gritos y la algarabía que se forman en mi barrio a la voz de la festividad.

Los cumpleaños, *baby showers*, quinceañeras, bodas, y cualquier otra fiesta en general se vive a lo grande en la Isla. Y con eso no me refiero a que gastamos millones de dólares para celebrar, pero sí que con lo poco o mucho que tiene cada familia y con todo lo que tiene el barrio, somos capaces de tirar la casa por la ventana. No importa de quién es la celebración, allí siempre estará casi todo el barrio metido, a veces sin invitación y sin regalo, pues eso no es lo importante, sino el buen rato de compartir, las risas, el baile, LA COMIDA, y la locura.

Bueno, y ni hablar de los festivales gratis de música que los vecinos hacen para ellos mismos con música para todo el barrio.

Todos los feriados en mi barrio son más que días de descanso... son momentos pa' pasarla con el barrio. Comenzando con Carnaval, el que actualmente considero como mi festividad favorita, porque no hay lugar como Ecuador para disfrutarlo, mucho más aún si es en la Isla. Para contexto, el Carnaval en la costa se celebra jugando con agua, así que es muy común que las familias armen sus piscinas de plástico fuera de sus casas, o llenen tanques de agua, y ponerles globitos de agua. Antes, cuando nuestro barrio no estaba pavimentado, se creaban pozas en las calles

por la lluvia y esas también eran un lugar que le esperaba si estaba de mala suerte. Asimismo, jugamos con spray de espuma, pintura en polvo, huevos, harina y todo lo que más se podía.

La dinámica consiste en que, si a usted se lo ve en la calle durante los días de Carnaval, usted paga piso. Le caen en manada para tirarle agua en balde o con globo, meterle a la piscina, o echarle espuma, pintura o todo lo demás. Antes era mucho más radical y entre los muchachos no había piedad, se buscaban hasta dentro de sus casas para forzarlos a jugar. Ahora es menor, solo se moja al que voluntariamente juega o al que pone muy poca o débil resistencia. Aun así, radical o no, siempre se la pasaba bien en carnaval y el último día se terminaba con la foto grupal del barrio.

Otra de las fiestas estrella de nuestro barrio son las de diciembre, Noche Buena, Navidad y Fin de Año. En el barrio, mis 24 de diciembre, Noche Buena, eran las noches más esperadas para mí y mis amistades. Estrenar una cachina nueva, jugar con los chispiadores, abrir los regalos (Sí, en Ecuador lo hacemos en la noche nueva), compartir la cena de Navidad con tu familia, y repartir abrazos y deseos de “Feliz Navidad” por el barrio, era realmente el mayor regalo de Navidad en la Isla. Oh, y casi me olvidaba de la gran fiestita de Navidad que se organizaba para los niños y niñas del barrio, en el que cada año se presentaba a la princesita de Navidad y la Estrellita de Belén con sus chaperones y en donde se bailaban villancicos, nos daban golosinas, comida, y recibíamos regalos.

Por otro lado, la celebración de Fin de Año siempre comienza mucho antes del 31 de diciembre en el Barrio con la construcción en familia de los famosos monigotes. Los Vernaza Sanchez no acostumbramos a ser una familia con tradiciones familiares, pero si había una cosa que nos reunía a mí y a mis hermanos era el armar esos monigotes juntos. Para mí, el trabajar colaborativamente desde la idea de qué monigote recrear hasta tener el producto final, era un momento altamente especial. No obstante, sentía cómo todo eso se destruía en cuestión de minutos al llegar el 1 de enero a las 12:00 AM, porque el objetivo de esos monigotes, también conocidos como “año viejos”, es el quemarlos para que lo malo del año que se va se quede en ese año y recibir el año nuevo despojados de tales males.

Cuando era pequeña yo no entendía ese objetivo, y siempre lloraba como una Magdalena cuando veía que nuestro gran trabajo se convertía, literalmente, en cenizas. Incluso lloraba por los monigotes pequeños que comprábamos, porque mis amistades y yo los usábamos para la tradición de pedir caridad para el viejo que, de cierta manera, nos llenaba de moneditas que luego podríamos gastar en golosinas y chispiadores.

Ahora que soy una adulta, como es de esperarse, ya no lloro más por los monigotes... ahora lo hacen mis sobrinas. Pero no las juzgo, porque estuve en su lugar.

El juego

Creer en la Isla para alguien que tenía un millón de mundos en la cabeza y que quería ser como Barbie, con sus mil profesiones, siempre se vio como una oportunidad. Ser la menor de cinco hermanos con una diferencia de edad de doce años, tenía sus ventajas y desventajas.

Por un lado, tuve que acostumbrarme al 'no' como respuesta a mis peticiones de permiso. Mis padres no pasaban casi en casa por el trabajo o compromisos, así que me tocaba reportarme con cualquiera de mis 4 cuidadores/hermanos: Lucy, Byron, Toti, o Jorgito. ¡Ayayay! El llanto y rabietas que me pegaba cuando no me dejaban salir a jugar con mis amigos al lote vacío de al frente lleno de monte, piedras y tal vez hasta culebras; cuando mi ñaña rotundamente no me dejaba juntarme con unas niñas del barrio con las que siempre salía peleando y que no me trataban bien; cuando pedía un juguete y no me lo compraban, porque era elegir entre el pan y algo que iba a dañar o perder en los próximos días; o cuando no me sacaban a pasear, porque no había plata y yo a veces (muy pocas veces)

me portaba mal. Claro está que en ese entonces yo no entendía esas justificaciones y a la conclusión que llegaba después de tanto razonamiento era “mis ñaños no me quieren”. Obviamente no era verdad, porque luego miro hacia atrás y me encuentro con una niña sonriente, juguetona, feliz y, sobre todo, cuidada, protegida y querida.

La mayoría de las veces que salía a jugar era con Melany, mi vecina de enfrente y mejor amiga de la infancia. Hacíamos un gran equipo, Melany y Maholy, misma edad, mi cumpleaños en marzo y el de ella en abril, ella tan serena, introvertida y cuidadosa, yo tan acelerada, extrovertida y arriesgada. Nuestra amistad se sentía como un acto de ternura muy revolucionario, pues nuestras familias no eran, para nada, las mejores amigas. De hecho, hubo muchos momentos de tensión entre los adultos en los que Melany y yo éramos tristemente forzadas a dejar de vernos, pero nuestras separaciones nunca duraban mucho, pues siempre encontrábamos el camino de la una hacia la otra.

Mi casa fue mi patio de juegos favorito, el castillo con más cuartos y escenarios cambiantes que una niña podía pedir y eso sí era un verdadero privilegio. Mi casa ha estado en construcción permanente, por lo que he tenido diferentes espacios en los que pude crear memorias jugando. Como la mayoría de las niñas de antes y algunas de ahora, la mayoría de mis juguetes eran utensilios de cocina, piezas de casitas y bebés.

En el patio de mi casa teníamos un guayabo que, según mi mamá, es uno de los troncos más resistentes. A parte de servir para curar dolores y enfermedades desde el tallo hasta las hojas, sirvió para ser un lugar de juegos especial. ¿Han escuchado de las casas en el árbol? Bueno, ese guayabo me hospedó entre sus ramas a mí y a mis juguetes. A pesar de que no era la casa de árbol más elegante, elaborada, o segura del mundo, era un lugar maravilloso donde el sol pegaba poco, el viento corría mucho y el sueño de una niña sin muchos recursos más que su imaginación cobraba vida con una tabla en medio de unas ramas.

A medida que iba creciendo, mis juegos e intereses también iban evolucionando. Ni siquiera recuerdo el día exacto en el que dejé de jugar a la casita, solo que eventualmente fue reemplazado por más juegos colectivos.

Melany era mi amiga estrella, y luego había otros amigos y amigas. Cuando había apagones en el barrio, nos encantaba jugar a las escondidas, o sentarnos alrededor de una vela a contar historias de terror. Cuando teníamos luz—el mayor de los casos—, los juegos competitivos como el, indoor, vóley, las 7 vidas, etc., eran los más populares, y con el mismo entusiasmo estaban los juegos de roles, como la escuelita, la tiendita y, el odiado por los adultos, la casita.

En la Isla, mi barrio y mi casa, el juego estaba en todas las grandes etapas.

El baile

Si hay algo que debo agradecer de los humanos es la música, y de la vida, ser bailarina afroecuatoriana .

Toda mi vida he bailado, al igual que mis hermanos—unos más que otros—, primos, y mis sobrinas, por eso yo sí soy fiel creyente de que el ritmo lo llevamos en la sangre. Yo bailo de todo: salsa, reggaetón, merengue, bachata, cumbia y más. Aunque hoy me voy a enfocar en un ritmo musical que está marcado en mi historia y en la de mis antepasados: la marimba.

El único acercamiento antes de los siete años que yo había tenido de la marimba fue un evento en la guardería donde me hicieron vestir como bailarina para un evento, pero no fue un tema que se hablaba en mi familia, al menos no que yo lo recuerde. Cuando cumplí siete años la historia cambió. Mi hermano Toti se había vinculado en un grupo de teatro en la Fundación Cleotilde Guerrero en la Isla Trinitaria, en la que casualmente, el programa juvenil más grande que tenían era un grupo de marimba llamado Afromestizo Candente, dirigido por Jimmy Simisterra, un líder comunitario afro.

Toti siempre fue de los que menos bailaba de todos los hermanos, así que tenía mucho sentido que estuviera en el grupo de teatro y no en el de baile. Yo, por otro lado, era una apasionada bailarina. Así que, con la mera intención de bailar, mi mamá me inscribió en el grupo que, por cierto, quedaba muy cerca de mi casa. La primera vez que fui me impresioné por la cantidad de niños, niñas y adultos que habían en ese reducido espacio, todos sudando, riendo, bailando al son de la marimba, el bombo y el cununo, y gritando “Afromestizo Candente... ¡weeeeeepaaaa!”. Yo sin saber ni un paso de marimba, se me movía el cuerpo solito y así fue cuando a los siete años la marimba me cautivó.

Cada noche, de lunes a viernes, mi mamá me llevaba a bailar marimba. Unas cuantas veces en el espacio de la fundación y otras en una cancha cercana o en la calle, porque no cabíamos. Parecía como si todos los jóvenes de la Isla Trinitaria se reuniesen cada noche a bailar, gozar y aprender con la marimba, pues ese era el preciso objetivo que Don Jimmy y su esposa la Sra. Marisol tenía con el grupo, atraer a los jóvenes al arte y a la cultura, mientras los alejan de los riesgos sociales.

Al cabo de unas semanas yo ya estaba presentándome con el grupo de los niños y niñas en la comparsa de carnaval en Vines, bailando el mapalé, un estilo de baile muy fuerte y rápido afroecuatoriano y afrocolombiano. Hasta ese entonces, mi motivación principal seguía siendo el baile y la diversión.

Unas cuantas semanas después, en una noche de ensayo en el parque, me puse a jugar en el pasamanos con unos niños. Yo, Maholy, la niña que nunca había jugado en el pasamanos por sí sola y, peor aún, haberlo completado, me puse a jugar. Quisiera contarles que mi desenlace esa noche fue normal y feliz, pero la verdad es que por estar hecha la curiosa y lamparosa, me caí cuando intenté cruzar, me rompí parcialmente la muñeca, y tuve que despedirme de la marimba... temporalmente.

Al cabo de unos meses me recuperé, me quitaron el yeso que tenía en el brazo, pero no regresé al grupo inmediatamente. Pasaron siquiera unos dos o tres años para que volviera, no sé por qué fue así, pero así fue. El día de mi regreso al grupo, justo en tiempos de convocatoria, se sintió como el primer día que pisé la Fundación; niños, adolescentes, adultos

bailando, la marimba sonando, la voz de mando oyéndose fuerte. Pero ahora, lo único diferente, es que tenía un interés más allá del baile, que era aprender de la historia de mis antepasados, de la marimba en sí, de nuestra cultura y tradiciones.

Con esa intención de aprender, hacer amigos y convertirme en bailarina profesional, fui cumpliendo cada meta. No fue nada fácil llegar al nivel de dominio del baile que mis compañeras tenían, pero luego de mucho ensayo, presentación y error, lo logré. Más aún, no fue solo el bailar bonito, sino el saberme todas las historias de los bailes, presentarme en distintos lugares dentro y fuera del país, conectar directamente con mi cultura y compartirla con más personas.

Ahora me siento tan feliz de que cuando escucho la marimba sonar, mi cuerpo se mueve no solo por mover, sino basándose en la energía y lucha de mis ancestros.

La escuela

De una institución educativa a otra, dentro y fuera de la Isla, de privada a pública. Como una hormiguita que le gusta recolectar hojitas de conocimiento y con una madre cuya frase célebre es “mi obligación es darte educación y la tuya estudiar”.

Mis inicios educativos, gracias al esfuerzo de mi familia por otorgarme una oportunidad que para ellos no fue posible, fueron en instituciones privadas.

De lo poco que recuerdo de mi tiempo en la guardería ubicada en la Isla, una memoria vigente son todas las mañanas de llanto. ¡Qué manera

de llorar la mía! Pero, en mi defensa, a nadie le hubiera gustado que lo sacaran tan temprano de su cama y que no le dejaran terminar su dibujo animado matinal favorito: Barney y sus amigos, para ir a un lugar con niños molestos, ¿verdad que no? Para mi suerte, era una niña muy sociable, así que luego de unos minutos siempre lograba calmarme, jugar y aprender.

De la escuela tengo varias cosas que mencionar. Empezando por el hecho de que yo, casi siempre, era la única alumna negra del curso. Estando en primer grado estudiaba en la escuela “El (algo que no recuerdo) de los Bajitos”, que estaba al sur, pero fuera de la Isla, así que habían contratado un expreso para que me llevara y trajera a casa. Recuerdo que en ese expreso también había adolescentes que estaban en el colegio. Una tarde, camino a casa, me metí en un peleón en el expreso, porque esos chicos me incitaron a pelear con otros niños de mi colegio.

En segundo estuve en una escuela privada de la Isla a una cuadra de mi casa, y en tercer grado llegó el momento de darle una oportunidad a la educación pública. La gran ‘Héroes del Cenepa’, escuela fiscal que queda justo en la esquina de mi casa donde pasaron todos los hermanos Vernaza Sanchez; sí, cada vez estaba más cerca de mi casa, eso no fue intencional. Estuve dos años lectivos ahí, hasta que decidieron ponerme en una escuela privada y religiosa con mejor calidad educativa ubicada en la entrada del Trinipuerto, es decir, allí en la Isla, pero ya más lejos de casa.

Si se preguntan si era difícil estar cambiando de escuela tan frecuentemente, pues no, no lo era. Es más, me emocionaba ser la nueva, conocer nuevas amigas y amigos, estrenar uniforme y útiles escolares.

Volviendo a la escuela privada y religiosa, esa sí logró cumplir con los objetivos académicos que mi familia tenía. De hecho, allí estuve cinco largos años, tres de escuela y dos de colegio, donde adquirí muchos conocimientos, formé y conservé amistades, y obtuve varios reconocimientos por mi desempeño académico. Ay, los reconocimientos...

En el Día de la Bandera Nacional, 26 de septiembre, en Ecuador tenemos la tradición de conmemorar la ceremonia de Juramento de la Bandera, un evento en el que alumnos del último año de colegio, y en ocasiones de escuela, rinden juramento a este símbolo patrio. Naturalmente en este evento solo participan los estudiantes que ya se van a graduar,

sin embargo, mi colegio de entonces tenía la tradición de seleccionar a los alumnos con las mejores calificaciones de cada curso de colegio para portar las banderas históricas de Ecuador y Guayaquil, como una forma de distinción al mérito.

Como les contaba al inicio, desde muy pequeña me gustó estudiar con mucha dedicación y empeño, pues sabía de todo lo que mis padres y mis hermanos hacían para que yo tuviera una buena educación. Este esfuerzo siempre fue premiado por las instituciones en donde estaba. Al final de curso, siempre recibía algún tipo de reconocimiento, ya sea medalla o diploma. Así que, en primer año de colegio, mis notas me colocaron como la estudiante del curso que llevaría una bandera histórica ese año. El segundo año, cuando el proceso de selección se llevó a cabo y fueron a dar la noticia al aula, notificaron que el portador de la bandera histórica era un compañero de clases. Hubo un silencio ensordecedor en el aula, las miradas se dirigieron hacia mí y la sorpresa de todos, incluido el seleccionado, inundaba nuestras mentes. Nadie podía creer lo que estaba pasando, pues mi compañero, desde que llegó al colegio, dejó de ponerle la misma dedicación a los estudios.

¿Qué pasó conmigo? Pues todo ese día en clases, lloré. No comprendía qué sucedía, nadie lo hacía. Venían maestros, compañeros, amigos, e incluso el mismo seleccionado a consolarme diciendo “tú te lo merecías”, pero yo no podía parar de llorar. Así se sentía el fracaso y la culpa de defraudar a mi familia.

Cuando llegué a casa, al primero que vi fue a mi papá. Mi papi, preocupado por mi cara, preguntó qué me sucedía y le conté sin poder contener el llanto. Él, indignado, intentó calmarme expresando su claro enojo contra la institución, pues él sabía la madera de estudiante que era su hija, aseguraba que era una injusticia y que iría a reclamar al día siguiente.

Cuando mi mami llegó a casa, mi papá le contó lo que había pasado. Mi mami, serena, fue a buscarme y me dijo palabras que hasta el día de mi muerte voy a recordar: “A mí no me interesa que te den un cartón, a mí me importa lo que te quede en la cabeza (educación)... Deja de llorar por chichiguas que tú, miya, tú estás hecha para cosas grandes”. Del viaje

se me quitó el llanto, el peso del fracaso cayó de mis hombros y con la cabeza en alto fui al colegio al día siguiente.

La verdad es que yo no quería ni comenzar ni continuar el colegio en esa institución, por el simple e importante hecho de que yo aspiraba a más: llegar al glorioso Colegio ‘Vicente Rocafuerte’. De este colegio han salido trece presidentes de la República del Ecuador, cuna de campeones nacionales y de grandes profesionales. Allí estudiaron dos de mis hermanos, Byron y Anderson, así que me moría por seguir sus pasos y continuar escribiendo la historia de los Vernaza Sánchez en esta magna institución.

El problema es que, debido al sistema de asignación de plantel de ese entonces, era muy difícil conseguir un cupo. Mi familia intentó cuando salí de la escuela y al finalizar el primer año de colegio sin tener mucho éxito. Pero, luego de mi segundo año, decidí mover las fichas del juego yo sola y ver lo que encontraba. Pensando en personas que podrían ayudarme a lograr ese objetivo, decidí contarle de mi plan a Don Jimmy, director del grupo de marimba del que formaba parte y quien me dijo que tenía el contacto del Ministro de Educación de ese año. ¡Din, din, din! Sonaron las campanas de felicidad. Él se encargó de contarle de mi caso y aunque esta gestión me tuvo en el limbo hasta dos semanas antes de que comience el año lectivo, Don Jimmy llama una tarde a mi casa cuando yo no estaba, con el mensaje de que estaba hecho, ¡ya estaba matriculada en el Vicente Rocafuerte!

Dios mío, cómo lo disfruté, cómo me alegré, cómo lo celebré ese día. A veces, solo se necesita ser una jugadora proactiva en el tablero para ganar el juego.

Tengo tantos recuerdos en el VR, desde el primer día que fui con mi mamá para verlo por dentro y asombrarme por sus increíbles y renovadas instalaciones. Estando allí, seguí siendo buena alumna, participé en concursos, me metí al equipo de fútbol y logramos ser tricampeonas de Guayaquil, hice más amistades con compañeros de clases, maestros y directivos del plantel.

La pandemia me quitó un año y medio de estar presente en mi amado VR. Cuando mejoraron las condiciones sanitarias, volvimos a las aulas, pero muy poco tiempo después, volvimos a tener las restricciones y mantener la modalidad virtual.

Cuando llegué al último año, me tocó participar en el Juramento de Bandera, y, una vez más, no obtuve la mayor distinción. Esta vez no lloré, pero sí lo sentí mucho más como una injusticia. En la anterior ocasión, el seleccionado de la bandera histórica había obtenido ese reconocimiento porque claramente tenía dos milésimas de calificación más arriba que la mía. Sin embargo, esta vez, al que le dieron la Bandera Nacional del Ecuador tenía exactamente la misma nota que yo y su elección fue por el número de reconocimientos ganados que ambos entregamos y que nunca hubo conteo público de aquello, así que quedé con el beneficio de la duda por no animarme a reclamar lo que por claridad nos merecíamos.

No obstante, esta vez no lloré y dejé que pasara el evento como tuviera que pasar y representé a la Bandera de Guayaquil. La paciencia es de valientes, pues en la graduación del periodo lectivo, yo fui reconocida como la mejor Bachiller de la institución, con las calificaciones más altas entre alrededor de 400 bachilleres incluyendo las jornadas matutinas y vespertinas. Tuve que dar el discurso de graduación 4 veces (contando todas las secciones de Bachilleres que se graduaron), me otorgaron una beca de estudios en un Instituto Tecnológico, e hice a mi familia orgullosa.

El inglés

Desde niña me apasionó el inglés, era mi materia favorita en la escuela y ese gusto por el idioma me daba mucha facilidad para aprenderlo.

Tal vez no me crean que la razón para entender inglés fue Justin Bieber, pero créanlo, porque así fue. Vivía escuchando sus canciones en YouTube Vevo por la computadora de escritorio de mi casa y las cantaba a todo pulmón. Luego me comenzaron a gustar otros artistas, pero JB, te agradezco tanto por despertar esa pasión en mí.

Cuando cumplí once años, mi mami me metió en una de las mejores instituciones para aprender inglés: el Centro Ecuatoriano Norteamericano (CEN). ¿Cómo? Justo fue el año del Decenio Afroecuatoriano y mi mami participaba en todos esos temas, allí conoció a la Sra. Norma, quien consiguió un convenio de becas entre el CEN y su organización afro para que todo joven afroecuatoriano que quisiera estudiar inglés, pueda hacerlo.

Mi mami, ni corta ni perezosa, me inscribió. Por ello, pasé varios años aprendiendo el idioma con mucho entusiasmo en clases que compartía con otros chicos y chicas de familias aventajadas y colegios de renombre que les podían costear los estudios en el CEN.

Simultáneamente, cada vez que me encontraba un extranjero por la vida, me lanzaba a hablarle en inglés para practicar.

Hasta que pasé de un “*Baby, baby, baby, oh!*” a un “*I feel absolutely comfortable expressing my ideas in English as a second language*”.

El activismo

¿Recuerdan el día en que nací? Sí, el 8 de marzo de 2004.

¿Recuerdan qué se celebra ese día? El día internacional de la mujer y, por supuesto, mi cumpleaños. Eso no es una mera coincidencia.

En primer lugar, la grande María Cruz Sanchez, de quien tengo el gran privilegio de tener como madre, ha sido una mujer que ha defendido derechos casi toda su vida, incluso antes de que se diera cuenta de aquello. No podría yo creer que mi nacimiento en un día tan significativo para la lucha de mi madre fue un simple regalo del cielo, sino la manera del universo de asegurarse que el legado de mi mami continúe con fuerza y a gran escala.

El universo hizo lo suyo y mi mami, tal vez inconscientemente, también hizo su parte. Desde que tengo memoria recuerdo que la celebración de mi cumpleaños siempre comenzaba con las felicitaciones de mi familia y de la gente del Barrio, continuaban en las calles con otras mujeres manifestando por el 8M y reclamando la garantía de sus derechos y terminaba en la Isla con baile y comida.

Llevarme a las marchas fue solo una forma en la que mi mami me introdujo al mundo de la lucha por la justicia social. Simultáneamente, asistía con ella a las reuniones y eventos de la organización en la que ella formaba parte dedicada a educar y defender los derechos de las trabajadoras remuneradas del hogar, más conocidas como trabajadoras domésticas. Allí comencé a formar mis conocimientos técnicos sobre las problemáticas que enfrentan las mujeres dentro y fuera de su espacio laboral.

Asimismo, mi mami también me ayudaba a involucrarme en grupos juveniles, incluyendo federaciones de deporte y espacios de participación cívica y de discusión política. Luego de un tiempo, mi madre ya no tuvo la necesidad de ayudarme a encontrar esos espacios, porque era yo la que solita los encontraba.

Mi lucha social propia comenzó en la Isla, siendo voluntaria en un curso vacacional para niños y adolescentes que tenía lugar en casa de la Sra. Rita. Al igual que yo, había otros adolescentes apoyando y hacíamos danza, ajedrez, manualidades y mi especialidad, enseñar inglés.

Para ese entonces, había escuchado varias veces del término ‘liderazgo’, que me interesaba tanto poder aprender más de aquello y, muy enfocadamente, poder ser una líder.

A mediados de 2019, había escuchado de un programa de intercambio en Estados Unidos llamado Jóvenes Embajadores, dirigido a adolescentes líderes de sus comunidades. Me emocioné, pues viajar siempre fue uno de mis sueños que se veía muy lejos para alguien como yo proveniente de una familia con limitados recursos económicos. Y no era solo el viaje, sino la oportunidad de conocer a otros jóvenes que también hacen cosas para aportar a sus barrios como yo lo hacía. Llena de emoción, nerviosismo y ansiedad, apliqué. Semanas después me llegó el correo de respuesta: no

me seleccionaron... Lágrimas gordas rodaron por mis cachetes redondos y con profunda decepción fui a contarle la noticia a mis padres en su habitación. Mi padre, de quien heredamos la labia y el discurso, me consoló con palabras tan sabias que, aunque no borraron la tristeza del momento, me devolvieron la ilusión y me recordaron que soy una Vernaza Sánchez.

A finales de ese mismo año, CARE Ecuador, la ONG que patrocina proyectos de la organización de mi mami, quienes conocían de mí y mi aprendizaje, me invitaron a Quito a tener una reunión con una Relatora de las Naciones Unidas. Mi objetivo era contarle sobre las problemáticas que viven las niñas y adolescentes mujeres, principalmente, en el trabajo doméstico infantil. Allí conocí a otras adolescentes que representaban a otras instituciones y que pusieron en la mesa grandes retos que enfrentamos las jóvenes ecuatorianas. Considero que esta reunión marca un hito en mi camino en la lucha social, pues es el gran comienzo.

Pasa que llegué a ser una adolescente cuya vida se desenvolvía principalmente fuera de casa desde las 5:50 AM hasta alrededor de las 9:30 PM, porque salía al colegio, volvía a almorzar, iba a ayudar a una vecinita con sus tareas, iba a entrenar fútbol, volvía a casa para merendar y salía directo al ensayo de marimba, hasta que era momento de volver, bañarme, hacer deberes, y dormir.

Bueno, en el 2020 llegó una visitante que hace cambiar mi modo de vida—y el de todo el mundo. Exactamente, me estoy refiriendo a la famosa pandemia por el Covid-19. Chuta... ¿y ahora cuál iba a ser mi rutina? Durante los primeros meses fue hacer ejercicio, aprender italiano y jugar bingo con mi familia por las noches. Hasta que nuevamente, la gente de CARE me contactó para invitarme a formar parte a un webinar online con autoridades del país para hablar sobre las problemáticas de las niñas, niños y adolescentes del Ecuador en contexto de Covid-19. Obviamente, acepté participar.

Llegó el día del evento, 1 de junio, en el que se celebra el Día de la Niñez en Ecuador. Conectada en mi laptop desde mi casa en la Isla, participé en este evento junto a otros adolescentes de distintas partes del país.

Ese día cambió mi vida.

Cuando el evento finalizó, tuvimos una reunión de reflexión y

quienes participamos coincidimos en una cosa: no queríamos que solo quedara en ese evento. Fue así como Edison, Angie y yo, aprovechando la unión de adolescentes e instituciones para este evento, nos lanzamos con la idea loca de formar una red nacional para que las niñas, niños y adolescentes tengan un espacio para aprender, empoderarse y defender sus derechos. Un espacio de participación e incidencia real liderado por y para la niñez y adolescencia del país. Fue así como surgió mi más grande orgullo, RODDNA, Red de Organizaciones por la Defensa de los Derechos de la Niñez y Adolescencia.

Mi rutina en ese entonces se convirtió en pasar más horas de las que recuerdo dándole forma a una red nacional desde mi computadora. Liderando un proceso de consulta a más de 19.000 niñas, niños y adolescentes del país sobre la reforma al Código de Niñez y Adolescencia que se estaba debatiendo en la Asamblea Nacional. Hablando y defendiendo nuestros derechos con autoridades locales, nacionales e internacionales en reuniones virtuales. En resumen, pasé de llevar una vida ocupada y feliz, a tener una vida ocupada, feliz y con propósito de la mano de las chicas y chicos de RODDNA y de Sara Oviedo, una histórica defensora de los derechos de la niñez en Ecuador y el mundo que confió desde el minuto cero en nuestro plan y potencial para hacerlo realidad y, más importante, que nos acompañó y nos sigue acompañando en cada proceso. Sarita, como le decimos de cariño, siendo una adulta mayor, no dudaba ni un segundo en quedarse organizando con nosotros hasta tardes horas de la noche.

RODDNA es mi espacio feliz, uno donde me desarrollé, llevé a cabo proyectos, formé amistades, potencié mi pasión por los derechos y le puse nombre a lo que mi madre y yo habíamos venido haciendo por años y años: activismo.

¿Se acuerdan del programa Jóvenes Embajadores de la Embajada de Estados Unidos que les hable? Bueno, volví a aplicar. Y adivinen qué... esta vez no me dejaron ir. Se dieron cuenta que merecía formar parte del programa, así que me aceptaron. Aunque no hubo viaje debido a la crisis sanitaria, la experiencia de intercambio también representó una experiencia con muchos aprendizajes y que abrió muchas puertas. Durante

el programa conocí y aprendí de tantos jóvenes increíbles con los que todavía conservo fuertes lazos de amistad. Además, alguien que fue una pieza clave de este programa para mí fue mi mentora, Ljubica (Ljubi), ella se aseguró de brindar importantes herramientas a cada uno de los adolescentes que trabajamos con ella como, por ejemplo, aprender de las tantas oportunidades en el extranjero que existen para jóvenes soñadores y agentes de cambio.

Del 2020 al 2021, mi camino como activista se seguía cristalizando. Mis ganas de seguir contribuyendo a mi alrededor y de aprender solo seguían creciendo. Esa misma energía, y trabajo en equipo, me llevaron cosechar muchos logros personales. En el 2022 con 18 años y con un miedo enorme de convertirme en adulta, me invitaron a formar parte de un documental, a hacer un Máster Internacional Virtual antes de siquiera tener una carrera universitaria, obtuve una beca para obtener fondos y asesoría para aplicar a universidades en Estados Unidos, viajé a las Naciones Unidas en Ginebra para representar a RODDNA y al país, me hicieron un reportaje en un canal de noticias y en varios periódicos, me invitaron a Panamá para participar en la formación de un grupo de jóvenes líderes.

Por eso y más, el 2022 se convirtió en el año que, hasta hoy, reconozco como el mejor de mi vida, porque con miedo e incertidumbre y con una red de apoyo de familia, amistades, colegas, mentores, tuve la oportunidad de conquistar sueños que tenía y los que no tenía también.

Las despedidas

Como en todos los lugares, la Isla también es uno donde la gente a veces parte, unas en cuerpo y otras en alma. De cierta manera, todo aquel que parte siempre vuelve, unos a visitar y otros al ser recordados.

He visto cómo a lo largo de los años el partir se vuelve una realidad más frecuente. Si bien, como dice mi mami, “todos los días muere gente”,

muchos vecinos partieron no de la Isla, sino de la vida, cuando crecí. Siempre es doloroso despedir a alguien con quien has convivido tantos años y lo es aún más cuando son personas que te cuidaron, que te quisieron, y que se van de repente. Así fue el caso de la vecina Vilma, que con sus grandes dotes de costurera me arregló un sinnúmero de prendas, o de la Sra. Juana, que contagiaba con su risa ruidosa y te mantenía informado de lo que sucedía en el barrio.

Por otro lado, una nostalgia me invade en el pecho al recordar a los muchachos. La generación de mis hermanos creció y, como la ley tradicional de vida manda, dejaron el nido cuando estuvieron listos y cuando no. Poco a poco se iban del barrio, otros de la Isla, otros del país, pues sus planes eran más grandes que un determinado espacio geográfico. No obstante, vuelven cada vez que pueden, se juntan y es como si los años no hubieran pasado; su instinto de camaradería de aquellos inmaduros jóvenes sale a la luz.

Si de la puerta para afuera es duro, imagínense lo durísimo que es de la puerta para adentro. Cuando creces en una familia tan grande como la mía, en una casa diseñada a la medida para tal familia grande, se siente un vacío inmensurable cuando alguno de nosotros hemos tenido que partir. Primero fue Anderson, el segundo hijo de los Vernaza Sánchez llamado Toti de cariño, quien fue a Cuba a perseguir su sueño de convertirse en médico por casi 7 años. Anderson junto a su compañera María Alexandra, con quien tengo una relación muy bonita, siempre me llevaban a pasear con mi sobrino Miguel antes de que Anderson se mudara.

Luego fue Jorgito, el cuarto hijo de los Vernaza Sanchez, quien se vio atrapado en las oportunidades limitadas que Ecuador le ofrecía. Un día él cogió sus cuatro maletas y marchó al sur del continente en búsqueda de un mejor trabajo. Cuando se fue, dejó a media Isla triste, pues, en mi opinión, él es el más amiguelero, conquistador y estiloso de la familia.

El tercer hijo de la familia fue el tercero en partir de la Isla, Byron, el ingeniero solidario, carismático y buen ciudadano. Cuando tuvo a su hija, mi tercera sobrina, Noah, Byron se mudó a Limonal, Daule, de donde es su 'primera dama', Mary, como él le llama. Allí decidieron echar raíces y criar a la pequeña Nohita. Bueno, debo aclarar que Byron vivió por

alrededor de dos años en la capital, Quito. Sin embargo, casi no se sentía que no estaba en casa, pues volvía a casa casi todos los fines de semana.

Siguiendo la lista, fue el turno de Lucy, nuestra hermana mayor. Luego de una pandemia que sumergió al Ecuador y al mundo en una crisis sanitaria, económica, social, laboral, mi ñaña se quedó sin trabajo. Este período le permitió construir nuevas aspiraciones, entre ellas, aprender inglés, enfermería y migrar. Por la misma ruta de Jorgito, Lucy se movió al sur de América, llegando hasta Chile como un destino transitorio para comenzar de nuevo, reunir recursos y llegar al norte. Esta despedida causó algo diferente en mí, pues en medio de la alegría por ella por su nuevo rumbo, estaba rodeada de una nostalgia inexplicable, porque se iba mi igual en la familia, el resultado de la combinación perfecta entre una hermana mayor y una amiga.

Hasta la fecha, el único que ha vuelto para seguir viviendo permanentemente en la Isla, es Anderson. Él y su familia, Ale, Miguel y una pequeña gran integrante, Mara.

¿Qué? ¿Qué hay de mí? Bueno, incluso a mí me tocó partir... la última de la familia y la más joven en hacerlo. Mi avión salió con dirección al norte, como dicen por ahí, a la ‘Yoni’.

¿Recuerdan que les mencioné de la beca para aplicar a universidades en EE.UU.? Luego de una búsqueda incansable de ese gran sueño, de noches de ansiedad, de estrés continuo por el proceso de aplicación, de buscar aliados que me aconsejen, de incertidumbre, cuando ya comenzaba a considerar inscribirme en una universidad en Ecuador, mi mami me dijo: “tranquila, espera que te lleguen todas las respuestas (de las universidades)”.

Una tarde recostada en el mueble de mi casa, me llega un correo al teléfono cuyo asunto decía en inglés “Felicidades, te has ganado...”, y no alcance a leer lo demás, pero lo primero que pasó por mi mente fue: “Seguro son esos correos falsos que te dicen que te ganaste un iPhone o un crucero a las Bahamas”. Menos mal que no me quedé con ese primer pensamiento y me dejé ganar por la curiosidad, porque el correo era muy real y me notificaba que me habían dado una beca completa para estudiar en una de las mejores universidades a las que apliqué. Me dio un ataque de pánico, no podía respirar, estaba en shock y cuando por fin reaccioné,

aun sin respirar, solo trataba de encontrar a alguien en mi casa a quien contarle y ese alguien fue nada más y nada menos que la sabia de mi mamá.

Entré abruptamente a su cuarto interrumpiendo su siestecita de la tarde y mi mami, entre dormida y despierta, pregunta “¿ya amaneció?”, yo, sacando aire de donde no tenía alcancé a responderle “me dieron la beca”, y mi mami suspira alegremente respondiendo “mija lo logramos, nos vamos a Estados Unidos”. Y me parto a llorar.

No lograba asimilar que luego de tanto tiempo invertido, por fin, tuvo sus frutos. Especialmente porque fue el mejor fruto que hubiera podido recibir, la mejor de las opciones a las que apunté, con la mejor beca, para estudiar lo que más quería.

Aunque los acontecimientos de mucho antes ya me mostraron que la profecía de mi madre era real, ese día más que nunca confirmé lo que me había dicho cuando lloraba por una bandera en el colegio: yo estoy hecha para cosas grandes.

El hoy y el mañana

¡Uyuyuy, qué recorrido!

Actualmente vivo en Madison, Wisconsin, al norte de los Estados Unidos, donde estudio una doble carrera en Sociología y Psicología con mención en Ciencias Políticas.

Luego de haber pasado por las Naciones Unidas por segunda vez y de estudiar clases de verano en la Escuela de Economía de Londres, una de las mejores universidades del mundo, sigo participando en proyectos sociales, RODDNA continúa creciendo con nuevos líderes adolescentes al mando, y yo ando en búsqueda permanente de oportunidades para fortalecer mi activismo con una mirada hacia el futuro: convertirme en la primera mujer negra Presidenta de la República del Ecuador. ¿Por qué? Porque considero que esos espacios necesitan representación real de nuestra gente y que existe una deuda histórica con las poblaciones de a pie.

Ser mujer, ser negra y salir de la Isla Trinitaria, se piensa que son etiquetas que no pueden llegar hasta esas instancias de toma de decisión. Mi intención es probar que eso es un imaginario que nos han hecho creer. Ojalá que yo no deba ser la primera en hacerlo, sino que espero que hayan más de 1000 mujeres afroecuatorianas que simultáneamente tengan este mismo propósito y compromiso con la lucha social. Y, si ese no es el caso, yo sí voy con todo, pues mi madre, mi familia, mi barrio, mis ancestros/as y mi país lo merecen.

Después de contarles mi historia, ¿cuál es su opinión de la Isla Trinitaria?

Aquí nació yo

por

Jacqueline Milena Velarde



Mis padres me llamaron Jacqueline Milena Velarde Caicedo. Los nombres creo que fueron elección de mi madre; mi tía y prima se llaman así. La combinación de mis nombres y apellidos me agrada, siento que tienen fuerza y ternura a la vez, algo que me caracteriza. Soy la segunda hija de Cintia Caicedo Carabalí, esmeraldeña y profesora de educación física, y de Arturo Velarde Egas, nacido y criado en la provincia de Los Ríos, maestro albañil por herencia de su padre. Mis padres migraron con mis abuelos a Guayaquil por una mejor calidad de vida, porque en Guayas había más oportunidades que en las ciudades donde vivían. Y aquí se conocieron, en el sur de la ciudad, en Las Malvinas, coop. Dignidad Popular, cuando todo era invasión y todo era puente y mangle. Siempre me cuentan las anécdotas de los puentes y casas de caña, de lo rico que era bañarse en el estero y de lo limpio que era.

Aquí nació yo, el 17 de abril de 1999, rodeada de los cálidos vecinos mayores, de las calles llenas de tierra y enlodadas, tardes y fines de semana de juegos con los niños del barrio y festejos de cada fecha importante. Mi mamá siempre organizaba las fiestitas para los niños. Y ahí también estaba yo, bailando, corriendo y bailando.

Me presento, soy Jacqueline Milena Velarde Caicedo, bailarina negra afrodescendiente de Las Malvinas. Me representa esta parte del poema “Me llamaron negra” de Victoria Santa Cruz: “Traigo algo de indio y también de blanco, pero me llaman negra”. Me llamaron, me llaman y así me llamarán. Tengo 26 años, vivo con mis padres y hermano mayor. Soy de estatura media-alta y delgada por la cultura del ballet, como lo mencioné, negra y de cabello sambo y apretado. Labios finos y nariz pequeña, ojos a veces pequeños y a veces grandes pero vivarachos como los de mi abuelita. Orejas puntiagudas como un duende, dice mi papi. Piernas anchas y caderas grandes por parte de mis dos familias. Con una sonrisa viva y linda, según los que me conocen.

Siempre bailaba, he bailado desde que tengo uso de razón. En las fiestas no me sentaba; en cada fiesta barrial que mi mamá hacía, yo me subía a la tarima. Recuerdo que me decían “La caderona”. Tengo una foto de cuando tenía 3 años, subida a la tarima de tablas algo inclinada, con una tela de fondo color amarillo mostaza. Usaba una faldita azul entablonada y una blusita blanca. Ese día se festejaba la Navidad para los niños del barrio.

Mientras crecía, tenía nuevos gustos musicales para bailar, y uno de esos fue “La gasolina”. Con mi prima hacíamos competencia. Bailábamos durísimo hasta que nos dolía la barriga. Yo en cada fiesta sacaba mis pasos de “La gasolina” y “Mesa que más aplauda”. Esa era la única forma de danza que conocía.

Desde los 6 años mi mamá quiso inscribirme en una escuela de ballet de Guayaquil. Era una en específico: la Raymond Mauge Thoniel, quedaba en 9 de Octubre y Quito; en ese entonces era una de las mejores escuelas de

danza del país. Mi mamá tenía una amiga que trabajaba ahí, y ella le tenía un cupo para mí. Estudiar ballet era un sueño de mi mamá, pero a los 6 años yo no quería estudiar danza, porque desde que mi mamá me propuso inscribirme apareció un miedo. El miedo en mi cabecita en ese tiempo tenía hasta visión: quedarme paralizada en medio del escenario, sola en un escenario súper grande mirando al público con terror. No sé qué hizo que pensara de esa forma.

A los 7 años, de tanto que mi mami me hablaba del ballet, terminé aceptando. Tuve que pasar por varias pruebas físicas y psicológicas. Vieron mis pies, rodillas, espalda, musicalidad, forma de pensar y captar las cosas, figura corporal, medida, entre otras cosas. Al inicio fue fácil, los primeros meses, luego iban encontrando peros en mi cuerpo: mis rodillas voluminosas, mis pies, mi trasero, mis piernas. Después no fue tan fácil. Los profesores que me tocaron eran algo déspotas y tenían preferencias con algunas estudiantes. Una vez no me dejaron bailar porque no estaba al nivel de las otras niñas. También, en un nivel más avanzado, me dejaron de año. En esta escuela se tenían que cumplir diez años de estudio; yo hice once. Yo estaba decepcionada y no quería saber más de la danza, pero mi mamá me animó. Me dijo que no tenía que darme por vencida, que era para prepararme más y que vendrían cosas mejores, que había que insistir. Entonces seguí, a pesar de todo: dolor, miedo, inseguridades. No sabía para qué, no tenía idea de qué iba a hacer con esos once años de estudio, pero quería ser mejor que ayer. Además, que comenzó a gustarme. Me emocionaba bailar en un escenario, a pesar de los nervios; comencé a sentir cada paso que hacía, era un poco consciente de lo que hacía. Ahora sigo.

De lunes a viernes pasaba de la escuela a la academia y de la academia a la casa. En una temporada, cuando estudié en la Federación del Guayas en décimo, me tocaba entrenar por las mañanas atletismo, luego iba al colegio hasta las 3:00 p. m., salía corriendo para llegar a las clases de ballet. Ya llegaba en la noche a mi casa a hacer tareas. No me sentía cansada, me gustaba esa rutina. Los primeros años en el ballet mi mamá me llevaba, pero luego tuve que aprender a andar sola porque mi mamá entró a trabajar.

El ir y venir en la 91 eran mis momentos favoritos. Me gustaba sentarme del lado de la ventana de la última fila, sacar la cabeza por la ventana y me gustaba que el aire me diera en la cara. No me gustaba cuando el bus iba muy lleno y la radio a volumen alto. Había unos buses que parecían discoteca porque tenían focos muy coloridos.

No fui tan buena como estudiante de ballet, pero me esforzaba mucho. Había niñas que tenían su cuerpo bendecido, todo les salía bien, y me preguntaba por qué a mí no me salían varias cosas. Luego de quedarme de año empecé a mejorar. Me dieron un papel secundario para una presentación de la escuela. Me lo gané por medio de una audición interna que hicieron. Disfrutaba de cada clase, la complicidad con mis compañeras, las presentaciones y coreografías de danza moderna. Tuve un profesor muy dedicado a lo que hacía y estricto. También tenía favoritismo por algunas compañeras que también estudiaban en la escuela de él. Terminé la escuela de ballet a los 18 años, con incertidumbre porque no sabía qué hacer luego con la danza. No quería dejar de bailar. Había pasado tanto tiempo bailando y no podía pausarlo. Mi idea era seguir bailando. A pesar de que ya había terminado la escuela, yo seguía yendo a las clases de algunas maestras. Me permitieron seguir. También entré a una escuela particular de ballet en las vacaciones para no dejar el entrenamiento.

En el 2019 supe de una compañía de ballet que hacía presentaciones muy profesionales. Fui a una de sus presentaciones y quedé encantada con el nivel de los bailarines. Lo que más me llenó el alma fue que vi bailarines afro en ese escenario. Ellos brillaban, y para mí fueron un ejemplo. Quería estar como ellos.

Sí temía audicionar porque no confiaba en mí. Pensaba que no estaba al nivel de ellos. Creo que eso se quedó marcado desde la escuela de ballet, que nunca estuve al nivel. En el 2020 me atreví a audicionar. Me preparé una semana y dije: ¿Qué es lo peor que puede pasar? Vamos a intentarlo. Y fui. No sé qué vieron en mí, pero considero que no me fue excelente en la audición. Pero ellos apostaron por mí. Me aceptaron en la audición para

una obra de ballet que hicieron en ese año. La obra era “La Bayadera”. Aprendí mucho, a pesar de que me sentía algo torpe, porque para ser sincera, las bailarinas de allí tenían un nivel muy avanzado. Me costó acoplarme, pero seguí. Y ahora sigo. En cinco años he bailado mucho, en diferentes escenarios, con excelentes bailarines y maestros. Voy mejorando cada día. Me siento más segura y he tenido maravillosas oportunidades.

Tengo 26 años y sigo bailando. No quiero dejarlo hasta que mi cuerpo me diga que es hora de parar. Siento que aún tengo mucho por mostrar, mucho por dar. Estoy en mi proceso, con una meta clara en mente: seguir bailando y mostrarles a las niñas y niños afrodescendientes que aman la danza que sí es posible, que también pueden ser profesionales en este arte.

Mi sueño es crear una escuela de ballet en mi sector, dedicada especialmente a niños y niñas afrodescendientes. Quiero compartir todo lo que he aprendido, hacer que este camino sea más accesible para ellos, acercarlos a esta forma de danza que tantas veces nos ha excluido. Porque el ballet también es nuestro.

Soy una bailarina afrodescendiente en mi ciudad y en mi país. Aunque muchos no lo noten, me llena de orgullo representar a mi comunidad en el Ballet de Guayaquil. Sé que hay niñas que me miran, que estudian, que sueñan, y que me ven como un referente. Por ellas sigo. Para que sepan que sí se puede. Que también pueden llegar lejos, sin dejar de ser quienes son.

Hoy uso zapatillas de ballet del color de mi piel. No fue fácil conseguirlas, ni barato, pero hice el esfuerzo y valió la pena. Me siento tan bien... Antes sentía que desentonaba con las puntas claras. No sabía que ese color tradicional tenía una razón: estaban hechas para bailarinas blancas, para alargar visualmente sus piernas y lograr que el calzado se confundiera con el tono de piel. Lo mismo ocurre con las medias rosas.

Jacqueline Milena Velarde

Hoy, al resistir esas tradiciones, también doy voz a muchas bailarinas afrodescendientes de otros países que se negaron a usar zapatillas diseñadas para otra realidad, solo por seguir una “norma” del ballet clásico. Estoy aquí por ellas, por las que vinieron antes y por las que vendrán. Para que el escenario también refleje la diversidad que somos.

(p. 10)

Ana Espinoza Chonillo: Escritora, docente y entusiasta de la fotografía analógica. Publicó “Me gusta ver la ría con mis amigas” en la Edición #249 de la Revista Punto de Partida de la Universidad Nacional Autónoma de México, y obtuvo un Certificado en Estudios Afrolatinoamericanos por Afro-Latin American Research Institute ALARI de la Universidad de Harvard. Participó en la muestra itinerante sobre prácticas artísticas suburbanas “Lleca en Escena Liminal III”.

Elvira Angulo: Mujer afroecuatoriana, lideresa comunitaria y una de las primeras moradoras de Isla Trinitaria. Escribe y lleva a cabo talleres con infancias en la comunidad eclesiástica a la que pertenece..

(p. 62)

(p. 32)

Maricruz Sánchez: Mujer afrodescendiente, activista por los derechos humanos y de las mujeres trabajadoras remuneradas del hogar. Es miembro de UNTHA, vive en Guayaquil donde forma parte de diversas colectivas de fomento de derechos barriales, desarrollo y justicia social.

Lois Nwadiaru: Mujer negra afroguayaquileña. Aprendiz, antes que abogada y maestra en Género y Desarrollo. Investigadora por vocación.

(p. 84)

(p. 58)

Inés Santos Caicedo: mujer afroecuatoriana, madre y orgullosa lideresa comunitaria de la organización Nia Kali en la Isla Trinitaria de Guayaquil. Es miembro de la Red Comunitaria de Defensoras y Defensores de Derechos Humanos de la provincia de Guayas. Fue declarada mujer del año por la revista Hogar en la categoría Acción Social.

Ibis Vargas: Ivanna Vargas López vive en el cantón Samborombón, es Licenciada de Artes Visuales por la Universidad de las Artes. Sus intereses están centrados en la fotografía de retrato, el dibujo, la pintura y la escritura como medios para indagar en la lengua, la resignificación de la memoria y el cómo siente un cuerpo la opresión.

(p. 100)

(p. 138)

Emily Herrera: sureña afrodescendiente y chola. Artista transdisciplinar con estudios en danza, teatro y cine. Sus obras se acercan a sus referentes políticos; la familia y la periferia. Su primer guión de largometraje titulado "La lengua del sur" se encuentra en etapa de desarrollo.

Jacqueline Milena Velarde Caicedo: afrodescendiente de 26 años de Guayaquil, Ecuador, es licenciada en Artes Visuales con mención en Audiovisuales por la Universidad de las Artes. Forma parte del cuerpo de baile de la compañía EnAvant y fue Señorita Cimarrona de Guayaquil, liderando proyectos comunitarios y culturales, como el Encuentro Afrodescendiente Voces de la Memoria, enfocados en promover el arte y la identidad cultural en su comunidad. Además, ha compartido su experiencia como maestra de danza en diversas escuelas.

(p. 198)

(p. 170)

Melany Mina Alarcón: Gestora cultural comunitaria, educadora popular y lidereza en Isla Trinitaria. Estudia Lengua y Literatura y formó parte del proyecto Cocina Afroecuatoriana y Patrimonio cultural de la Universidad de las Artes.

Shaskya Hurtado Zambrano: Es unx artistx multidisciplinaria, por medio de performance, video, sonido y pintura indaga temas como: la presencia de la figura negra en el arte ecuatoriano, concentrado fuertemente en las mujeres negras. El humor, la geopolítica y el estudio y resalto de las figuras negras en la historia del arte, también son parte de lo que informan su trabajo.

(p. 152)

(p. 174)

Kristhel Maholy Vernaza Sanchez: Afroecuatoriana activista por los derechos humanos con enfoque en niñez y adolescencia. Cofundadora de la Red Nacional por la Defensa de los Derechos de la Niñez y Adolescencia (RODDNA). Estudiante de Sociología, Psicología y Ciencias Políticas en la Universidad de Wisconsin-Madison. Miembro del Club Rotario Guayaquil Astillero.

Yuliana Ortiz Ruano: Escritora e investigadora. Su novela Fiebre de carnaval fue reconocida con el premio IESS en Italia, el PEN Translation Prize en el Reino Unido y el premio Joaquín Gallegos Lara en Ecuador. Investiga en torno a los archipiélagos, la memoria y el lugar de las mujeres en la producción de otras estéticas en esos territorios.

(p. 5)

impreso en Quito, Ecuador
octubre del 2025
por recodo press